ANTONIO S. PEDREIRA

INSULARISMO

ENSAYOS DE INTERPRETACION
PUERTORRIQUEÑA

PUERTO RICO EDIL
SAN JUAN, PUERTO RICO
1968

Esta obra forma parte de la colección Obras de Antonio S. Pedreira. La colección consta de siete tomos:

Tomo I Aristas
Tomo II Hostos Ciudadano de América
Tomo III Insularismo
Tomo IV El Año Terrible del 87
Tomo V El Periodismo en Puerto Rico
Tomo VI Aclaraciones y Críticas
Tomo VII La Actualidad del Jíbaro
Curiosidades Literarias de Puerto Rico
De los Nombres de Puerto Rico

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico

A

MARIETTA NEGRON DE PEDREIRA

PRÓLOGO

Pertenece Antonio S. Pedreira a la generación puertorriqueña que crece y se forma en la época más crítica de nuestra historia: aquella en que se siente más en carne viva el impacto del cambio de soberanía. Este hecho, ocurrido a raíz de la Guerra Hispanoamericana en 1898, conlleva radicales cambios culturales para un pueblo como el nuestro, formado dentro del marco latino-español y que ahora cae bajo el influjo de un pueblo anglo-sajón.

No ocurren estos cambios de un modo lento y evolutivo, como cuando una sociedad pasa de una fase a otra de su historia cincelando nuevos perfiles a la fisonomía de su pasado, sino de un modo abrupto que disloca de sus más finas articulaciones la estructura social y produce fuertes conmociones emotivas en el pueblo puertorriqueño. Ahora se ve obligado éste a adoptar una nueva personalidad, con "el problemático inconveniente de empezar a ser otra cosa" para ponerlo en palabras de Antonio S. Pedreira.

Como una antena sensitiva, capta Pedreira las más leves vibraciones del sentir colectivo dándonos en *Insularismo* la impresión clara del mismo: "Entre estos dos estilos de vida, dice, nuestra personalidad se encuentra transeúnte, en acción pendularia, soltando y recogiendo en un ir y venir buscando rumbo, como una paloma en vuelo y sin reposo".

El cambio fundamental está en el signo espiritual de los dos pueblos que han intervenido en nuestro destino; en la diferencia de sus valoraciones y de sus actitudes rectoras, que es como decir, en los determinantes de su ser. En muchos aspectos esenciales de estas dos culturas, cree ver Pedreira notas antagónicas, irreconciliables, que colo-

caron frente al puertorriqueño, tremendos dilemas sin que tuviera derecho o posibilidad de elegir. Era necesario, ineludible, adaptarse a los nuevos modos. Por eso su personalidad se encuentra "transeúnte" —y yo diría más: despavorida.

Es esta realidad la que le hace ver a Pedreira la historia de Puerto Rico alegóricamente representada como un viaje por mar, en que la nave de su pueblo en su momento inicial: "levando el ancla" parte de una condición dependiente y pasiva y va luego, "buscando el puerto", hacia el encuentro consigo mismo, el hallazgo de su propio destino histórico. En este segundo momento, de despertar de la conciencia colectiva, el hijo del país comienza a distinguirse del español peninsular que con él convive en la isla, y que es casi siempre un tipo conservador, "incondicional", y a solidarizarse ideológicamente con los movimientos liberales de España y de Hispanoamérica, alzándose en protesta contra la opresión de los gobernadores militares. Pedreira cree que esta opresión sirvió de reto y estímulo para el despertar de nuestra conciencia de pueblo, que ciertamente llegó a manifestarse de un modo activo y firme en los movimientos cívicos, en la resistencia valiente frente a las torturas del "Componte" y en la creación de los primeros partidos políticos así como en la fundación de importantes instituciones sociales y culturales.

Pero el fin de siglo traería la guerra y la invasión norteamericana a la cual alude Pedreira como "la mano guerrera [que] nos quebrantó el timón quedando nuestra nave al garete.

Este viaje alegórico nos muestra, en tres pasos dramáticos el ritmo del devenir de nuestra historia, desde la gestación pasiva a la esperanza vital que vislumbra al fin el puerto tan sólo para recibir el golpe de un destino frustrador de sus anhelos. Puerto Rico se siente "nave al garete" y más aún "isla náufraga" en el sentir de Luis Muñoz Rivera, quien expresa en breves palabras la angustia del país:

En este barco que navega, proa a la playa con incendio a bordo; en esta isla náufraga que anhela el refugio del puerto nosotros los tripulantes hemos de unirnos espalda con espalda, dando frente al peligro todos juntos, todos obedientes a la solidaridad impuesta por nuestro destino".

La generación de Muñoz Rivera, la de los hombres que estaban en plena madurez al sobrevenir los sucesos del '98, es una generación deprimida por el derrumbe de sus sueños. Buscan febrilmente, estos hombres el modo de unir al pueblo puertorriqueño en un frente defensivo; pero este pueblo que desoyó a un Eugnio María de Hostos cuando quiso formar la Liga de patriotas — es el pueblo atontado, e indiferente que hace exclamar a Rosendo Matienzo Cintrón, cofundador con Muñoz Rivera del partido unionista: "Hoy Puerto Rico sólo es una muchedumbre. Pero cuando esa muchedumbre tenga un alma, entonces Puerto Rico será una patria".

Cerca de veinte años después prevalece aún esta disposición de ánimo que se evidencia en las palabras de nuestro historiador oficial, Mariano Abril: "Pero. . . ¿existe el alma? ¿Y puertorriqueña? Un cirujano no la encontraría con el escalpelo; un psicólogo dudaría. El país está desquiciado, se asemeja a aquel caballero de la muerte pintado por el gran Durero, que ocultaba tras la armadura reluciente, un esqueleto ruín".

En contraste con este modo de sentir y esta actitud de renunciación derrotista está la afirmación de Antonio S. Pedreira "Nosotros creemos, honradamente, que existe el alma puertorriqueña, disgregada, dispersa, en potencia, luminosamente fragmentada, como un rompecabezas doloroso que no ha gozado nunca de su integralidad".

Lo que va de Abril a Pedreira es la distancia que puede medirse entre la generación del '98 y la nueva generación cuya sensibilidad está aún teñida de pesimismo, pero la actitud es distinta. El pesimismo de estos hombres es un mero punto de arranque hacia la tarea de revisión, análisis y crítica que los sitúa ante la decaída situación del país en actitud militante.

En el año 1929 un grujo de jóvenes escritores: Vicente Géigel Polanco, Samuel R. Quiñones, Alfredo Collado Martell y Antonio S. Pedreira, anuncian en "La Democracia" la aparición próxima del primer número de la revista *Indice.*

El primer editorial de esta publicación propone abrir una encuesta para sondear la opinión pública sobre los rasgos que definen la personalidad puertorriqueña —cuya existencia misma había sido puesta en duda por Matienzo Cintrón en 1903 y por Mariano Abril en 1929. *Indice* se propone servir de antena receptora y de aparato trasmisor para dilucidar esta cuestión: "¿Somos, o no somos? ¿Qué somos y cómo somos?" Responden a la invitación algunos intelectuales

y escritores conocidos, entre ellos, Manuel Zeno Gandía y Rafael W. Ramírez. Antonio S. Pedreira nos da desde las columnas de *Indice* las siguientes observaciones: "Aislamiento y pequeñez geográfica nos han condenado a vivir en sumisión perpetua teniendo como única defensa no la agresión, sino el pataleo con que se han caracterizado nuestras muchas e inútiles protestas cívicas. Y esta soledad que nos amputa de los fraternos núcleos intelectuales y nos desvía de las nuevas corrientes del pensamiento que agita la conciencia del mundo, constituye una de las señales más represivas de nuestra cultura y un factor explicativo de nuestra personalidad carbonizada"... "El cinturón de mar que nos cerca y nos oprime, va cerrando cada vez más el espectáculo universal y opera en nosotros un agostamiento de la visión estimativa en proporción al ensanche de nuestro interés municipal".

Estas declaraciones explican la razón del título *Insularismo* que Pedreira da a su ensayo de interpretación puertorriqueña: se refiere al complejo de caracteres colectivos que radican en el hecho de nuestra insularidad. No es determinismo geográfico sino una visión espacio-temporal; un conjunto de factores históricos y políticos que añaden a nuestra condición de isla, la deprimente y represiva condición colonial.

Insularismo es todo lo que nos oprime con fuerza centrípeta haciéndonos gravitar hacia adentro, de espaldas al mundo que nos rodea. Es el aspecto restrictivo y limitador de nuestra experiencia vital en parte debido a la naturaleza y en parte a la cultura, a los azares de la historia. Pedreira resume admirablemente este concepto: "Este apocamiento geológico unido a la difícil posición geográfica, al clima enervador, a nuestra constitución biológica y a la perpetua condición feudataria, opera en nuestra psicología colectiva con un sentido agostador y deprimente".

Insularismo es una interpretación de nuestra historia y de nuestra psicología colectiva vista como efecto en gran medida, de nuestra pequeñez y debilidad, tanto como de nuestro aislamiento. No cree Pedreira sin embargo que esto constituye una fatalidad inexorable. Nuestros males tienen remedio si logramos destruir el mayor de todos: el de engañarnos a nosotros mismos ocultando o minimizando nuestros defectos —y por otro lado, el de esperar que toda solución nos llegue de afuera. Es necesario ponernos de pie y labrar con nuestro propio esfuerzo un porvenir mejor. Al releer hoy *Insularismo* reconocemos

que algunos de los defectos que observó Pedreira han ido modificándose o corrigiéndose en parte; otros por su arraigo tenaz, persisten todavía con o sin alteraciones. El progreso que ha mejorado muchas cosas ha creado nuevos males también. Se han resuelto unos problemas y han surgido otros; pero una cosa sin embargo ha perdurado y es nuestra vigilancia, nuestra inquietud y preocupación por conocernos a nosotros mismos y a las causas y resortes que operan en nuestro devenir histórico.

Como secuela inmediata, *Insularismo* provocó la aparición de una obra de gran importancia: Prontuario Histórico de Puerto Rico, de Tomás Blanco. Su autor reconoce "al último libro de Antonio S. Pedreira, la deuda de haberme servido de acicate". Y de entonces para acá, son numerosos los escritores puertorriqueños que se han ocupado de continuar en su obra la labor de interpretación que inició Pedreira.

Hoy, la rapidez de los medios de comunicación y transportación nos enlazan al mundo, reduciendo al mínimo nuestro aislamiento geográfico, pero persiste nuestro insularismo sicológico, que nos inclina a gravitar hacia adentro en nuestra reducida dimensión; a circunscribirnos a nuestra visión insular. Persiste nuestro ensimismamiento, vuestro apocamiento, la falta de confianza en nosotros mismos, el temor al riesgo, la actitud de perenne dependencia de las soluciones que vienen de afuera; todo lo que se conjura para darnos el cuadro real de ese insularismo que nos caracteriza.

Pedreira diagnosticó nuestra condición y nos dio la clave radical, el rasgo que opera como causa generadora de nuestras actitudes características; un factor que puede hacer fracasar nuestros esfuerzos —pero que si logramos vencerlos cultivando sus aspectos positivos este insularismo podría ser nuestra salvación. Son aspectos positivos: la tendencia a la introspección, el apego a lo nuestro, a la tradición, a la lengua materna, a la tierra y sus signos típicos; el regionalismo que nos afirma en lo nuestro, con tal que rechace las actitudes chauvinistas o exclusivistas; con tal que no sea engreidor de la mediocridad ni amamantador de la complacencia, sino estimulante de la superación por medio de la exigencia; el orgullo legítimo de ser puertorriqueños, conscientes de que el mismo se justifica, no por nuestra grandeza, sino por el amor, la ternura que nos inspira la patria pequeña que con el cariño se nos agranda dentro del alma. Es menester la adopción de una postura

decidida que nos lance a la acción, y, atendiendo el aviso de Pedreira contra nuestro retoricismo, que quiere saldar con palabras altisonantes la deuda que tenemos contraída con la historia: "Hemos vivido, dice, con la mano abierta pidiendo lo que es nuestro y permitiendo que otros nos lean la buenaventura y nos auguren un brillante porvenir. Es hora de vivir con el puño cerrado amenazando la palabra prostituida. Un buen tapabocas colectivo, nos sacará la patria de los labios y entonces puede ser que le busquemos asilo en nuestro corazón".

Es esta la pauta que señala Pedreira: vivir para hacer mejores a Puerto Rico y a los puertorriqueños; enfrentarnos a nuestro quehacer histórico, no con meros amagos, no sólo con el gesto ni con meras palabras; sino con acción firme y resuelta. Vivir, no hacia adentro sino desde dentro proyectándose hacia afuera, hacia el mundo. Expresar lo nuestro, lo criollo, lo regional pero con arte depurado que rebase nuestras fronteras isleñas. Que la puertorriqueñidad o el timbre criollo no sirvan de salvoconducto a la mediocridad. Aspirar a la expresión de lo autóctono pero con tendencia hacia lo universal. Lo nacional y lo universal no deben verse como dos arranques antagónicos sino como dos elementos inseparables y complementarios que forman parte integrante de la experiencia personal sin que tengan necesariamente que conflingir jamás.

"Hay que eludir, dice Pedreira, el contagio del aislamiento y aclararle sus vínculos a nuestra soledad. También formamos parte de eso que se llama "universo" y es necesario cultivar nuestras letras de dentro para afuera para que tengan vía franca".

No puede dudarse la decisiva influencia que ha tenido el pensamiento de Antonio S. Pedreira en el desarrollo reciente de nuestra literatura, no sólo por las pautas que señala en *Insularismo* sino por la tarea que realizó como crítico, definiendo y aclarando los criterios y conceptos de la obra literaria poniendo a la vista los ideales estéticos que deben motivarla y encauzarla. Señaló defectos y vicios y dio su espaldarazo al escritor novel en quien vio una promesa.

Recomendó las normas que deben regir las tareas de imprenta y exigió dignidad a la presencia física del libro. Preparó la Bibliografía Puertorriqueña que pone en manifiesto la obra realizada en Puerto Rico y hace notar la excesiva producción poética en comparación con la de prosa, así como la necesidad de revivir la novela. Es fácil notar

la visible superación que después de sus críticas muestra el libro puertorriqueño por dentro y por fuera. No calló nunca una crítica por adversa o dura que fuese; pero tampoco negó el estímulo a los que valían.

La versatilidad de su producción como escritor se debió principalmente a que se sintió obligado a laborar siempre por servir allí donde era necesario, en los terrenos desiertos, menos frecuentados: la bibliografía, la crítica, la historia, la biografía, el ensayo.

Como maestro dejó una semilla de amor y de exigencia; enseñó con la palabra y con el ejemplo. En y fuera de la cátedra fue maestro siempre, descubriendo y señalando nuestras fallas, dando toda clase de estímulo, abriendo caminos, y sobre todo, dejando marcada su huella, allí donde debemos seguir sus pasos.

ANGÉLICA BARCELÓ DE BARASORDA

San Juan, Puerto Rico
16 de enero de 1968

I

LA BRUJULA DEL TEMA

ESTAS páginas carecerán del tono admirativo que nuestra complacencia ha creado para medir la realidad puertorriqueña. No son producto de un análisis científico, sino que sin pretensiones bastardas y respondiendo a un personal desasosiego, con raíces en la inquietud contemporánea, fueron surgiendo de la concatenación de hechos y actitudes sometidos a la más pura y desinteresada meditación.

No pretendo que las observaciones que para mí son ciertas lo sean para los demás. En ellas tal vez trafiquen contradicciones internas y visibles repeticiones que nacen de la misma vitalidad del problema que abordamos. Voy buscando, intuitivamente, la significación oculta de los hechos que marcan la trayectoria recorrida por nuestra vida de pueblo. No se me escapan los posibles deslices de apreciación que inevitablemente nos llevan a erróneas conclusiones. Como no perseguimos hacer historia, ni ciencia, ni labor de expertos a base de estadísticas, nuestros íntimos reparos han quedado vencidos por nuestra buena fe. Estas páginas, pues, no aspiran a resolver problema alguno, sino más bien a plantearlo. Constituyen una de las varias posiciones que pueden adoptarse frente a un tema.

A la larga, el tema responde a un ¿cómo somos? o a un ¿qué somos? los puertorriqueños globalmente considerados. Intentamos recoger los elementos dispersos que laten en el fondo de nuestra cultura, y sorprender los puntos culminantes de nuestra psicología colectiva. Pero téngase en cuenta que si es difícil definir a un solo hombre, por las múltiples facetas que entran en su personalidad, es mucho más difícil definir a un pueblo. La dificultad sube de un punto cuando se intenta, como en este caso, definir un conjunto de seres que todavía no ha podido delinear a gusto su vida colectiva.

Hemos vivido atados a una interpretación optimista y estéril de la historia, de donde arranca el soberbio defecto de creernos el non

plus ultra de los pueblos antillanos. Seguidores entusiastas del patriotismo retórico, hemos dado en ocultar mañosamente el sentido peyorativo a que necesariamente han de arribar ciertas reflexiones honradas. Para sorprender en su pura sinceridad las manifestaciones espontáneas de nuestra conciencia es fuerza merodear por el extrarradio de la historia oficialmente escrita, y sorprender las actitudes básicas que inevitablemente escaparon por su inocencia, a la pluma del historiador gubernativo. De esas excursiones periféricas y de esos momentos derramados con ingenuidad en el expedienteo profesional hemos de sacar las conclusiones de nuestra individualización.

Es hora de acabar con la idolatría servil que tiende a definir nuestra personalidad, apoyada en perfecciones logradas que no han pasado de aspiraciones. El curso de la costumbre es afirmar nuestras virtudes, como si realmente hubiésemos colmado la medida de ellas. Lo que debiéramos y queremos ser dista mucho de lo que hemos sido y por ahora somos. Para el que se preocupa en definir un pueblo indefinible que tiene en su delirio de grandeza el deseo de ocultarse a sí mismo y a los demás sus yerros y defectos es necesario, como compensación, acentuar un poco sus debilidades, a fin de que sean juzgadas imparcialmente en su justo medio. Sin vacilación ni desaliento y proveyendo margen para las equivocaciones dejamos a la deriva la música cordial del tropicalismo, que sólo exalta valores positivos, sin fijarse en que no han rebasado la categoría de anhelos.

El aplauso provoca sana conformidad, rutina y vanagloria. El pesimismo y la duda son fuerzas vitales que mueven a examen de conciencia. La discusión aclara el razonamiento y suele empujar los propósitos de enmienda. Decía Rodó que "...Hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico.* Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla". La amargura que pueda destilar este ensayo va saturada de esperanzas de renovación.

Hasta la fecha se suele medir el volumen de nuestras cualidades desde el plano inestable de la política. El punto de vista ha oscilado de acuerdo con la movilidad de su base. Nuestra política se ha desenvuelto trágicamente en anhelos de mayor utilidad y participación. Lo utilitario, lo necesario, lo aprovechable, han sido normas de todos los partidos. Y como respiramos política y vivimos política, y en la

escuela, en el teatro, en el periódico, en la tertulia, en el oficio, en todas partes el tema obligado e invariable es el político, hemos desarrollado una actitud electoral para medir las cosas. Esta actitud varía con las circunstancias. Ayer no más, ser político era un deber patriótico; hoy es una profesión. Compárese la política del siglo XIX con la del siglo XX y se verá el salto que ha dado de principio a oficio, de sacrificio a medro, de esfuerzo a logro. Antes dominaba un espíritu de programa; ahora, un interés personal, un privilegio oculto en cada paso. Sin soslayar la sustantividad de nuestra política tenemos que rechazar los flujos y reflujos de la última hora como punto de apoyo para una imparcial apreciación del problema que nos ocupa. El rebozo en el mar es transitorio aunque venga del fondo.

Tampoco puede dar la medida de nuestras cualidades el salto inesperado de una dominación a otra en que se acentúa la comparación del progreso en ambas épocas. "Las gentes frívolas —ha dicho Ortega y Gasset— piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de las cosas y de las ideas. No, no, el progreso verdadero es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios cardinales que en la penumbra de la historia laten convulsos como perennes corazones". Averigüemos si existen para nosotros esos misterios y cuál es su sentido. O al menos tratemos de poner a flote la esencia de nuestro carácter. "Dominado todo el mundo —dice Araquistáin en *La Agonía Antillana,* con relación a Puerto Rico— por la preocupación política, son pocos los que tienen solaz para interesarse en la esencia de la vida y de las cosas". Nuestro deseo es penetrar en esa esencia.

En esta aspiración de construir analíticamente la armonía de nuestro carácter han surgido en el tema constantes evasivas que hemos tenido que acorralar atendiendo principalmente a las revelaciones que pueden formar regla. La complejidad del asunto precisa rechazar excepciones que, por numerosas, intentan abrumar con dudas la necesidad de la síntesis. Bien sabemos, y hasta lo deseamos, que muchas de estas evasivas quedarán rondando el comercio mental de los lectores para provocar la disidencia. De atender al imperativo del escrúpulo no hubiéramos escrito estas páginas.

Y ya que puntualizamos el rumbo que ha de llevar nuestra interpretación conviene también aclarar lo que aquí entendemos por

cultura. Referencias simples suelen abroquelarse en la cómoda e insuficiente definición que hacen de la cultura asunto privativo del saber o de la moral. Creemos con Ludwig Pfandl que la "cultura no significa *Suma* o *Síntesis* de todos los compuestos espirituales o civilizados, sino más bien el mundo exterior, el ambiente que Carlos Justi llamaba hermosamente el éter de las cosas". El repertorio de condiciones que dan tono a los sucesos y cauces a la vida de los pueblos; esa peculiar reacción ante las cosas —maneras de entender y de crear— que diferencia en grupos nacionales a la humanidad es lo que entenderemos aquí por cultura. Más que adelanto es intensidad vital.

Para definir sin grandes errores ese ritmo cósmico del problema y señalar en él la sintaxis de la capacidad puertorriqueña no hay que perder de vista esas zonas de cualidad cuantitativa en que suele dividirse la cultura: universal, nacional e individual. Oswald Spengler en su discutida obra *La Decadencia de Occidente*, divide la primera en dos grandes estadios: la cultura antigua de alma apolínea y la occidental de alma fáustica. Serenidad e inquietud la diferencian. Dentro de estos términos tan amplios, España no es más que una actitud en la escala de la cultura occidental, y nosotros un gesto americano de la cultura de España. Y este aspecto nacional es el que nos interesa. Aun reduciendo la complejidad del asunto a términos tan simples no resulta fácil la captación de nuestro ademán, porque no podemos prescindir en nuestros días del gesto anglosajón que a través de los Estados Unidos se va filtrando lentamente en nuestra esencia hispánica.

Yo veo tres momentos supremos en el desarrollo de nuestro pueblo: el primero, de formación y acumulación pasiva, que empieza con el descubrimiento y la conquista y termina en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX; el segundo, de despertar e iniciación, que empalma con el anterior y cierra con la guerra hispanoamericana y el tercero, de indecisión y transición en que estamos. Así pues, en el primer momento, no fuimos otra cosa que una fiel prolongación de la cultura hispánica; en el segundo empezamos a descubrir un ademán independiente dentro de aquélla, y en el tercero hemos querido continuar su desarrollo, pero con la modificación de un nuevo gesto de la cultura occidental (el sajón) superpuesto a su crecimiento. No me interesa, por ahora, discutir el resultado de este último injerto sino

señalar la discontinuidad de nuestra íntima evolución, que no llegó a madurar plenamente.

Tuvimos nacimiento y crecimiento pero no renacimiento. Salimos de una trasplantación y nos metimos en otra sin acabar de diseñar nuestro ademán, que no hemos perdido por completo, pero que se encuentra transeúnte en el momento histórico en que vivimos. Y esto que llamamos nuestro ademán —sin reclamar para él paridad con el gesto hispánico o anglosajón dentro de la cultura occidental sino más bien reconociendo siempre la supeditación, por ahora, al primero— es lo que constituye el único motivo de preocupación de lo que aquí llamamos insularismo. Todo el sistema de condiciones en que históricamente flota es lo que aquí entenderemos por cultura puertorriqueña.

Si de esta manera aislamos el concepto de su dependencia internacional tropezamos inmediatamente con que el acarreo hispánico es infinitamente superior a lo creado: no hemos hecho una lengua, ni un arte propio, ni una filosofía nacional. Nos ha faltado como a tantos pueblos, además del aprovechamiento del elemento indígena, la interpretación suntuaria de la vida, el salto a lo abstracto que es prueba de solidez y madurez de pueblo. Nosotros fuimos y seguimos siendo culturalmente una colonia hispánica. Y sin embargo, dentro de la armonía de nuestra raza, tenemos un comienzo de ritmo particular que si en realidad no ha llegado a manifestarse con plenitud de primer plano, ha conseguido diferenciarse un poco, como en otros pueblos, del orden general que España creó en América.

Tómese este esfuerzo preliminar como gavilla de reflexiones provisionales encaminadas a elaborar de primera intención algunos datos que me parecen imprescindibles para definir al pueblo puertorriqueño. Cualquier desmembración resultará en perjuicio de su totalidad. Nadie espere los remedios que no puedo ofrecer. Yo no soy alienista. Mi propósito es más bien señalar los elementos dispersos que pueden dar sentido a nuestra personalidad. Para responder a la preguntas que insistentemente quebrantan mi reposo he escrito este ensayo personal, cosido en el deseo de abolir las renovaciones teóricas. En vez de remendar los andrajos de la patria con hilo de lamentaciones o parches de indiferencia yo vengo a proponer que la ataviemos pulcramente con nuestros deberes.

Este libro, pues, trata de recoger el ritmo vital que nos define.

Al hacer una lectura de conjunto para escribir este prólogo, he notado que muchas ideas yerguen su muñón sin adquirir completo desarrollo. Están como semillas recién sembradas esperando que el lector las haga reventar.

Me amparo en el ensayo, porque como la misma palabra indica, es un género dúctil donde se empiezan muchas cosas y no acaba ninguna.

A. S. P.

II

BIOLOGIA, GEOGRAFIA, ALMA

1.—El Hombre y su Sentido

Cuando la sangre europea vino a bautizar cristianamente al Boriquén indígena, "la isla, en 1509, bajo las órdenes de Juan Cerón, estaba tan poblada de indios como una colmena, y tan hermosa y fértil que parecía una huerta", según afirmación de Iñigo Abbad, nuestro primer historiador. De su organización primitiva heredaron nuestros campesinos el bohío, la hamaca, la tinaja, las higüeras... mas no la bravía independencia guerrera que los lanzaba a expediciones arriesgadas fuera del Boriquén. En el año 1511 se sublevaron los aborígenes que no pudieron someterse a los conquistadores y en pocos años quedaron reducidos por la explotación y las enfermedades en cantidad considerable.

Para contrarrestar su merma y su incapacidad para el trabajo rudo se introduce en la isla por Real Cédula de 1513 el elemento africano; el negro rendía la faena de cuatro hombres y al entrar en nuestra formación racial esta tercera categoría etnológica, se crea, con la esclavitud, uno de los magnos problemas sociales que arrancará más tarde viriles protestas y esfuerzos incansables a nuestra gestante conciencia colectiva. El elemento español funda nuestro pueblo y se funde con las demás razas. De esta *fusión* parte nuestra *con-fusión.*

Exterminada paulatinamente por las plagas y sometimiento la raza indígena, que a los pocos años de la conquista dejó de ser factor importante en el cruzamiento, quedaron frente a frente absorbiendo con ímpetu los restos del elemento indígena y prolongándose aisladas o combinadas las dos razas invasoras con fondo y disposiciones psicológicas en pugna. La raza superior que daba inteligencia y el proyecto y la llamada raza inferior que aportaba obligatoriamente el trabajo ofrecían características de difícil casamiento. Entre ambas mediaba

la distancia que separa al hombre libre del esclavo, al civilizado del bárbaro, al europeo del africano. La raza blanca era legislativa, la negra ejecutiva; una imponía el proyecto y ordenaba; la otra ofrecía el brazo y obedecía; mientras la europea era dueña de vidas y haciendas la africana no podía disponer ni siquiera de sus sentires. Tampoco tenía que preocuparse por nada, ni pensar en cosa alguna, ya que la raza mandataria se ocupaba de pensar por todos, conservando de esta manera su fuerza moral sobre el conjunto. En el fondo de nuestras maneras actuales, gran parte de la muchedumbre puertorriqueña aún tiene hipotecada su íntima libertad personal.

Estos dos troncos primarios conservan su pureza racial en los primeros tiempos de la colonización, sirviendo de barrera entre ambos el menosprecio del europeo hacia el africano y el resentimiento de éste hacia su dueño. El rencor fronterizo no fue infranqueable. Los escrúpulos fueron venciéndose ante la presión de uno de los extremos del elemento hispánico, que obedecía al principio de la raza que funda, se funde y se confunde. Los colonizadores se dividían en claras parcelas sociales teniendo por extremo superior a la nobleza, titulados y gobernantes y por límite inferior al pueblo y a la soldadesca con deberes, derechos y privilegios muy disímiles. Si bien es verdad que los primeros querían mantener a toda costa la pureza de sangre que les garantizaba honores, privilegios y exclusivismos jerárquicos, no es menos verdad que los plebeyos blancos no mantuvieron escrupulosamente su nivelación social y poco a poco fueron mezclándose con la raza negra que nunca ha logrado entre nosotros supremacía de población sobre la blanca.

Cuando en el siglo XVIII desaparece casi totalmente el ya apagado elemento indígena quedan en exclusiva función etnológica el blanco y el negro, alimentando el viejo cruzamiento del cual salió el *mestizo.*

Luchan en el mestizo dos razas antagónicas de difícil conjugación y opuestas culturas. Entre una, que es la superior, y la otra, que es la inferior, el *mulato* será siempre elemento fronterizo, participante de ambas tendencias raciales que acrecentará más o menos de acuerdo con el tipo que escoja para un segundo enlace: el mestizo, el blanco o el negro. El mulato, que combina en sí las dos últimas y generalmente no suele ser una cosa ni la otra, es un tipo de fondo indefinido y titubeante, que mantiene en agitación ambas tendencias antropológicas sin acabar de perfilarse socialmente. Vive del presente inmediato, defendiéndose de todos y de sí mismo, sin volcar pautas en el ambiente, prudente e indeciso, como el hombre que se encuentra cogido entre dos fuegos. Necesita una mayor cantidad de reservas de una u otra raza para resolver su situación. Es hombre de grupo que colabora y no crea, que sigue y no inicia, que marcha en fila y no es puntero. Por lo general, carece de fervores para ser capitán.

Del cruzamiento de españoles puros que en la isla luchaban desventajosamente contra las enfermedades y el clima, nació el *criollo,* paliducho y ágil, que al través de algunas generaciones pudo asimilar con utilidad los rigores del trópico. De aquí proviene mayormente nuestra gran masa campesina, hombres de la altura, que a fuerza de luchar con la inclemente naturaleza, ha desarrollado una admirable resistencia física, casi inmune a las mismas enfermedades que tantos estragos causan a los europeos. Asombra pensar en este tipo criollo, curvado de sol a sol sobre la azada, con su vida tendida a la intemperie, azotada de privaciones y uncinariacis y resistiendo siempre, no obstante su deficiente alimentación. Es tipo que también vive del presente, que trabaja obligado por la necesidad, que recurre al juego esperando acaparar en un momento los recursos que cree incapaz de obtener con persistente laboreo. Dadivoso y cordial, hospitalario y fiestero, ha tenido que refugiarse en la astucia para protegerse del atropello de la zona urbana y de la negra competencia de la costa. Nuestro jíbaro es por naturaleza desconfiado y esquivo, y aunque de suyo benévolo, generalmente es receloso y astuto. Harto de ofrecimientos no cumplidos y de promesas no logradas ha tenido que recurrir a su vivaz ingenio para poner vallas a fraudes y desmanes pueblerinos. Desesperanza y desconfianza las supo recoger magistralmente nuestro poeta criollo, Luis Lloréns Torres, cuando en un arranque de precisa definición psicológica escribió esta décima:

Llegó un jíbaro a San Juan
Y unos cuantos pitiyanquis
Lo atajaron en el parque
Queriéndole conquistar.
Le hablaron del Tío Sam,
De Wilson, de Mr. Root,
De New York, de Sandy-hook,

De la libertad, del voto;
Del dólar, del hábeas corpus
Y el jíbaro dijo: Nju.

Todavía no se ha hecho una interpretación filosófica del jíbaro y no es ésta la ocasión de malograrla. Cuando se intente, habrá que subrayar sus vicios y virtudes y su peculiar reacción frente a la vida.

El criollo, pues, y el mulato, se han aclimatado perfectamente a nuestro suelo. Este último, que lleva en la sangre resistencia africana, al cruzarse de nuevo con el negro produjo otro tipo intermedio, el *grifo*, de más recia complexión y atrevimiento que ningún otro producto etnológico puertorriqueño y que ha ido adueñándose de las faenas rudas de nuestras costas y centrales. Vivaz y activo, predominan en él la fuerza del negro y la inteligencia del blanco, nunca bien balanceadas. Cuando en esas rachas de bilis oímos a alguien la frase tan común de "grifo parejero" van subrayadas en el insulto ambas características. Decidido y vehemente lucha el grifo desde el fondo de su conciencia por un pleno reconocimiento de sus facultades y por un tratamiento igualitario que le asegure su parte de oportunidad en la vida. En él hay una actitud subconsciente de reivindicación del esclavo. El mulato no se decide a tanto: es demasiado armónico para caer de un lado. Por el contrario el grifo con la poca sangre blanca que abona su derecho aspira y ambiciona y su resentimiento encuentra válvula de escape en la democracia. Y como su tendencia es la de equipararse al blanco, unas veces se prepara para la lucha y otras simula la preparación que pone en tela de juicio con su parejería. Así pues resulta un elemento animador en unos casos y perturbador en otros.

Cuando uno de estos elementos logra romper esta observación totalitaria suele subir muy alto y consigue el respeto y el cariño a que es acreedor por sus excepcionales condiciones. Nuestro deber estriba en una amorosa comprensión de todas las clases que auténticamente valen, sin alimentar ese horrendo y bestial sentimiento de los prejuicios sociales. Téngase en cuenta que en un gran por ciento de nuestra población, los tipos no quedan separados en visibles parcelas, sino fundidos sólidamente en cada hombre, de tal suerte, que los rasgos característicos de cada tipo se matizan y apagan en el crisol del blanco, borrándose casi por completo el punto de partida.

En estos casos indecisos el atavismo trabaja tan lentamente que nadie puede sospechar la existencia de una guerra civil biológica en determinados miembros del árbol genealógico. He aquí el *no man's land* de nuestra vida social y una nueva razón para mantener en beneficio de todos una diplomática cordialidad.

Cabría aún hablar del tipo contrario al del grifo, y de otras subclases cuyo refinamiento nos llevaría muy lejos. Si este intento de clasificación se llevara a sus últimos alcances, mayores observaciones harían más evidente nuestra interpretación. Pero no es necesario apurar más el tema. Repose nuestro intento en el señalamiento de las tres tendencias raciales que son básicas en nuestra psicología y las dos o tres derivaciones primarias que por cruzamiento de ellas provienen.

Descartando el elemento indígena por mermado y pretérito, el negro y el blanco con sus curiosos cruces posteriores darían mucho que pensar sobre nuestra inaprensible psicología colectiva. Certeramente vio el problema Fray Iñigo Abbad cuando en el siglo XVIII dijo con referencia a nosotros: "Verdad es que mirados en globo y sin reflexión se nota poca diferencia en sus cualidades y sólo se descubre un carácter tan mexclado y equívoco como sus colores". Así, mezclada y equívoca, es nuestra psicología.

En el fondo de nuestra población encontraremos sin ardoroso empeño una pugna biológica de fuerzas disgregantes y contrarias que han retardado la formación definitiva de nuestros modos de pueblo. El señor y el peón que viven en nosotros no logran limar sus asperezas y aparejamos a nuestra condición de amos la triste situación de inquilinos perpetuos. La firmeza y la voluntad del europeo retienen a su lado la duda y el resentimiento del africano. Y en los momentos más graves nuestras decisiones vacilan en un ir y venir sin reposo buscando su acomodo. Nuestras rebeldías son momentáneas; nuestra docilidad permanente. En instantes de trascendencia histórica en que afloran en nuestros gestos los ritmos marciales de la sangre europea somos capaces de las más altas empresas y de los más esforzados heroísmos. Pero cuando el gesto viene empapado de oleadas de sangre africana quedamos indecisos, como embobados ante las cuentas de colores o amedrentados ante la visión cinemática de brujas y fantasmas.

Somos un pueblo difícil de complacer porque somos difíciles de comprender. No aseguro yo que todo provenga de esta diversidad de

troncos y cruzamientos raciales sino que un punto de partida para interpretar nuestro carácter "tan mezclado y equívoco", es la variedad de reacciones que responden a secretos estímulos biológicos. Estas fuerzas repelentes que se desgastan en incesante choque invisible empañan el panorama de nuestras aspiraciones y prenden sus nebulosas en nuestros turbios propósitos, lanzando a cada uno por su lado sin poder hacinarnos ante la historia en un frente inexpugnable. Unos hombres llamados dirigentes, con meros gestos tribunicios cambian de la noche a la mañana los programas políticos, nos unen (y desunen) a partidos de plataformas antagónicas y todos permanecemos impávidos con la clásica mansedumbre del cordero de nuestro real escudo. La gota de sangre india que aún corre en nuestras venas se subleva un instante para ser sofocada por el ímpetu conquistador o esclavista. El resultado es el *laissez faire* tropical, en espera de mejor oportunidad, y mientras llega nos sometemos calladamente improvisando siempre una disculpa.

Y es que la comunidad de intereses, de sentimientos e ideas no existe entre nosotros. Votados de lo que Rafael María de Labra llamó particularismo antillano y que en nosotros es herencia, carecemos del sentido de la cooperación y la proporción. De ahí que sea tarea relativamente fácil la de faltarle el respeto a todo un pueblo cuya principal debilidad radica en una incapacidad para la acción conjunta y desinteresada. Cuando el blanco protesta el negro acata y viceversa —¿se entenderá este símbolo?—, sin conseguir llegar a una integridad de anhelos. Se llega a una armonía al través de entendidos superficiales que con una servil adaptación a todas las situaciones intentan acallar y dar tregua a las fuerzas contrarias. El receso, es natural, dura poco, pues la mejor manera de no complacer a nadie es la de tratar de complacer a todo el mundo.

Motivos de ayer y de hoy han desarrollado en nosotros una fuerte capacidad de asimilación que en la raza hispánica es determinante de los rumbos de su progreso. La diferencia estriba en que dicha asimilación opera en España sobre un cuerpo de pueblo definido y fuerte, y en nosotros sobre el injerto de ese pueblo con otros menos expresivos y titubeantes. Para corregir las aportaciones extrañas nos faltó la base autóctona. Hemos tenido que formarla con aportaciones ajenas a nuestro espíritu territorial primitivo y con ellas formar el cauce

de nuestra historia. Y como en dicha colaboración no ejerció influjo condicionante el elemento indígena permaneciendo pasivo y obediente ante la voz del extrarradio insular, el resultado fue el sometimiento, la humildad, la conformidad, el apocamiento, la mansedumbre fiel que da tono a nuestro desarrollo. "La cultura y la civilización que tanto nos envanecen —ha dicho Ortega— son una creación del hombre salvaje y no del hombre culto y civilizado". Si el valor de la vida primitiva es ser fontana de la organización cultural y civil, nosotros no hemos tenido esa fontana. Todo nos vino hecho y manoseado y así se acostumbró el pueblo al consumo y no a la producción de valores vitales.

Acatar, aceptar: he aquí conceptos sintomáticos; empezamos aceptando los designios históricos sin la más remota posibilidad de torcer sus rumbos y acabamos por acatar la voz imperativa de los excelentísimos gobernadores militares que hasta fines del pasado siglo se hacían obedecer con la grosera fórmula de "ordeno y mando". Esta actitud no ha variado en nuestros días.

En cierto modo la riña de gallos resulta aclaratoria de lo que somos. Nuestro deporte nacional no es una afición exclusivamente nuestra. Con todo y eso parece que se descubrió para nosotros; es un deporte en que no interviene el arrojo individual, como en el toreo español, ni la acción coordinada como en el *foot-ball* inglés o el *base-ball* norteamericano. Nos quitamos de encima toda responsabilidad dejando que los gallos resuelvan el asunto; así nadie pondrá en tela de juicio nuestra aptitud para la acción conjunta. En la gallera —seis chorreao; cantaores— descargamos un poco la congestión de impulsos que nos bullen por dentro y una vez más dividimos la gritería insular en dos bandos opuestos. La jugada de gallos pertenece más a los viejos que a los jóvenes y ha tenido que compartir su imperio con los nuevos deportes.

Un hecho que no puedo eludir de mis preocupaciones es el de la juventud que apenas llega a serlo. En los países tropicales la gente envejece con mayor rapidez que en los países fríos. El promedio de vida, además, es menor en los primeros que en los segundos. Nuestro niño atraviesa muy aprisa la etapa en que debiera regodearse y muy temprano se abren sus sentidos haciendo que maduren antes de tiempo los mejores años de la muchachez. Con dañosa frecuencia se le ve

abandonar los juegos propios de su edad para dedicarse al trabajo y el sexo le quebranta antes de que amanezca su pubertad.

Así como se anticipa en el niño la crisis infantil, se anticipa en el joven su entrada en la vida pública, complicándole el vuelo y el carácter. Su falta de formación para imponer sus pocos años lo obliga a formar coros y el torbellino de la lucha lo arrastra por un atajo de preocupaciones que le estrujan el alma. En las eras del campo, en el vientre de una fábrica, en una oficina o en las filas del desempleo va adquiriendo una experiencia desazonada sin regustar los años auténticos de la juventud.

Esta prisa en ser hombres la heredamos de la raza. Compárese nuestro núcleo universitario con uno similar en Estados Unidos y se verá la diferencia que existe entre unos hombres menores y unos muchachos mayores. Nuestro estudiante promedio vive agriamente su vida colegial, defiende sus derechos con protestas enérgicas, no disfruta sus vísperas de hombre y sale amargado de las aulas para las cuales no tiene luego un amoroso recuerdo. El norteamericano no olvida nunca su Alma Mater porque en ella pasó los mejores años de su juventud. Si alguna vez se levantó en huelga fue por razones deportivas que a la larga resultan superficiales.

Dimitir la juventud antes de tiempo es negar a nuestro pueblo la sanidad, el vigor y la alegría que la juventud debe darle. Por una serie de condiciones en que intervienen la etnología, la geografía y la historia, somos un pueblo triste. Campeche, Oller, Gautier Benítez, Juan Morell Campos, para citar pintores, poetas y músicos de primer orden, fueron los productos más expresivos de la tristeza puertorriqueña. Cuando se atiende al volumen de la tierra acosada de terremotos, de temporales y de impuestos; cuando se cala la impotencia del hombre para luchar desventajosamente con su composición biológica y su tragedia política; cuando se contempla el paisaje o se escuchan los apenados tonos de una danza; cuando, en fin, se mira al fondo de nuestra afirmación, tan picada de inconvenientes, se pueden descubrir los viejos surtidores de nuestra melancolía.

Puerto Rico es un pueblo deprimido; pero ama la vida y no se rinde nunca. El nativo es individualista, resistente, valeroso. Para el hambre no tiene flaquezas; ante las desgracias naturales no se anula jamás; individualmente no le importa perder la vida que pone en peli-

gro por cualquier tontería personal; colectivamente es lo contrario: demuestra una gran incapacidad para morir en grupo. Al revés de otros pueblos antillanos, el nuestro siente un gran apego a la vida. De Quisqueya es el areyto que dice: "Ijí, ayá bombé" (antes muerto que siervo). El desprecio a la vida caracteriza al pueblo dominicano y al cubano que a cada momento se la juegan con asombro de todos. Nuestra muchedumbre, por el contrario, es dócil y pacífica: se caracteriza por la resignación. Defiende su derecho a vivir con suma cautela y demuestra una instintiva prudencia que algunos identifican con el miedo. Ruego al lector susceptible que no abrume esta síntesis con muy gloriosas excepciones.

Somos un pueblo racialmente heterogéneo, compuesto de blancos, de negros y de mestizos. Siglos de convivencia al hervor del trópico fueron casando modalidades encontradas y aunque todavía abundan los divorcios, nuestra personalidad colectiva es responsable de [illegible] ñado de nombres que nos representan en casi todos los compar[illegible] insulares de la cultura.

Hemos dado a las armas extranjeras nombres gloriosos como los de Rius Rivera y Pachín Marín, mejores que el de Antonio Valero de Bernabé; a la hagiografía una mujer ilustre: Santa Rosa de Lima; a la ciencia jurídica un tratadista venerado en toda América: Eugenio María de Hostos; a la mar dimos a Ramón Power y al pirata Cofresí; a la botánica: Stahl; a la ingeniería: Fuertes; y en la medicina, en el magisterio, en la oratoria, las artes y las letras hemos tenido nombres de resistente prestigio insular. Cuando yo me pregunto por la honradez patriótica, señalo en primer lugar a Baldorioty; cuando busco un carácter lo encuentro en Ruiz Belvis o en Betances; una mente filosófica: Matienzo o López Landrón; un periodista: Brau o Muñoz Rivera...

Dirijo mis simpatías, al cerrar este primer ensayo, en derechura de esa exquisita masa anónima, formada por millares de hombres silenciosos, pertinaces y limpios, que con admirable orientación ciudadana —decoro, desinterés, patriotismo— ayudan diariamente y sin sentirlo a formar la personalidad puertorriqueña. Si esta condicionante minoría ha limpiado en nuestro territorio el camino de la inmortalidad para que pasen otros, ella ha de ser también la barbacana que dispare nuestros hombres egregios hacia el espacio universal.

Abandonemos ahora el hombre y su sentido para clavar nuestra interpretación sobre la tierra.

2.—La Tierra y su Sentido

En esta aspiración de dar sentido biológico y político a nuestros modos encontramos la colaboración ejercida por la geografía y el clima, que ayudan poderosamente al apagamiento de la voluntad. El indio defendía, con un mínimum de esfuerzo, su derecho a vivir, exigiendo a su vez muy pocas cosas a la vida. Acostumbrada su desnudez a muelles esfuerzos diarios, no pudo resistir las duras imposiciones del trabajo. El negro, bajo el látigo, ahogaba sus elementales necesidades con obligatoria y cristiana conformidad. El blanco mecía su indolencia en la clásica siesta de medio día, haciéndola más grata y acompasada con el vaivén de la hamaca que heredó del indio. Pródiga la naturaleza y fértil la tierra proveían con generosidad y regalo para las necesidades del presente.

El clima exigía poca ropa y menguado alojamiento. La tierra daba lo demás. Pero cuando las exigencias y demandas de la vida colonizadora empezaron a punzar violentamente la capacidad productora de nuestro suelo se presentó en la historia un hormiguero de problemas que hemos arrastrado como lastre hasta la época contemporánea.

No ya por nuestras propias taras psicológicas y políticas, sino también por nuestra posición geográfica, vivimos en permanente angustia aguardando en los meses de verano las tormentas destructoras y en cualquier época los indeseables terremotos. Temblores y temporales nos sorprenden con su desolación y vivimos en perpetuo acecho de cataclismos geográficos inevitables. Amenazados constantemente por la naturaleza, mermando nuestras cosechas durante la sequía o reduciéndose considerablemente durante las inclementes lluvias, hemos tenido que vivir expectantes y agónicos, acosados por desazones y

derrotas. Nuestros frutos principales que son la caña, el tabaco y el café, quedan violentamente afectados por la irregularidad climatológica, obligando al terrateniente a pensar a diario en su fracaso. Esta actitud derrotista está vigente en nuestro general acatamiento y es arteria importante de nuestro pesimismo.

El clima nos derrite la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros. El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo también nos descompone. De su enervante presión sobre los hombres viene esa característica nacional que llamamos el aplatanamiento. Aplatanarse, en nuestro país, es una especie de inhibición, de modorra mental y ausencia de acometividad. Es seguir, sin sofocarse, cómoda y rutinariamente, el curso de la vida, sin cambios ni inquietudes, cabeceando nuestras aspiraciones y en cuclillas frente al porvenir. Es aclimatarse a la molicie tropical y tener ideas pasivas en forma de *piraguas* para refrescar la siesta de nuestra civilidad. La *musa paradisiaca,* nombre inefable y científico del plátano, es un símbolo retórico de nuestra vegetación anímica.

Dentro del uniforme tono del clima tropical posee nuestra isla pequeñas variaciones estimulantes. Se ha observado una gran diferencia climatológica que proporcionalmente es mayor entre el día y la noche que entre una estación y otra.

En una reducida extensión de 10,000 kilómetros cuadrados, como la de Puerto Rico, con vientos de norte y noreste, fríos y húmedos, de noviembre a febrero, y vientos sur, calientes y secos, en particular de julio a octubre, es interesante observar la variedad del clima que tiene su extremada diferencia de norte a sur de la isla. En la región de Ponce, sedienta y calcinada, crecen pastos menguados, bajo un sopor anhelante que clama sin cesar por irrigaciones artificiales. Una capa de polvo cubre las grandes extensiones de terreno que a trechos y como por arte de milagro se dedican a la ganadería. En el norte de la isla las lluvias son abundantes e inesperadas y mantienen las tierras labrantías en pintoresca espera de fotógrafos y turistas. Los pueblos del centro —Aibonito, Adjuntas— a unos 2,000 pies sobre el nivel del mar, ofrecen a nuestra depresión climática un grato remanso veraniego. El promedio de la temperatura anual en la isla es de 73 grados en los meses de frío y 79 en los de calor. El promedio

general es de 76 grados. Las lluvias rápidas y repentinas, pero no largas, acumulan al año un promedio de 69.30 pulgadas.

Sobre la parte agreste de la isla concreta el visitante sus interjecciones bucólicas. Nos definen la estampa y la calcomanía multicolor del paisaje, anteponiendo como buenos turistas lo pintoresco a lo esencial. Sordos al clamor de nuestros terratenientes, que de día a día rinden su heredad agobiados por la ergástula económica de las corporaciones, no ven sino el telón de boca que esconde nuestra tragedia. La tierra se nos va de las manos sin sentirla y los bosques han desaparecido a golpe de hacha, dejando llanuras y colinas huérfanas de árboles en una inmisericorde despoblación. Los cincuenta ríos que nos refrescan van mermando el caudal de sus aguas y el campesino va perdiendo, año tras año, la propiedad de sus huertos. El fondo agrario de Puerto Rico ha ido cambiando notablemente en su primer plano, de acuerdo con el "ordeno y mando" de la presión económica de que hablaremos más adelante.

Nuestra estructura geológica, montada al aire entre dos abismos —uno al sur de la isla, con una profundidad de 15,000 pies, y otro, 75 millas al norte, con una de 28,000 pies— es pobre en recursos minerales. Poco a poco se ha ido también empobreciendo de las ricas maderas autóctonas, y en caoba, ausubo, ortegón... nuestra indigencia actual es lamentable. Los árboles más vigorosos y machos de nuestro suelo han cedido su puesto a otros más femeninos y ornamentales, como el pino y el ciprés. La despoblación forestal es responsable del raquitismo fluvial y de nuestra reducida ornitología. Puerto Rico cuenta con 160 especies de aves, que se reducen a una treintena en cada localidad; poseemos menos pájaros —la jaula, además, es muy pequeña— que cualquiera otra isla antillana.

Nuestro paisaje posee un sentido mesurado y armoniza con la geografía y la etnografía. Nada de fuerza, de estruendo o de magnitud. La discreta decoración es de tono menor y se presta, como nuestra danza, al regodeo y a la confidencia. Su nota predominante es la lírica: es un paisaje tierno, blando, muelle, cristalino. Con buen acierto lo captó Samuel Gili Gaya, cuando dijo que "dista mucho de ser imponente. Todo adopta un aire suave, halagador, amable y profundamente femenino. Las montañas no son más que colinas vestidas de verde claro, donde pace una vaca que no embiste, una vaca casi vege-

tal. El Asomante parece como si quisiera embravecer un poco, pero en seguida se arrepiente de sus gestos de matón y se inclina con toda cortesía ante el azul cobalto de la costa sur. Echamos de menos las serpientes venenosas y no podemos creer en los ciclones ni en los terremotos que dicen ocurren".

No encontramos tampoco, en nuestra idiosincrasia, picachos inaccesibles, ni desiertos ardorosos, ni profundos precipicios, ni rugidos, ni zarpas, ni volumen épico. Somos un pueblo ajeno a la violencia y cortésmente pacífico, como nuestro paisaje. Aislado en la zona rural, en el 80 por 100 de su población, tiende su mansedumbre al borde de la indigencia y multiplica su prole al margen de la ley, agravando cada vez más su angustioso problema económico-social. El éxodo obligatorio hacia las poblaciones va privando al paisaje boricua de su fecundo sentido folklórico. La fuerte marejada de los cañaverales rebasó los límites de nuestros llanos y repecha, montaña arriba, derrumbando árboles y arrasando con los frutos menores, que eran dieta segura en los tristes hogares campesinos. Ante su empuje, van desapareciendo los bohíos, como desaparecieron los pantanos, las haciendas, los ingenios, la maleza y el camino real. En el actual período de transición histórica en que vivimos hasta el paisaje varía sus elementos constitutivos, al igual que la Historia.

Gruesas columnas de humo negro oscurecen, de trecho en trecho, la diafanidad azul del cielo y una admirable red de carreteras —blanco sobre verde— atenaza los músculos de las montañas, uniendo apretadamente 78 poblaciones y más de 40 factorías azucareras. De recodo en recodo un anuncio chillón, pregonero de productos exóticos, lanza su grito mercantil, perforando el vaho de melaza y gasolina que compite, a menudo, con el de los alambiques clandestinos. Se trabaja la tierra con forzado entusiasmo y escaso beneficio para el brazo que la ordeña. Los hilos del telégrafo y de la luz han rayado los campos como papel de música; el progreso técnico va invadiendo, a trancos gigantescos, las zonas rurales y los pueblos caminan hacia afuera, acortando las distancias, ya anuladas por nuestros admirables medios de comunicación. Nuestro paisaje ha adquirido una urbanidad no sospechada treinta años atrás. La escuela rural, las unidades agrícolas, los riegos, los caminos vecinales, la radio, el automóvil, etc., etc., han cambiado la estampa fisiográfica halagadoramente. Pero la tierra sigue

agónica, resbaladiza, acumulando males sociales y económicos, presionando, antes como ahora, el problema de nuestra idiosincrasia.

Con la excepción de Inglaterra, Java, Bélgica y los Países Bajos, nuestro país es el más poblado del mundo —485 habitantes por milla cuadrada—. Le siguen Japón y Alemania. Si como puede verse en los últimos censos su población se dobla cada cuarenta y cinco años y siguen gravitando sobre este exceso humano los problemas sanitarios, sociales y económicos que hoy nos agobian, en un futuro próximo la tragedia será espantosa. Calva de minerales, de bosques y fuerza hidráulica para iniciar industrias permanentes, la tierra no puede sostener sobre su agricultura a la ya inquietante superpoblación.

El primer hombre que desde las carabelas colombinas divisó por primera vez las islas del nuevo mundo, pronunció en los mares la primera palabra española que escuchó América y anticipadamente señalaba un grave problema puertorriqueño: ¡Tierra! De ardorosa expresión de júbilo se tornó, con el tiempo, en problema de dolorosa angustia. La tierra, repartida antes en pequeñas unidades, hoy se encuentra acaparada en garras de las grandes centrales. La competencia humana hinca sus dientes en nuestra enfermiza economía y abarata los jornales, llevando a los que trabajan a la indigencia. Pónganse sobre ella los azotes de la Naturaleza, de la uncinariasis, del monocultivo y del tiempo muerto y se verá que la tierra no puede ya soportar tanta carga.

No valen, hoy por hoy, las medidas de la inmigración o la limitación de la prole, tan contrarias, por lo visto, al carácter puertorriqueño. Como no podemos reducir el número de nacimientos ni podemos avanzar hacia el mar para hacer la expansión del territorio, no cabe otro recurso que la expansión vertical: ir hacia arriba, hacia adentro, hacia abajo, para cultivar ideas y sentimientos viriles. De no aumentarnos culturalmente estaremos condenados a la ingrata condición de peones. Hay, pues, que defender nuestro subsuelo espiritual y levantar los ojos de la tierra —¡sin olvidarla nunca!— para asegurar a nuestro pueblo el aire que respira.

La posición geográfica de Puerto Rico determinó el rumbo de nuestra historia y de nuestro carácter. El punto de vista de la soberanía española era el comercio, y el de la norteamericana, la estrategia. Comercio y estrategia intervienen en el crecimiento de nuestra per-

sonalidad colectiva como veremos luego. Para colmo de la desesperación nos cupo la desgracia de caer aislados del mundo y ser entre las Grandes, la menor de las Antillas. Esto nos privó de la autoridad que dan las grandes masas de pueblos a las demandas del respeto universal. Nuestra patria ha añorado siempre ese bulto de tierra tan necesario para servir de fondo.

En proporción a su tamaño se desarrolla su riqueza, y por lo tanto su cultura. Siendo geográficamente el centro de las dos Américas, su falta de volumen, su carencia de puertos y de comercio en grande la convierten en rincón. Como centro comprimido no servimos más que para la estrategia y para hacer escala; y esto tan de tarde en tarde y con tanta rapidez que el resultado no vuelca en el ambiente colaboraciones determinantes. El ser punto estratégico nos beneficia muy poco; como punto de turismo nuestra pequeñez vista en dos días, no resarce los gastos del viaje; y como centro económico la extensión geográfica sólo permite negocios reducidos, mellizos con su tamaño.

Llevamos encima la tara de la dimensión territorial. No somos continentales, ni siquiera antillanos: somos simplemente insulares que es como decir insulados en casa estrecha. Encogidos por la tierra, tiene nuestro gesto ante el mundo las mismas dimensiones que nuestra geografía. Ni desiertos, ni planicies, ni amplios valles nos ayudan a estirar la visión y estamos habituados a tropezar con un paisaje inmediato que casi tocamos por sus cuatro puntas. Ese obstáculo de lo próximo nos encoge la perspectiva y desarrolla en nosotros una oftalmología que nos condena al mero atisbo continental.[1] Le cortamos el vuelo a las grandes distancias y atomizamos la vida con graves consecuencias para nuestro destino.

La tierra, pues, reduce el escenario en que ha de moverse la cultura. De ser otra nuestra topografía, otro hubiese sido también el rumbo de nuestra historia. Ruiz Belvis, Hostos y Betances no cupieron en ella y huyeron a morir en el ostracismo. A nuestros hombres próceres, hay que repetirlo, les falta el bulto de la tierra tan propicio para aclarar y engrandecer las figuras. Este apocamiento geológico, unido a la difícil posición geográfica, al clima enervador, a nuestra constitución biológica, y a la perpetua condición feudataria, opera en nuestra psicología colectiva con un sentido angostador y deprimente. Carentes del derecho que da la fuerza, es decir, la masa, no hemos podido incorporar a nuestra vida la fuerza que da el derecho. Desventurado, pobre y flaco ha sido siempre nuestro pueblo; operamos en diminutivo. A cambio de las manquedades vitales que ofrece nuestra acción ciudadana, exhibimos como substituto una característica que estudiamos en capítulo aparte: el retoricismo.

1 Véase el capítulo *Nos coge el holandés.*

Es curioso notar que el aspecto económico de la tierra varía distintamente de acuerdo con los tres momentos en que dividimos el curso de nuestra historia. En el primero, pausado y unitario, los repartimientos y las encomiendas hacían de ella una vasta finca a medio cultivar, con un considerable margen inactivo de bosques, pastos, ciénagas y campos huraños. En el segundo, inquieto y decisivo, se fragmenta en abundantísimas parcelas en que el interés de los más aprovecha mejor su rendimiento con pequeños cultivos responsables de la mayor parte de nuestra dieta. Y en el tercero, indefinido y problemático, la tierra pierde su pequeño propietario, y por encima de la ley que limita su posesión a 500 acres, vuelve a una división mayoritaria pero esta vez bajo una superlativa explotación de corporaciones absentistas, responsable, entre otras cosas, por su dedicación monopolizadora, de la esclavitud dietética en que hoy vive nuestro pueblo. Compárense las importaciones del siglo XIX con las del siglo XX y se verán las consecuencias del monocultivo.

La tierra, ayer no más, nos caía por el corazón en el regazo de la cultura; hoy se nos cae de las manos en los vaivenes de la compraventa, alterando su patriótico sentido por uno exclusivamente económico. En el pasado, cuando la tierra era plural y cobraba su mejor expresión entre el paréntesis que formaban el estanciero y el poeta, no era motivo de preocupación. Hoy, que es singular y se ha hecho fardo, no la define el hombre particular sino el hombre en grupo: ayer Gautier Benítez; hoy las centrales. Obsérvese en este caso aislado la trayectoria que va a recorrer nuestra vida desde lo individual a lo corporativo. *Mass production,* exceso de dos o tres productos; carencia de todos los demás.

La tierra, pues, se encuentra en este apenado proceso de transacción, que es como decir de transición histórico-económica. ¿A dónde

va la tierra? Nadie podrá decirlo en tanto no se sepa qué pueblo ha de decir la última palabra.

Flor de la tierra es la vivienda. El bohío de paja y yagua, tan pintoresco a la distancia como elemento decorativo del paisaje regional pero tan miserable de cerca, está llamado a desaparecer porque no carga con las esencias permanentes de la tradición. No hay que lamentar su ausencia ya que el bohío no es más que expresión de angustia y de penuria. Si cada jíbaro pudiera tener casa cómoda y segura, de cemento o de tablas, con techo mineral y con todos los adelantos sanitarios de la vida moderna, es conveniente que así sea y que se hospitalice el bohío en la historia, en la poesía y en el folklore.

No hay derecho a defender presencia cuando lo que debe importar es la esencia. La estampa es cosa externa. El bohío sólo puede defenderse desde un plano puramente económico; es preferible que nuestro jíbaro posea su rústica vivienda a que se convierta en un mero inquilino de casas modernas. Hay que defender su posesión sobre los graves inconvenientes del inquilinato. Pero cuando ese campesino pueda poner su casa a la altura de las que poseemos en la zona urbana, nadie debe lamentar que cambie su pocilga y desaparezca de nuestro paisaje esa nota pintoresca tan llamada a desaparecer. La barraca o tormentera me parece más esencial e ineludible que un rancho de pajas.

El bohío indígena, además, no puede ser por su endeblez y peligro, la célula primaria de nuestra vivienda. Esta la constituye la aportación española adaptada a las exigencias de la necesidad colonial: paredes de ladrillo o de cemento, techo de teja o de ladrillo, puertas altas y anchas y ventanales con persianas. El intenso calor, los temblores de tierra y los huracanes determinan el rumbo de nuestra arquitectura insular que casi hemos abandonado. El zinc y los cristales que hoy predominan en nuestras casas son elementos exóticos superpuestos superficialmente sobre las células antiguas. Pero la imitación nos *perjudica*, además de ser inconveniente. El trópico demanda una construcción especial, muy suya, fuerte y duradera, que responda a los embates de sus tres enemigos naturales: los ciclones, los terremotos y el ataque destructor del salitre y la polilla.

Si hubiésemos seguido desarrollando sin tropiezos nuestra conciencia colectiva quizás tuviéramos plenamente lograda una arquitectura regional, sin zinc y sin cristales que aquí no se producen y rematando en barro cocido. Por poseer esa materia prima dicha arquitectura sería responsable a su vez de una autóctona y floreciente industria totalmente desaparecida: la fabricación de tejas y ladrillos.

Inevitablemente tendremos que ir a ella. El clima, las tormentas, la necesidad y la economía nacional exigen de nosotros la creación de una vivienda que responda certeramente a las exigencias de nuestro espíritu territorial. Para rechazar o aceptar con provecho el acarreo de la nueva civilización que hoy nos nutre, es imprescindible reconocer la orientación que ofrece la tierra y su sentido.

3.—Alarde y Expresión

Veamos ahora hasta qué punto se proyectan el hombre y sus contornos en las sensibles placas del arte literario. Vamos a caminar por un campo de niebla, enmarañado y perdido, que aún desconoce la aventura crítica de los exploradores. Nuestro vagar no cuenta con ocio suficiente para la creación artística ni tampoco para la exploración de yacimientos que sirvan al erudito de puntos de apoyo al hacer nuestra cartografía intelectual. La falta de archivos, bibliotecas y museos que orienten con aportaciones iniciales la tarea del investigador ha sido una barrera formidable para ordenar y valorar nuestra inviolada producción literaria. Si descontamos dos o tres monografías parciales aún inéditas, y una o dos publicadas, podemos afirmar que todo está por hacer.

Carecemos de una obra de conjunto sobre la literatura puertorriqueña. Nadie se ha ocupado hasta la fecha de formar el censo de nuestros proverbios. Tampoco se ha hecho el *Cancionero*. En el arsenal de nuestra bibliografía quedan innumerables temas vírgenes que claman desarrollo. La imprenta en Puerto Rico, influencias en nuestra literatura, características autóctonas de la misma, desarrollo de nuestro periodismo, ideas predominantes en el siglo XIX y en el XX, el modernismo, corrientes estéticas actuales, etc., etc., no son sino pequeña muestra del cestón de temas por hacer que hubieran facilitado las pretensiones inaplazables de este capítulo.

Para lanzarnos al mar muerto de los tres primeros siglos de historia, no necesitamos cartas de marear: ni escollos, ni arrecifes, ni bajos, ni corrientes difíciles arredran al viajero. Siglos en blanco para nuestras letras fueron esos, con tres o cuatro nombres puertorriqueños para no hacer absoluta su esterilidad: García Troche y el canónigo

Torres Vargas historiadores que, obligados por diferentes requerimientos oficiales, dejaron sendas memorias sobre la isla; y Francisco de Ayerra y Santa María, poeta gongorino que vivió en Méjico, pero que nació en San Juan en 1630. Unos y otros pueden perfectamente barajarse con los escritores españoles que durante esa primera época quedaron vinculados a nuestra isla: López de Haro, Bernardo de Valbuena, Juan de Castellanos, y el más próximo de todos: Fray Iñigo Abbad.

Desde el punto de vista del alarde artístico, esos tres siglos constituyen un desesperante desierto cultural y coinciden con el rumbo precario que llevó nuestra historia según verá el lector más adelante. Todo nos llegó mermado y retrasado; la imprenta, los periódicos, el comercio de libros, las bibliotecas, las instituciones de enseñanza superior, la apetencia por la lectura, la prosa con fines estéticos, en fin, la literatura con todos sus elementos condicionantes son obra exclusiva de nuestro siglo XIX. Cuando aún no habíamos emprendido el camino de las letras, Cuba contaba ya con algunos clásicos. El aislamiento y la falta de iniciativas nos condenan a recibir los cambios literarios del mundo con lamentable retraso.

Llegó la imprenta a Puerto Rico en 1806. La primera producción de amena literatura en la isla no fue, como afirma Menéndez y Pelayo, la traducción de las *Odas de Anacreonte* y de los *Amores de Hero* y *Leandro*, ni *El Beso de Abibina* de Graciliano Alfonso publicados en 1838. Esa prioridad corresponde a los trabajos raramente firmados que aparecieron en los periódicos publicados entre el nacimiento de *La Gaceta Oficial*, 1806, y el de *El Boletín Instructivo y Mercantil*, 1839. En las columnas del *Diario Económico* y *El Cigarrón*, 1814; de *El Diario Liberal*, 1821 y de *El Eco*, 1822, están grabadas las iniciales de nuestros comienzos.

El primer libro de versos que se publica en Puerto Rico, salió a la luz en 1812; se titula *El Cuadernito de varias especies de Coplas muy devotas;* lo publicó un misionero capuchino, Manuel María de Sanlúcar, "con sólo el piadoso fin de excitar a la devoción y promover las divinas alabanzas que debemos al Señor de todo lo creado". Luego encontramos el nombre de un poeta peninsular, Juan Rodríguez Calderón, con un canto *A la hermosa y feliz isla de San Juan de Puerto Rico,* y en 1832 el de la primera poetisa nativa, María Bibiana Benítez

cuya *Ninfa de Puerto Rico* recogió Pedro Tomás de Córdoba en sus *Memorias* publicadas entonces. Con la fundación de *El Boletín,* de admirable longevidad, se prepara el terreno a las antologías.

Como se ve, en los dos últimos títulos citados el nombre de Puerto Rico empezó a ser tema de elaboración poética, pero no como una realidad más o menos precisa, sino como una fórmula retórica sin hacerse cargo de la esencia. Por un lado caminaban adjetivos y cortesías y por otro el cuerpo social que ornamentaban. Compárese ese poema de Rodríguez Calderón con el opúsculo de otro español, Jacinto Salas Quiroga, colaborador de *El Boletín,* cuyo tema según Tapia era: "Puerto Rico es el cadáver de una sociedad que no ha nacido". Podemos decir que todavía en este año de 1839 nuestra incipiente producción literaria no nos pertenece por entero. Nuestro período de lactancia se prolonga hasta finalizar la primera mitad del siglo.

En el 1843 se editó el *Aguinaldo Puertorriqueño* colaborando en él nativos y españoles. Alborozados por esta primera manifestación de conjunto los estudiantes puertorriqueños radicados en Barcelona convirtieron su júbilo en un *Album Puertorriqueño,* 1844, alentando de esta manera la que ellos llamaron "señal de vida". En 1846 sale un segundo *Aguinaldo Puertorriqueño* y en ese mismo año reciprocaron los de Barcelona con *El Cancionero de Borinquén.*

Aun siendo estos cuatro libros los sillares más sólidos de nuestros comienzos literarios no son todavía una firme expresión de nuestro espíritu, por estar sometidos ingenuamente a los temas y a las normas ya caducas de la literatura española. La imitación supera a la originalidad y el balbuceo se evidencia. Se consume más de lo que se crea. Se conformaron con llenar las demandas familiares de nuestros mercados y como era muy poco lo que éste pedía fue también muy poco lo que dieron. Los diletantes de la colonia tuvieron que agruparse para el primer paseo en público. Tan sólo uno se destacó del grupo y caminó al frente con el primer libro de importancia, hurgando con probidad y sentido patriótico en una de las zonas más repletas de nuestra expresión.

Para entrar con los menos peligros en el tema que aquí nos preocupa fuerza es reducir nuestro santoral literario a unos cuantos nombres indispensables, atendiendo preferentemente a los que avecindaron su producción al nervio de este ensayo. Y esto por economía, por el

imperativo de la selección y porque rehusamos hacer de *Insularismo* una feria de vanidad.

Manuel Alonso —después de Andino el periodista— es el primer autor que a nuestro juicio merece por su obra —cantidad y calidad— sitio de preferencia en nuestra historia literaria. Cuando aparece en Barcelona la edición príncipe de *El Gíbaro,* 1849, encendió su luz nuestra primera estrella.

Con Alonso, la lírica extraviada por convencionalismos extranjeros se encontró a sí misma. El hombre y la tierra no tuvieron acomodación eficaz en nuestras letras hasta que no surgió un observador preparado para sortear con gracia todos los inconvenientes. El fue nuestro primer costumbrista y el primer escritor que se ocupó críticamente de la obra de un poeta puertorriqueño. El también por vez primera hace de nuestra isla un tema de preocupación para las letras. Con la aparición de Alonso se descubre por fin el alma de Puerto Rico.

Más que doctor en medicina y por especialización alienista, Alonso fue por su cultura y su sensibilidad un pertinaz hombre de letras preocupado hondamente por los hervores de la conciencia patria. Toda su producción en prosa y verso, con limitadísimas excepciones, fue disparada durante cuarenta años en dirección a nuestra agonía. Suyo es el primer intento de definición poética del tipo puertorriqueño aparecido en *El Album;* suyos los primeros esbozos de costumbres, publicados en *El Cancionero;* suyo también *El Gíbaro,* la nota más henchida de este período y acaso de toda nuestra literatura del siglo XIX. En él se resume maravillosamente el trozo más expresivo de nuestra historia; por él conocerá el futuro la infancia de nuestras tradiciones, amarguras, creencias, virtudes y defectos, y las aristas ya centenarias de nuestro carácter.

De la entraña nativa le salían los humores aconsejados por el ingenio; y su inconformidad solía despistar a la censura porque iba a su trabajo montada en ocurrencias. Sus escritos en general llevaban la música por dentro como todos los puertorriqueños. A poco de levantar el manto de donaires se verán en su obra la índole pedregosa de nuestra situación y la única manera que teníamos entonces para exponerla sin peligro. En ocasión más propicia nos ocuparemos de este libro con el detenimiento que merece, para señalar, amén del

literario y el filológico, el valor que tiene para el folklore y la etnología.

Salvando las distancias, *El Gíbaro* es nuestro *Poema del Cid* y nuestro *Martín Fierro.* Si por su forma sigue tenazmente amarrado a la literatura española, por su esencia y por sus fervores pertenece por entero a la cultura puertorriqueña. No pudo Alonso substraerse, en sus poemas iniciales, de la servil imitación que caracteriza a estos comienzos literarios. En *El Album* publicó un calco de *La Canción del Pirata,* de Espronceda, con el intencionado tema de *El Salvaje.* Y digo intencionado porque Alonso disimulaba en esa inofensiva composición los sentimientos patrios que de otra manera no podían caer en letras de molde. Muestra de su prudente cautela podrá apreciarla el lector en el estribillo:

Que es mi dicha vivir libre
sin cadenas que me opriman;
con su peso sólo giman
los esclavos y no yo.

Por aquí se va derechamente a *Agüeybana el Bravo,* el poema del perseguido Daniel Rivera de quien hablaremos en otro capítulo. No debió ser perfecto el disimulo porque nuestro autor recibió en 1844 dos admoniciones: "una —según Brau— del autor de sus días, en la que le hacía presente el mal efecto que al Sr. Conde de Mirasol, Capitán General de la isla, había causado la consabida canción y otra de D. Francisco Vasallo, encaminada a recordarle las condiciones del país para el cual redactaba sus escritos". Esta epidérmica susceptibilidad fue una mordaza férrea que obstaculizó por largos años nuestras mejores expresiones. Poco tiempo después, cuando llegó *El Gíbaro* a Puerto Rico, no es de extrañarse que lo retuvieran tercamente en la Aduana, tildado de libro sospechoso. Por la oportuna intervención del obispo Gil Esteve no corrió, sin embargo, la suerte de *La Peregrinación de Bayoán,* inocente novela de Hostos, confiscada más tarde por el gobierno. El triunfo de Alonso fue completo: el criollismo salvó al fin su primer libro sagrado.

Treinta años de insistencia pública indujeron a Alonso a publicar una segunda edición de su obra. A mi parecer, este es el primer

libro puertorriqueño que merece el honor de reeditarse. Y es que *El Gíbaro,* a pesar de su "estilo medio" y de sus esforzados escamoteos es una preciosa válvula de escape para nuestra fermentación patriótica. El Conde Keyserling ha dicho recientemente una verdad que para nosotros debe constituir un programa: el camino más corto para encontrarse a sí mismo le da la vuelta al mundo.

Alonso, índice en las tinieblas, anduvo por ese camino. Después de graduarse en Barcelona regresó a Puerto Rico; de aquí se marcha a ejercer su profesión a Galicia; de Galicia se traslada a Madrid, donde logró ser médico del general Serrano; perseguido éste, Alonso fue desterrado a Lisboa; luego vuelve a Madrid y por fin a Puerto Rico, donde en 1882 reimprimió su libro, añadiéndole un segundo tomo al siguiente año. Destaquemos el hecho, tan apreciable para hurgar en el fondo de toda criollidad: antes de redondearse definitivamente nuestro primer libro de enjundia, su autor, un hombre de letras, de ciencias y de viajes, le dio la vuelta a España enriqueciendo su visión con amplitudes salvadoras. He aquí una norma para trabajos de esta naturaleza.

Salvador Brau, otro de los punteros de nuestro boricuismo, en el precioso prólogo con que acrecienta el valor de la nueva edición, se encarga de poner a flote el guiño disimulado, la protesta cautelosa, el golpe de puñal dado entre risas, "la historia íntima, en fin, de un pueblo; pero historia en que la pluma reticente del autor ha contado de antemano con la colaboración imaginativa de sus lectores...; bajo la apariencia bonachona de que el libro alardea, se esconde un fondo de censura en que la verdad corre parejas con la habilidad".

He aquí el doloroso vía crucis de nuestras letras. Alonso fue benigno, discreto hasta la timidez, porque se sabía vigilado de cerca: en 1862 la censura rechazó del *Almanaque Aguinaldo* el alusivo romance *Todo el Mundo es Popayán.* Nuestros autores regionalistas tenían que dedicarse a la prestidigitación, al barroquismo expresivo, a componer alegorías prudentes para expresar a medias sus sentires. Los demás cultivaban el lugar común disfrazado con "sentimientos universales" que a nadie interesaban, supeditando, no sólo las maneras de ver y recoger los motivos, sino también los temas a la literatura española.

Con las nutridas excepciones de Salvador Brau en el relato, de El Caribe en la poesía, de Ramón Méndez Quiñones en el teatro y

de Manuel Zeno Gandía en la novela (autores que con otros de importancia distinta —Daubón, Matías González, Virgilio Dávila— recogieron la tradición que inició Alonso), la literatura puertorriqueña, generalmente hablando, urbaniza sus mejores solares en el limbo. Otra excepción gloriosa —no cuento por ahora periodistas e historiadores— hay que hacer con la venerable figura de D. Manuel Fernández Juncos, el más preclaro animador de nuestras letras criollas. De épocas cercanas hay que excepcionar también a Juliá Marín, Meléndez Muñoz y Lloréns Torres.

Alejandro Tapia, con ser tan fecundo y principal, es un magnífico ejemplo de lo que digo: sus dramas y novelas más importantes no tienen la sazón de nuestra biología y nuestra geografía. La censura acosó a Tapia desde su inicio y tuvo que proteger sus facultades distanciando su obra en otros climas. Entre las menores, unas cuantas se acercan tímidamente a nuestro confesonario, pero ninguna alcanza la categoría de las otras.

Tapia, sin embargo, es el autor que en la intimidad secreta recoge aquel afán entrañable que señalamos en Alonso, en un libro no destinado a ver la luz; me refiero a la única hermana de *El Gíbaro*, engendrada por Tapia para que nosotros pudiéramos captar el tuétano de la vida criolla. *Mis Memorias* salió a luz hace muy pocos años. Más que una autobiografía es una preciosa explicación de los usos y abusos significativos que por su casera humildad no caen en nuestra historia grande. Por la unidad variada de sus cuadros, por la serena indagación sociológica, por la veracidad que no empaña el patriotismo de quien siendo actor y testigo de los hechos fue al mismo tiempo su fiel historiador, *Mis Memorias* constituyen un manual iluminado de nuestros viejos modos.

Tienen sobre *El Gíbaro* la ventaja de la cita directa sin entorpecimientos alegóricos o perifrásticos. Los que rastrean nuestra substantividad siguiendo las huellas perceptibles que a nuestra espalda vamos dejando, al llegar al soto de *Mis Memorias* no pueden menos que exclamar: por aquí pasó la patria. Lo contrario acontece con las poesías de Gautier Benítez: son tan ingrávidas que no ejercen presión sobre la tierra.

Gautier es un poeta de primeros planos, sentimental, romántico, medroso. Dos son sus temas preferidos: el amor y la patria; tres sus

rasgos típicos: melancolía, paisaje y musicalidad. En síntesis, Gautier no ofrece, por su llaneza, ninguna dificultad para definir su arte unicorde: es el poeta del amor; del amor a la mujer, al prójimo, a la patria. Vivió enamorado de su tierra y enseñó a amarla como se ama a una novia, orillando su arcilla bronca y áspera, en selección de contagiosas ternuras.

Una dolencia invencible le destrozaba el pecho; un apocamiento técnico le reducía la independencia varonil del criterio, y ambas cosas confabuladas con la hostilidad del ambiente le royeron la almendra de su originalidad. No obstante sus limitaciones, su pueblo le consagró amorosamente como el Poeta de Puerto Rico.

La patria era para Gautier la mujer ideal, origen y almacén de nuestros ímpetus sentimentales. Cuatro líneas de su poesía *Ausencia* le definen el rumbo:

Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí;
a ella la quiero por ti
a ti te quiero por ella

Descendiente de Bécquer, su lirismo se le convertía en nostalgia y miraba a Puerto Rico reflejado en el cristal del agua, al filo de la *Ausencia* o del *Regreso*, "como el recuerdo de un amor profundo", con esa emoción de enamorado que no permite al hombre llegar con agudo sondeo al riñón de las cosas. Lo que vale en Gautier es su ternura, la timidez poética con que cantó la genérica superficie de nuestra naturaleza. Ni penetró en el pueblo y sus costumbres, ni en la prieta vida insular que urde su drama tras el telón de boca. Sus ojos recogían los contornos, los planos cordiales de la topografía y muy raras veces y con gran trabajo llegaba a nuestras fibras particulares.

Con fina puntería Balseiro da en el blanco cuando dice: "Gautier mira la naturaleza y ve el paisaje de manera genérica. No hay en sus descripciones ni sentido de la verdad, ni carácter particular de las cosas por él citadas... no sabía recoger el espíritu del paisaje y reproducirlo objetivamente en sus poesías. No tenía como José Santos Chocano, por ejemplo, los ojos lo suficientemente escrutadores para sorprender el alma de la Naturaleza". Si substituyéramos el nombre de

Puerto Rico por cualquier otro de tierra caliente, sus descripciones no tendrían que sufrir alteración alguna.

Este es, de ahora en adelante, el rumbo anodino que ha de seguir nuestra poesía patriótica. Una nueva actitud que centró en El Caribe le acompañará de tarde en tarde: la actitud defensiva, polémica, centrífuga, que está en *contra de* y a *favor de*, que es poesía de rabia y desesperación, escrita con el puño cerrado y los nervios de punta. Abandona las lamentaciones de Jeremías y se nutre con savia del Eclesiastés. Esta agresividad va más al fondo de las cosas y logra hacer hallazgos expresivos. Cuando la captación concreta se hace como en broma, injertando el espíritu zumbón de *El Gíbaro* en el tronco social de *Mis Memorias,* la aleación resulta un acierto.

Prueba de lo que digo es la obra póstuma *En el Combate*, de El Caribe. El pseudónimo mismo es una aspiración aclaratoria. No tanto por su valiente polémica en verso con Manuel del Palacio o por sus sátiras festivas, como por su admirable *Canto a Puerto Rico* que dejó sin terminar, José Gualberto Padilla es un bello símbolo de nuestra lírica energía. Por temperamento y por estudios supo manipular mejor que Gautier Benítez los ingredientes patrios. Su *Canto a Puerto Rico* es el primer intento de síntesis que conocen nuestras letras y es de sentirse que este alarde de nuestra expresión quedase paralizado en el momento en que iba a despegarse del suelo.

Como hemos indicado antes, los escritores del siglo XIX no pudieron contestar a sus anchas las preguntas de su época: detrás de ellos no había sino un hueco desolador de tres siglos baldíos y enfrente una esterilizadora vigilancia que no les permitía empollar ademanes patrios, ni subir la fiebre de nuestra personalidad colectiva a sus cuarenta grados. El espíritu territorial en formación les quedaba, además, demasiado encima para trazarles perspectivas. Y aunque el esfuerzo temerario de unos pocos salvó para la tabla de valores autóctonos un puñado de rasgos básicos y diferenciales, la postura más cómoda fue la de un servilismo imitador que por su abundancia y larga vida nos matricula literariamente como colonia o prolongación de la literatura española. A lo extramural ¿qué hemos impuesto? A la técnica normativa europea ¿qué rasgo de originalidad criolla le hemos impreso? Sobre las adquisiciones ¿cuáles aportaciones?

Así como no hubo insurrección valedera en nuestra historia, tampoco la hubo en nuestras letras. La lengua, la cultura y el régimen al través de sus censores trazaron su órbita oficial, y aunque la suspicacia atajó en ellas los chorros de índole criolla, hemos podido, sin embargo, tender a la intemperie unos cuantos jirones disimulados de nuestra entraña. De ellos, y solamente de ellos, ha de partir algún día nuestra emancipación.

No ha de lograrse, claro está, con las ideas de alquiler en boga, con esos minúsculos incidentes personales que sólo de manera minúscula puedan interesar sin cautivar. Esos poetas del postizo carecen del latido íntimo, criollamente universal, cargado de resonancias comunicables que puedan levantar divino eco en el interior de los demás. En estos casos, el entusiasmo queda circunscrito al que produce sin romper, por su endeblez, las fronteras que le crea la insuficiencia. El pinino literario de viejos y jóvenes no debe confundirse con la poesía caminante, viajera curtida por las sales de una cultura suficiente.

Yo creo que en nuestro tiempo empezamos a convalecer de una larga pulmonía poética. Pero un cambio de frente no se logra si no es a costa de sudores. Contamos, ayer y hoy, con buenos poetas, cabales en el metro, preciosos en la rima, correctos, perfumados, que tienen el viejo encanto de los valses vieneses; hacen versos de sociedad envueltos en gasas vaporosas, con tacón alto, dispuestos siempre a lucir sus pelucas empolvadas en el más complicado rigodón. Son poetas de la primera piedra, de corte heroico para las efemérides, perfectos en los álbumes, y que, a pesar de tan exquisita corrección, llevan siempre al hombro unas ideas jamonas que de puro viejas no encuentran con quién casarse. Todavía se celebran certámenes con los temas del año del diluvio universal: la *patria*, el *amor* y la *fe*.

Hay que montar guardia permanente a las puertas de la sensibilidad para no dar acceso a esos momentos enfermizos cargados de idiotez y para entorpecer el tráfico de las cursilerías. Insistir en cultivos mediocres o en la transfusión de glóbulos blancos; hacer injertos burgueses, o acepillar todos en la misma tabla para sacar idénticas virutas es mostrar una espléndida capacidad para dar vueltas a la noria. Nadie puede ya interesarse en un dolor de muelas amoroso, ni en la tristeza prehistórica de los veinte años, ni en esas calcomanías de paisajes, ni en los acrósticos infames, ni en las andrajosas décimas jíbaras más pesadas que un paquidermo.

La poesía insular cuenta, pues, con una hermosa cantidad de vedettes que aún actúan con fortuna en nuestro escenario. Hay que esperar una nueva tanda para empezar la función poética por donde ellos la acaban. Yo respeto cualquier intento innovador por las nuevas posibilidades que él encierra. Esa cosa que por ahí llaman atalayismo tiene para mí un profundo sentido experimental que sólo irrita a los espíritus asustadizos. Si en vez de la rechifla se adoptase un gesto inquisidor, viendo en el atalayismo un anhelo de novedad expresional o por lo menos un gesto rebelde de unos jóvenes que no pueden conformarse con los antimacasares literarios de nuestros abuelos, el movimiento rendiría mayores beneficios aunque carezca de la popularidad que no ha menester. Ya con el estímulo de la comprensión puede, ¡quién pueda!, ofrecer a sus cultivadores una conducta hacia mayores logros. Antes que nada, respeto intelectual nos hace falta. Yo admiro a Evaristo Ribera por su testaruda vocación poética, y porque es un ejemplo admirable de lo que puede hacer una conciencia artística. En largo ensayo reciente he tratado de aclarar la significación de un gran innovador puertorriqueño: Luis Lloréns Torres. No he escatimado admiraciones y aplausos para otro capitán de actitudes nuevas, Luis Palés Matos, figura solitaria en el sendero puertorriqueño de la poesía negra. Estas tres expresiones de nuestra personalidad colectiva nos limpian con su esfuerzo el porvenir del arte literario. Si en vez de época funeraria fuera la nuestra de navidad, tendríamos a mano la mirra, el incienso y el oro para ofrendar al niño.

Algo se ha discutido en nuestros días sobre la razón (y la sinrazón) de un arte antillano que sincronice el movimiento espiritual de las Antillas Mayores, y me parece que lo primero es saber qué cosa es Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Para utilizar el acento integral, de conjunto, hay primero que definir el acento particular de las tres islas; una vez aclarado el tono y la dimensión de cada pueblo, buscar entonces la síntesis expresiva del triángulo antillano. Todo lo que se intente fuera de este esquema resultará en perjuicio de esa aspiración totalitaria.

En el debate a que ahora aludo, dos ideas se levantan frente a frente como enemigos antagónicos: la universalidad y el criollismo. Los que defienden un arte sin fronteras, sin límites nacionales y con alcances cosmopolitas le niegan a la poesía criolla hasta la misma razón de su existencia. Bien está la repulsa si por poesía criolla se entiende esas décimas jíbaras tan chavacanas y horrorosas que aquí se hacen sin consecuencias para el que las perpetra. Para cultivar el criollismo hay que tener economías; y lanzar al mundo esas paparruchas al son del tiple y la bordonúa es como dar un cheque sin fondos: claro es que, por falso, no puede circular.

Nadie, por miope que sea, puede negar empero, la existencia de una literatura alemana, inglesa o italiana. Aun dentro del amplio contorno de lo hispánico, caen en zonas distintas la española y su prolongación hispanoamericana. Se habla, dentro de lo que ahora llamo prolongación, de las literaturas mexicana, chilena, argentina, uruguaya. En la misma española se captan las diferencias que existen entre las regionales: catalana, gallega, andaluza... ¿Por qué no ha de tener su base una literatura puertorriqueña? ¿No hay razón acaso para acuñar nuestro término conociendo ya los de españolidad, argentinidad, cubanidad? Lo que falta es tener fondos.

No hay que buscar el mundo caminando hacia afuera, sino hacia dentro, en dirección al pecho. Pero debemos recordar también —lo cité antes— que el camino más corto para encontrarse a sí mismo le da la vuelta al mundo. Lo universal, esa abstracción que por ser tan común no vive en parte alguna, no puede estar reñido con lo nacional. "Cuando se ha alcanzado —dice Pedro Henríquez Ureña— la expresión firme de una intuición artística va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido". Y el portugués Guerra Junqueiro agrega: "un poeta, si no siente lo que en derredor tiene, lo concreto y vivo, con mayor fuerza que lo lejano y abstracto, será cualquier otra cosa, pero poeta, no".

En la materia prima que vamos recogiendo y aunque nuestra evolución no se haya completado todavía, existen ecos diferenciales que sólo podrá escuchar el criollo que tenga su información completa. El ejército de versificadores medianos, por su ignorancia enciclopédica, no alcanza a oír las notas y mucho menos los ecos de nuestro carácter específico. Cuidado, pues, con las imitaciones. Es muy difícil, para quien carece de temple cultural, descubrir los resortes del verdadero criollismo.

No existe en toda la literatura española contemporánea un escritor más nacional que Unamuno. Conocedor de lenguas muertas y

vivas, no hay nada substantivo en la cultura europea que le sea ajeno. Pocos habrá que conozcan mejor que él la literatura hispanoamericana. Como poeta sabe mucha ciencia, matemática, historia; como prosista sabe mucha poesía. Sus conocimientos botánicos y económicos le han adiestrado el ansia estética para descubrir a Castilla. Unamuno en su obra ofrece al mundo la medida exacta de lo castellano. Y este hombre tan criollo, universalmente leído y admirado, en su libro *Contra esto y aquello,* expresa las ideas que ahora vienen a cuento:

"Soy uno de los tantos españoles que al coger una obra americana queremos que nos traiga soplo de la vida, de la tierra y de la gente en que brotó; intensa y verdadera poesía y no literatura envuelta en tiquismiquis decadentistas y en exóticas flores de trapo...; de cada país me interesan los que más del país son, los más castizos, los más propios, los menos traducidos y menos traductibles... Cuanto más de su tiempo y de su país es uno, más es de los tiempos y de los países todos".

Lejos de toda tangencia partidarista y con una indagación anchurosa yo propugno la necesidad de cultivar un arte criollo de forma superior a la de nuestro Manuel Alonso. Tenemos que desistir del voluntario abandono de lo nuestro para acabar con el desdén y la indiferencia con que nos mira el mundo. El criollismo necesita ideas antialdeanas, de vías anchas, sobre las cuales no pueda hacer el viaje ningún alcalde de la poesía municipal. La jibarada literaria estorba mucho cuando no suele ser de largo alcance. No he leído nada tan desolador como el apocamiento de Félix Matos Bernier cuando dice en *Recuerdos Benditos*: "Juzgo suficiente a mis ambiciones que se lean mis versos en el amado terruño en que nací". Eso no es criollismo; es provincialismo.

El lema que Muñoz Rivera escogió para su poesía *Paréntesis*: "Dichoso aquel que no ha visto más río que el de su patria" es otra manifestación de corto alcance que nadie debe tomar en serio. Hay que eludir el contagio del aislamiento y aclararle los vínculos a nuestra soledad. También formamos parte de eso que llaman "universo" y es necesario cultivar nuestras letras de adentro para afuera para que tengan vía franca.

Nuestra literatura no ha recogido aún en forma expresiva la interesante vida indígena, ni el ademán aclaratorio de los conquistadores,

ni la savia de nuestra formación, ni la raíz amarga de nuestros principios, ni siquiera el vaivén inquietante de estos días. El ovario de nuestra civilidad aún no ha cristalizado en tema. Desde sus comienzos fueron otras sus disciplinas, otros los cauces de su entusiasmo. Si exceptuamos *Pueblito de Antes* de nuestro Virgilio Dávila, el criollismo de la zona urbana estaría aún en cero.

Hay que aprender a ser criollos pero sin petulancia; perseguir nuestros rasgos profundos, ensanchados, no limitadores sino cósmicos, mirando atentamente a nuestro pueblo desde el brocal del alma, hasta conseguir que nuestra expresión se confunda con su imagen. "Cada cual —dice Ortega— tiene en arte el derecho a expresar lo que siente. Muy bien, con tal que se comprometa a sentir lo que debe".

Esta pues, no es una labor de quincalleros. El que tenga el diapasón de su espíritu demasiado corto y la escala de su saber incompleta tendrá que contentarse con hacer simulacros. La expresión ceñida tan sólo puede darla quien cuente con un amplio registro cultural digno de tal empresa.

III

EL RUMBO DE LA HISTORIA

1.—Levando el Ancla

Señalábamos, al comenzar estos ensayos, tres momentos muy definidos en la evolución de nuestro pueblo: el de génesis, pausado, receptivo, titubeante (siglos xvi, xvii y xviii); el del crecimiento, nervioso, creador, dramático (siglo xix) y el de transición, inseguro, cambiante, inestable (siglo xx). En el ensayo anterior presentamos al personaje y el fondo de este drama, y es fuerza descubrir ahora los hilos que lo mueven sobre el tablado histórico. En nuestro anhelo de situar la cultura de un pueblo, no podemos prescindir de aclarar el sentido de su historia.

Puerto Rico se convierte en realidad geográfica con el Renacimiento. La Edad Media se nos quedó por detrás, formando nuestra prehistoria con los residuos inmediatos, que a duras penas hemos recogido de nuestra incalculable historia indígena. Evidentemente carecemos de Edad Media y de Renacimiento, ya que nuestro siglo xix no puede ser considerado sino como un despertar —nacimiento— de nuestra conciencia colectiva, que se va amasando con silenciosa lentitud en los siglos que forman nuestro ovario: xvi, xvii y xviii. El Renacimiento, pues, nos queda por delante.

El siglo xvi, el primero de nuestra civilización cristiana, después de las exploraciones, se encarga del acarreo peninsular y de la estructuración de nuestra vida política, sin aportar considerables rasgos independientes que nos particularicen. Se trata, entonces, de una mera trasplantación de condiciones que todavía no pueden ofrecer, por sus tanteos y experimentos, rasgos diferenciales. La raza ha cambiado de solar y la geografía, el clima, y los cruzamientos humanos no han podido operar una transformación visible en tan corto tiempo.

Luego viene una legislación adecuada para estas tierras nuevas,

que respondiendo a las necesidades americanas venía a ser un reconocimiento de una nueva conciencia gestante, ayudando jurídicamente a su pronto desarrollo. Pero la colonización encontró serios tropiezos, no sólo por las frecuentes guerras que en el siglo XVI sostuvieron Carlos V y Felipe II, sino por todas las que lamentablemente perdieron sus sucesores. En el siglo XVII, España, desangrada por Inglaterra, varias veces por Francia, por los Países Bajos, por Italia, Portugal y Cataluña, dejó de ser potencia internacional de primer orden y entró en un período de franca decadencia política, apagándose por esas y otras causas internas el esplendor de su comercio, de su industria y de su agricultura. El completo empobrecimiento de su erario público no fue mayor que el de su vida social y el de sus costumbres. En la segunda mitad del siglo XVII hizo crisis su pujante Siglo de Oro y la colonia en formación tuvo que cargar desde su nacimiento con tanta decadencia.

Internamente, el desarrollo de la cultura hispánica se vio obstaculizado por la feroz piratería que entonces infestaba los mares del Caribe, por las infructuosas invasiones extranjeras, que tan a menudo nos expusieron a ser franceses, holandeses o ingleses, por los huracanes y por las diatribas de los colonizadores, que empezaron desde los mismos tiempos de Juan Ponce de León. Epoca tan borrascosa para España y tan accidentada por esas y otras razones para Puerto Rico, no podía ser propicia para un limpio desarrollo de las artes de paz. Cargando penosamente con el duro fardo de nuestro destino histórico, subimos la empinada cuesta de dos siglos formativos, hasta llegar a las puertas del tercero, tan fecundo en guerras desastrosas como los anteriores.

En el siglo XVIII, pierde su ritmo vital la cultura española. Impregnada de fórmulas francesas, el neo-clasicismo acorrala y amordaza la conciencia nacional que se refugia vencida en los estremeses de D. Ramón de la Cruz y en los pinceles de Goya, sin lograr, en muchos años, libertarse del sentimiento a que estaba condenada por la influencia cultural y política de los Borbones. Ese siglo XVIII fue un gran obstáculo para la continuidad espontánea del genio creador de la raza y su estancamiento desvitalizó la estructuración de nuestro pueblo. Así se cierra el paréntesis del primer período histórico de Puerto Rico y es conveniente destacar con brevedad el estado de sus más importantes manifestaciones.

Estos tres primeros siglos de nuestra historia no se caracterizan

por el progreso, sino por la más absurda explotación. En el año 1788 publica el sacerdote español Iñigo Abbad la primera historia de la isla, y se distingue, entre otras virtudes, por las sabias recomendaciones que hace el autor para aliviar los graves males de la colonia. De su libro podríamos derivar nuestro primer tratado de terapéutica social. Si en el siglo XVI y en el XVII el país vivió vida embrionaria y destinada, ¿cómo se enfrenta al siglo XVIII?

Cinco capítulos interesantes (del XX al XXIV) dedica Iñigo Abbad —que escribe hacia 1780, aunque su obra se publica ocho años más tarde—, a enfocar la realidad actual de la época en que escribe. En el primero, sobre el Gobierno general, llega a esta conclusión: "cualquiera que sea la causa, la isla está muy lejos de tener el feliz estado que pudiera haber adquirido bajo el mando de gobernadores ilustrados patrióticos"; en el segundo, dedicado al estudio de la población, se queja de su exigüidad y propone medios para aumentarla; el tercero, lo dedica al estado agrícola, afirmando que "el país no ha dado el primer paso para formar su agricultura"; en el cuarto, trata del comercio, y siendo nuestra única puerta abierta la de la península, podrá juzgarse la importancia del mismo por esta declaración: "El comercio de Puerto Rico con España es ninguno"; en el quinto y último capítulo de los que dedica a estudiar el estado de Puerto Rico a fines del siglo XVIII, trata de la hacienda pública y afirma que la isla es muy "gravosa a la Corona", que no cubre sus gastos y que el tesoro, como todo lo demás, está pidiendo a gritos una reforma. Sabido es que desde el año 1586 se nutría nuestro tesoro con el dinero que enviaba anualmente el de Méjico. Educativamente, se surtía del aire. Fray Iñigo no dedica ningún capítulo especial a la instrucción pública, aunque abunda en las alarmantes manifestaciones del Conde O'Reilly, que asegura, en 1765, que en Puerto Rico tan sólo había dos escuelas. Aunque la afirmación de O'Reilly sea exagerada, lo cierto es que el estado de la instrucción era peor que el del gobierno, la agricultura, la hacienda y el comercio. Era, pues, casi peor que nulo.

Confiemos en el testimonio de un viajero imparcial, que a fines del siglo XVIII (1797) nos deja una visión de la colonia que visitó en viaje de exploración científica. Se trata del botánico francés Pierre Ledru, cuya memoria fue traducida al español por Julio L. Vizcarrondo. Con referencia a nuestra capital, puerta de España en Puerto

Rico y que era, además, la ciudad más floreciente y adelantada de la isla, dice: "...en vano buscaría el viajero manufacturas o colegios. El pueblo yace en la más completa ignorancia; los frailes y algunas mujeres enseñan, a un corto número de niños, los elementos de la religión y la gramática, y las siete décimas partes de la población de la isla no sabe leer". Felizmente —comenta el traductor puertorriqueño, sesenta y seis años más tarde— este cuadro, tan triste como verdadero, ha cambiado favorablemente. Nótese, pues, la diferencia entre ambas épocas.

La escrupulosidad con que escribe Pierre Ledru la exhibe, sin lugar a dudas, al hablar de la administración política y civil. Científico, al fin, quiere ser justo, honrado, cabal. Advierte las dificultades que ha tenido para escribir ese capítulo con esta nota explicativa que para nosotros es preciosa: "La administración pública en Puerto Rico está envuelta en tantas sombras y misterios que apenas puede un extranjero penetrarlos".

Desde el punto de vista del criollo, arrinconado y preterido por la organización peninsular del Estado, las sombras aumentan su densidad y el misterio su fábula. Sin participación normativa en las funciones oficiales del gobierno, sin derechos políticos ni estímulos económico-sociales, la población criolla arrostró una vida lánguida desde que los colonizadores se dieron cuenta de las extraordinarias riquezas de Méjico y Perú. Las emigraciones empezaron a desangrar al país y el gobierno central a descuidarlo. La atracción novomundana varió de centro, con incalculable perjuicio para nosotros. En la primera mitad del siglo XVI se establece la imprenta en Méjico; Puerto Rico tiene que esperar a principios del siglo XIX; inmediatamente después de la imprenta, se fundan las Universidades de Méjico y de Lima; la nuestra data de 1903. ¿A qué seguir, si conocemos ya el cuadro desolador pintado por Fray Iñigo Abbad?

Después de trescientos años de vida colonial, en 1799, Puerto Rico tiene poco más de 153,000 habitantes, repartidos en 34 poblaciones. Un siglo después —1899— el país consiguió duplicar el número de pueblos y más que sextuplicar la población. La enorme diferencia entre esta primera época y la segunda es demasiado obvia para comentarla. Es la misma que media entre un pueblo analfabeto, sin vida, sin color, paralítico, y otro que tiene alerta la conciencia y vive preocupado con sus posibilidades.

Quien desee conocer ampliamente la estupenda diferencia entre el primer período de nuestra historia y el segundo debe recurrir a las espléndidas anotaciones que en 1866 hizo D. José Julián Acosta, a la Historia de Iñigo Abbad, complementándola así hasta esa fecha. En el mismo método historiográfico se ve la diferencia: todas las memorias históricas, desde la colonización hasta la obra de Iñigo Abbad y aun la de Tomás de Córdoba, fueron redactadas con un criterio oficial, respondiendo en su mayoría a cuestionarios sometidos por el gobierno español, sin tener en cuenta las causas y consecuencias de los hechos y sin analizar ni interpretar con imparcialidad los acontecimientos allí amontonados. Lo que pudiéramos llamar filosofía de la historia, con escrupulosa documentación y carácter científico, empieza con Acosta y se enaltece con Brau, en la época en que empieza a sazonar la cultura puertorriqueña.

En este período, sin embargo, empezaron a precipitarse los colorantes subconscientes de nuestro pueblo y el letargo no fue tan profundo y prolongado como en los siglos anteriores. El contrabando nos abrió, a hurtadillas, el panorama internacional y al par que defendimos nuestras costas de ataques extranjeros equipamos para un futuro próximo unos cuantos espíritus —Campeche, Power, Andino— como excepción a la regla. Y la regla de este siglo XVIII, tan patriarcal y vegetativo, era muy otra, como ya hemos visto.

"El hijo del colono —escribe Coll y Toste—, que aprendía a leer o a escribir correctamente, era merced a un maestro realengo o a alguna virtuosa dama que se dedicaba a la enseñanza. El estudio era mirado con la mayor indiferencia y apatía y no se leían libros de ninguna clase... El isleño de Puerto Rico no tenía iniciativas particulares ni colectivas y confiaba toda su vida pública a la dirección del Gobierno superior. La centralización político-administrativa, implantada en el país desde los primeros tiempos de la colonización, le había educado en este defectuoso sistema".

Vemos, pues, que el valor del hombre y el acervo intelectual eran tan insignificantes como la riqueza urbana. La campera se reducía a unos cuantos ingenios de azúcar y a las menguadas operaciones que solían realizar los tratantes en cueros, algodón y jengibre. La vida,

aun cerrera, atrae toda la atención de los hombres, que todavía no pueden disponer del ocio suficiente, necesario para el tráfico intelectual. No ha nacido aún el análisis, ni la curiosidad, ni la preocupación en los destinos comunes. Como el pueblo carece de perfil adecuado, el orgullo nacional no puede ir ensayando sus raíces. Después de tres siglos de colonización, sin comenzar la vida propia, nuestro pueblo daba la sensación de agotamiento cuando en realidad no había nacido.

Si en el siglo XVIII la producción artística se atrofia y languidece en la península, en Puerto Rico no hay que considerarla en forma alguna. Se desconocen la imprenta y el arte literario. Fernando Callejo, el mejor historiador de nuestra música, sostiene la afirmación de que "el arte musical estaba completamente en pañales al final del siglo XVIII, teniendo por únicas manifestaciones la música religiosa... y la de baile, sin que podamos informar la forma en que ésta se producía".

Digamos, sin eufemismos, que el siglo XVIII sigue siendo una gran laguna de nuestra historiografía. Las pocas noticias anchas que de él tenemos indican, por ahora, que no se alteró fundamentalmente en nada la gestación pausada y descolorida de la conciencia puertorriqueña.

2.—Buscando el Puerto

Cuando se opera un cambio radical en los destinos de España, su levadura histórica nos toca de rechazo haciendo fermentar a nuestro pueblo. Esto ocurre en los comienzos del siglo XIX, en que hace crisis el gobierno de los Borbones, despierta la conciencia nacional para oponer resistencia a la invasión napoleónica, y cuajan las preocupaciones liberales en las Cortes de Cádiz trazando un nuevo derrotero político —el parlamentario— que llega a nuestros días. Abierta, por los fuertes sacudimientos de la metrópoli, una brecha en un costado de nuestro hermetismo, por ella escaparon las primeras revelaciones del pueblo puertorriqueño que constituyen el primer grito agónico de nuestra personalidad. Las instrucciones terminantes que da en 1809 el Ayuntamiento de San Germán a D. Ramón Power, primer puertorriqueño diputado a cortes, inician las demandas —el despertar— de nuestro derecho colectivo, que desde entonces hasta hoy han sido formuladas por los hijos del país.

"No era Puerto Rico en la primera década del siglo XIX —escribe Salvador Brau— el hato cerril descrito por O'Reilly en 1765. Con el aumento de empleados facultativos, la comunicación mercantil y las emigraciones de franceses y dominicanos, habíanse desarrollado ideas y procedimientos nuevos, favorables al progreso de la cultura". D. Ramón Power, que llegó a ser vicepresidente de las Cortes de Cádiz, empezó por obtener la anulación de las llamadas facultades omnímodas de los gobernadores, y otras reformas políticas como la creación de la Intendencia, separada del Gobierno General.

Pero en donde más cabalmente se ve el valor de la gestante conciencia puertorriqueña, es en la selección que hizo Power de D. Alejandro Ramírez, hombre de muchas luces y gran corazón, que vino a

Puerto Rico con el cargo de Intendente. La hacienda pública se encontraba por el suelo. Los famosos situados, que por muchos años venían a suplir su deficiencia desde las arcas de Cartagena y principalmente de Méjico, porque las de Puerto Rico no podían resistir por sí la carga del Estado, cesaron desde 1810 con el movimiento revolucionario iniciado allí por Hidalgo. A la llegada del Intendente Ramírez, las rentas del Gobierno producían 70,000 pesos; un año más tarde, después de implantar serias reformas económicas y abrir nuevos puertos al comercio, el tesoro público recaudaba cerca de 243,000 tan sólo en las aduanas. El fundador de la Hacienda puertorriqueña creó además nuevas fuentes de ingresos, reorganizó las viejas, fundó el *Diario Económico de Puerto Rico,* y la Sociedad Económica de Amigos del País que al poco tiempo y hasta el 1898 se convirtió en la fuerza más constante que tuvo nuestra isla para el fomento de su cultura.

Power murió en Cádiz, y para substituirle, el sangermeño José María Quiñones se trasladó a España para ver al déspota Fernando VII pisotear la Constitución (1814) y disolver las Cortes. El Intendente Ramírez logró obtener de este monarca la Cédula de Gracias, en virtud de la cual se establecía el comercio directo con el exterior y la admisión de extranjeros de naciones amigas, así como otros privilegios beneficiosos. En el 1816 se ausenta del país este gran benefactor en el cual se había apoyado la conciencia patria, dejando sus puertas abiertas a las numerosas emigraciones venezolanas que vinieron a insuflar nueva vida a nuestra cultura en desarrollo. En el alborerar de nuestra personalidad colectiva hay, pues, que escribir con piedra blanca los nombres de D. Ramón Power y D. Alejandro Ramírez.[1]

Tropieza esta nueva manifestación de nuestra historia con una serie de inconvenientes que surgen en España, desde el absolutismo de Fernando VII, hasta la restauración de Alfonso XII. La nación descubridora tuvo que desplegar todo su interés para resolver problemas internos y luchas intestinas, y olvidándose naturalmente de los problemas coloniales, desoyó las protestas ultramarinas porque las guerras carlistas, las constituciones, los frecuentes pronunciamientos, los cambios de gobiernos —monárquico, provisional (1868), república

[1] Lo que fue Ramírez para nuestra Hacienda lo fue el Padre Rufo para nuestra instrucción, veinte años más tarde.

(1873)— la lucha religiosa, la guerra de Marruecos, etc., etc., exigían toda su atención.

No obstante, al través de este tupido cañamazo de contratiempos históricos, se fueron convirtiendo en estambres los hilos casi invisibles de nuestra naciente personalidad. Esa idea embrionaria que toma forma expresiva en 1809 fue equipando nuestra conciencia colectiva de aspiraciones, demandas, desengaños y logros, y haciendo cada vez más clara y precisa nuestra constitución de pueblo nuevo. El gesto inicial encomendado a Power atravesó en su evolución una serie de alternativas en que entran la aparición de la prensa independiente, diversos levantamientos populares, iniciación de la literatura nativa, abolición de la esclavitud, informaciones en Cortes, desarrollo de la instrucción pública, surgimiento de los partidos políticos, conciencia del deber de ser puertorriqueños antes que nada, fundación del Ateneo, etc., hasta que cuaja en la efímera autonomía concedida por España en el 1897. En cada jalón de esta conciencia gestante surgen las persecuciones, encarcelamientos, destierros, censuras a la prensa, atropellos y mordazas que más que atajar, favorecían el doloroso parto.

El hecho más significativo de este segundo período es el siguiente: en el siglo XIX se rompe la táctica de la política española y la idea insular se yergue entre videncias y precauciones frente a la idea peninsular. La actitud criolla responde más a una voluntad interior que a una presión exterior. Esta ganancia isleña tiene sus mejores soportes oficiales en los representantes nativos que empiezan a ocupar puestos en los cabildos. Cierto es que del gobierno municipal no logramos ascender al gobierno insular; pero desde los ayuntamientos empezamos a medir la fortuna de encauzar oficialmente nuestras aspiraciones y de ir creando la intimidad afectiva de la tierra caliente.

Los atropellos políticos, los impuestos excesivos, los aranceles exorbitantes, las trabas del crédito, el caciquismo, la usura, los privilegios y los vejámenes no pudieron realizarse desde entonces apoyados en nuestro silencio cómplice. Nuestra protesta le hizo frente a las dificultades; reclamamos identidad política con el ciudadano español; exigimos reformas y representación de los intereses locales "sin distingos ni desviaciones de ningún género" para evitar el "régimen a centenares de leguas por entidades desconocedoras de nuestras necesidades locales". A la idea en conserva de la asimilación, opusimos

la idea liberal de la autonomía, y nuestros mejores hombres se empeñaron en salvar la distancia que existe entre la lealtad y el servilismo, conceptos considerados frecuentemente como sinónimos.

El nativo no renunció jamás a su españolidad puertorriqueña; se consideró siempre español *de acá* con ideas y reacciones distintas a los *de allá*. El puñado de separatistas no formó nunca ambiente; los liberales, reformistas, abolicionistas y autonomistas, formaban legión. A veces fueron injustos con España por el descrédito en que muy a menudo caía su administración en la isla. Y a pesar de que la nación descubridora estaba en la obligación moral de sostener a sus gobernantes, siempre se pudo hacer distinción entre el gobierno de allá y el gobierno de acá. Una cosa era España y otra sus mandatarios. Para emancipar nuestro gesto tuvimos muchas veces que enfrentarnos a ambos. Podíamos sufrir mejor ser colonia que presa.

Empezamos, pues, en el siglo XIX a labrar, manifestándola, nuestra diferenciación espiritual,[1] operando en la ya avanzada diferenciación biológica de los siglos anteriores, y cuando logramos tomar en nuestras propias manos las riendas de nuestro destino colectivo, la guerra hispanoamericana malogró el intento dejándonos a medio hacer y con el problemático inconveniente de empezar a ser otra cosa.

Un nuevo orden de ideas varía el rumbo de nuestra naciente personalidad, y en el siglo XX entra nuestra cultura en el período de transición en que aún estamos.

---

[1] Complementario de este capítulo es el titulado "Afirmación Puertorriqueña". Aplazamos al lector para decir allí lo que aquí falta.

3.—Intermezzo: Una Nave al Garete

En el siglo XX la aguja magnética de nuestro pueblo cambia de norte y se inicia una transformación que todavía es más externa que interna, pero que poco a poco va temperando nuestra intimidad. Un poco alejados de los hechos gruesos busquemos en las márgenes del tiempo actual, y no en la propia historia, los signos que mejor definen este período.

En 1898 nos encontró instalando a nuestro pueblo a la sombra de una carta autonómica que apenas llegamos a implantar. En los momentos en que íbamos a iniciarnos en una nueva vida política la guerra hispanoamericana malogró el intento y nuestro natural desarrollo sufrió un síncope. De una polarización europea pasamos sin sentirlo a una polarización norteamericana. El Presidente McKinley dio un jaque mate al Rey de España, y el tablero de ajedrez puertorriqueño ha sentido desde entonces que sus piezas se mueven en otras direcciones.

Entre estos dos estilos de vida nuestra personalidad se encuentra transeúnte, en acción pendularia, soltando y recogiendo, en un ir y venir buscando rumbo, como paloma en vuelo y sin reposo. Emparedado entre dos tipos de culturas contrapuestas, nuestro pueblo se halla en un correoso período de transición. Pasamos de un Estado católico, tradicional y monárquico, a otro protestante, progresista y democrático; de lo sociológico a lo económico; de lo culto a lo civilizado.

Todo puertorriqueño que no tenga sus facultades empañadas por antagonismos e idolatrías tiene que reconocer el maravilloso progreso alcanzado en los últimos treinta años. La industria, el comercio, la agricultura, la riqueza pública se han expandido brutalmente y he-

mos aprendido la técnica de los negocios y el secreto de la economía. Nadie podrá negar que la nueva civilización transformó halagadoramente nuestra existencia y que podemos actuar con mayor libertad y mayores garantías que en otras épocas. El cambio ha sido sorprendente, y proverbial el progreso. Tenemos más escuelas, más instituciones públicas, más sanidad, más profesionales, más carreteras que antes.

Debemos recordar a los lectores que el problema que aquí nos planteamos no es el de la civilización, sino el de la cultura. Las interferencias mutuas y colaboradoras entre ambos conceptos no autorizan a nadie a confundirlos. Si se atiende a lo que dijimos en el primero de estos ensayos se verá distintamente la separación entre ambos términos; separación que sancionan con su autoridad una serie de ilustres pensadores que empieza con Juan Jacobo Rousseau y acaba con José Ortega y Gasset. La cultura, que más que adelanto es intensidad vital, no debe confundirse con la civilización; es asunto más cualitativo que cuantitativo. El número, símbolo de nuestra época, no logra atraparla por completo.

Frecuentemente suele medirse nuestra cultura de hoy por el avance económico, el estado sanitario, las vías de transportación, el volumen de las importaciones y las exportaciones, etc., etc., como si el progreso de la técnica y el maquinismo norteamericano fuese un termómetro a propósito para medir las temperaturas de un pueblo formado en otro clima moral. Abundan por ahí los escritores comparatistas que aplican a la presente realidad el más y el menos; como si el espíritu territorial pudiera reducirse a estadísticas. El mayor número, el tanto más, el dato oficial sirve de norma al confrontar el pasado y el presente.

Y el entusiasmo comparativo autoriza a un hombre razonador como el Dr. Juan B. Soto a sintetizar nuestra actualidad diciendo que "el progreso realizado en Puerto Rico en los últimos 27 años —la cita es de 1926— no tiene precedentes en la historia económica de la humanidad". Más adelante afirma que nuestra "civilización. . . y preparación. . . pueden ventajosamente compararse con la civilización de algunos de los pueblos más altamente civilizados del mundo". Todo esto a pesar de lo que se callan los comparatistas: si es verdad que tenemos más escuelas y más centrales y más oficios y más de todo,

no es menos verdad que también hemos aumentado fabulosamente el número de quiebras, de suicidas, de locos, de criminales, de tuberculosos, de fraudes, de peones y en general de infelices. El aumento de la población no justifica proporcionalmente el auge que ha adquirido nuestra desgracia colectiva.

Con sobrada razón dirán los comparatistas que hoy la escuela llega hasta las masas y que por lo tanto se ha reducido mucho el número de analfabetos. Nadie puede negar que la instrucción pública, como casi todos los factores de la vida contemporánea, se ha desarrollado en grande escala. Pero la dimensión más entrañable de la cultura no es la del largo ni la del ancho, sino la del espesor. La civilización es horizontal; la cultura, vertical. Si yo fuera a sumarme al grupo que todo lo define en términos del más y del menos, diría que hoy somos más civilizados, pero ayer éramos más cultos.

No vale asombrarse ante el número de profesionales que hoy tenemos, pues hay hombres cultos que apenas saben leer y escribir, y profesionales muy incultos que viven holgadamente de su profesión. Parece que el ideal de la enseñanza actual no es otro que equipar al hombre para que se provea de los menesteres cotidianos. Esta preocupación materialista debiera abochornarse frente al hermoso postulado de José de la Luz Caballero, que dice: "Educar no es preparar al hombre para las profesiones, sino templar el alma para la vida". Bien está que nos interesemos en la formación de ciudadanos; pero no está bien que descuidemos la formación de hombres. *Une tête bien faite* es a todas luces preferible a *une tête bien remplie.*

Nuestros pedagogos no han podido formular a sus anchas una filosofía de la educación que dispare nuestra juventud hacia un blanco fijo. ¿Adónde vamos? ¿Cuál ha de ser el status definitivo de la isla? ¿Estado federal? ¿República independiente? ¿Autonomía con protectorado? Hoy por hoy pertenecemos *a* pero no formamos parte *de* Estados Unidos, según frase jurídica, incubadora de incertidumbres. Sin la certeza de un futuro político estable, la escuela no ha podido lanzar al ciudadano puertorriqueño con definida orientación.

La inestabilidad del momento histórico que ahora vivimos se verá claramente en las fluctuaciones del bilingüismo. Fuera de toda disputa queda la necesidad y el deber de manejar a perfección ambas lenguas; y hasta sería muy conveniente que se aprendiera también

francés, alemán e italiano. Yo no creo que el aprendizaje de la lengua inglesa haya perjudicado en nada fundamental la pureza de la lengua hispánica. Las mellas que ésta sufre en su casticismo quedan sobradamente compensadas por el cariño y el esmero con que hoy se estudia. En cambio, el semiaprendizaje de todas las asignaturas en inglés va mermando el volumen de voces españolas y hay momentos en que hasta carecemos de vocabulario para expresarnos en conversaciones simples y elementales.

El problema, a mi ver, es más de cantidad que de calidad. El empobrecimiento de la lengua materna degenera en gangosa tartamudez, y al cabo de los años las consecuencias tienen que ser fatales para nuestra cultura. Hoy por hoy, y a pesar de la oficialidad del inglés, la lengua vernácula aún lleva la ventaja. Hay que evitar a toda costa el estancamiento, no a base de atacar el inglés en nombre del purismo, sino a base de defender el español en nombre del vocabulario. No hay que tener en cuenta la simpleza patriotera que, de espaldas a la realidad de los hechos consumados en el '98, ataca apasionadamente la enseñanza del inglés, como si esa enseñanza no fuera una tabla de salvación para nuestro pueblo.

Ahora bien, si los efectos de la lengua oficial no han alterado fundamentalmente —al menos hasta hoy— el casticismo de la lengua hispánica, en cambio tortura el aprendizaje de las materias y desquicia el ánimo del alumno. La misteriosa levadura con que el idioma vernáculo hace fermentar diariamente el espíritu del niño, no cumple su misión: nuestra lengua materna no puede partear anhelos superiores en la muchachez porque en los años en que la ocasión le es propicia, la otra se interpone monopolizando el tráfico por las asignaturas. Así vamos perdiendo la dimensión más expresiva de la cultura: la profundidad.

Para evitar eso, el inglés ha de enseñarse como asignatura preferente, tal como se hace en otras partes en que ni siquiera tiene esa preferencia. Creo con Epifanio Fernández Vanga que "un niño que vive de dos idiomas no llega a ser nunca un *hombre doble;* se queda siempre en *medio hombre*". Las medianías, por civilizadas que sean, no pueden servir de referencia cuando se habla de la alta tensión de un pueblo.

Como en el siglo pasado no tuvimos la oportunidad de adiestrarnos en los asuntos del gobierno, con el cambio de soberanía caímos de bruces sobre la democracia y fatalmente hemos ayudado a fomentar la mediocracia. Afirma Bourget que la democracia hará perder a la civilización en hondura lo que gana en extensión. Cierto: el imperio del número, del justo medio, excluye accidentalmente la colaboración extraordinaria de los selectos. Con iguales oportunidades para todos, la plebe se ha sentido satisfecha al ver subir sus valores a costa del descenso de los hombres cultos. La astucia, la habilidad y la osadía hoy son atributos más eficaces que el mérito, la dignidad y los principios. Da pena ver en nuestro pueblo el retraimiento de hombres superiores que se aislan en la oquedad de sus casas para defender su aristarquía del irrespetuoso predominio de los mediocres. Y este aislamiento defensivo no puede desgraciadamente volcar pautas provechosas en nuestro medio social.

La democracia, en crisis hoy en la mayor parte del mundo, ha establecido normas para beneficiar a los ineptos y regatea sus favores a los inteligentes. Una vez se nos dijo: los mejores hombres para los mejores puestos y parece que los mejores hombres estaban en la mediocracia. La democratización de la enseñanza pública provee para las mayorías sin amparar proporcionalmente a las minorías que se ven obligadas a rebajar sus aptitudes.

Y "este concepto —ha dicho nuestro educador Pedro A. Cebollero— pseudodemocrático del reparto de la cultura como se reparte una heredad, es decir, por partes iguales entre todos los causahabientes, resulta de una enorme absurdidad porque la capacidad para adquirir cultura no corresponde a la capacidad para adquirir propiedad, sino que varía de persona a persona". Lo mismo acontece en la vida pública. Si Ortega y Gasset fuera puertorriqueño, hubiese escrito su libro sobre *La Rebelión de las Masas,* veinticinco años atrás. Este igualar valores humanos trae consigo la confusión y el desorden que admirablemente sintetizó nuestro poeta Luis Palés Matos en una frase dolorosa: Puerto Rico: burundanga.

Aparte del cemento armado, de la ropa hecha y de las conservas en lata, tres ingredientes primordiales se han incorporado en este último período a nuestro pueblo: el sentido económico de la vida, una mayor participación en la cosa pública y la afición deportiva. El primero es responsable de medirlo todo en función de más y de menos,

como si cada cosa y cada actitud tuviera un precio en oro americano. El segundo se convierte en botín codiciado por todos los partidos y produce en nuestro cuerpo social los abscesos de la empleomanía. Y el tercero pone su nota de jovialidad en nuestra noche triste, desarrollando una juventud higiénica, alegre y batalladora. De estos tres ingredientes, el económico es el más imperioso y temerario.

Hay que reconocer que Estados Unidos es una nación progresista, organizadora y técnica. Su joven constitución atlética paga tributo a la modernidad. Comparada con España, lenta y conservadora, resulta mucho más rápida y actualizante. Lo actual es generalmente de índole pasajera. El acto de conservar lleva implícitamente aspiraciones de eternidad.

Las cosas de España envejecen más pronto porque, no siendo hechas para el instante, se emplea más tiempo y pericia en hacerlas y cuesta trabajo destruirlas cuando la moda y el progreso las quieren reemplazar con nuevos modelos. Una chimenea, una casa, una muralla, una carretera española posee condiciones de homenaje a la eternidad. Maravilla observar la gigantesca fortaleza de los viejos puentes de ladrillos que fueron construidos en una época en que no se sospechaba la invención de los corpulentos camiones que hoy los cruzan agobiados de carga. Edificios antiguos, desafiando al tiempo, a los ciclones y a los terremotos, siguen prestando espléndido servicio a innumerables dependencias del gobierno insular y federal.

Hoy hemos perdido el ocio creador porque alguien nos dijo que el tiempo es dinero; y sin embargo ¡es tanto el dinero que perdemos! Nos domina una prisa eléctrica para hacer las cosas y, aunque en rigor queden mal hechas, lo que parece interesarnos es que estén a la moda y se hagan pronto. En muchas obras públicas llegamos a creer que el único interés en construirlas es justificar la fiesta de inauguración. Hemos tenido épocas en que ofrecíamos a los ciclones una dieta segura en forma de escuelas rurales, y en que se construían puentes para verlos flotar sobre los ríos crecidos. En el campo doméstico, compárese la admirable longevidad de los muebles antiguos con la efímera vida de los actuales y se verá el cambio que entre nosotros ha sufrido el concepto del tiempo.

La misma diferencia que existe entre la danza, tenue y lenta, y el rápido fox-trot, existe entre la vida de ayer y la existencia de hoy.

El *no tengo tiempo para leer* es una excusa desoladora que cuenta con millares de afiliados. El materialismo reinante no da tiempo para hablar de los temas suntuarios de la cultura, pues si hay hombres audaces que se atrevan a hacerlo, no faltan los que consideren como pérdida de tiempo ese acto tan finamente espiritual. El arte de la conversación pura hace ya muchos años que está descalabrado. Hemos sufrido un lamentable déficit en nuestras visitas, tertulias y casinos, y es muy sensible la desaparición de los famosos centros de artesanos, oasis primorosos de la nobleza obrera.

Si el tiempo es dinero, digamos por nuestra cuenta que la prisa que atropella el espíritu del hombre es veneno. La relación social se encuentra en crisis porque carecemos de sosiego. En la vida oficial se habla hasta por los codos. En las barberías y en las boticas se cultiva el secreto a voces de la vida privada. Pero la conversación limpia y discreta no tiene hoy tantos prosélitos como la murmuración. En beneficio de aquélla, algún legislador debiera promulgar medidas higiénicas que regulen el charlatanismo. Si en realidad el tiempo no da para nada, vamos a restárselo a nuestros defectos para emplearlo entonces en beneficio de las viejas virtudes.

Lo que acontece con el factor tiempo, sucede también con su gemelo, el espacio. Los admirables medios de comunicación que hoy poseemos han encogido las distancias entre pueblo y pueblo. Tal parece como si la isla se hubiera empequeñecido. Las antiguas casas solariegas, con amplitudes de almacén, han dado paso a la hermética vivienda, apretadamente construida para economizar costoso espacio. Como todo se mide —y se cobra— escrupulosamente, hemos aprendido a montar unos pisos sobre otros, o en su defecto a hacinarnos antihigiénicamente en incómoda habitación. La hidropesía del censo, que amontona 485 habitantes en cada milla cuadrada, ha mermado el espacio dietético que la tierra tenía a nuestra disposición. No cabemos en nuestra propia casa y esta incomodidad interviene dolorosamente en el margen de euforia a que todo pueblo tiene derecho.

La especialización educativa reduce también el espacio espiritual en que se mueve el individuo. Hombre que en su preparación profesional no haya frecuentado con plausibles sacrificios otras zonas ajenas a su especialización, no comprenderá, como es su deber, las dificultades vencidas por los otros. Hay que romper violentamente la cárcel

de nuestra profesión y de nuestro oficio y agrandar el espacio mental y el afectivo para soltar el alma de su enchiqueramiento.

A la vera de nuestro interés particular florece el interés de los demás, que hay que tener en cuenta, si no queremos aumentar la incultura de los llamados cultos. El paisaje de la vida no se debe atravesar con anteojeras, so pena de acrecentar a nuestro pueblo su natural angustia. Se puede ser mecánico, o profesor, o médico, o *business man* sin desleales agresiones a la cultura.

Tengan en cuenta los comparatistas que no es posible llegar al fondo del espíritu colectivo en el torpe vehículo del más y del menos. El propósito objetivante de la estadística —método sin alma y ciencia sin conciencia— puede captar tan sólo la superficie de una realidad totalitaria, pero es incapaz de penetrar en el reino interior de un alma en pena. La estadística es la calumnia con que la ciencia suele vengarse del espíritu. Todo pueblo posee un repertorio de convicciones inefables, vivas y escurridizas, que no se puede reducir a número. No es posible encarcelar a los hombres en la incómoda jaula de un *standard*, fetiche que la democracia ha inventado para evitarse las complicaciones que suelen engendrar las diferencias.

Este afán económico y utilitario cercena desastrosamente, del presupuesto insular y municipal, aquellas partidas útiles que no dan un rendimiento táctil. La despreocupación oficial por los aspectos más finos de la cultura, despreocupación que neutraliza con su indiferencia las iniciativas particulares, se dejó sentir en el país desde el comienzo de la invasión. "Uno de los primeros actos del régimen (norteamericano), en Puerto Rico —dice D. Fernando Callejo— fue la supresión de todas las subvenciones de carácter artístico". Al gobierno actual no le interesan las letras, ni la música, ni la pintura, ni cosa alguna en que intervenga el placer estético.

Una secretaría de Bellas Artes, en la administración actual, sería un hecho insólito. El gobierno no puede sostener esta clase de lujos, y no existe ni un mal museo, ni una academia de música, ni concursos oficiales de pintura, ni ayuda generosa para el Ateneo, ni interés por el arte popular, ni ninguna de las funciones espirituales que tan amorosamente amparaban, en el siglo pasado, las Ferias, las Exposiciones, los concursos públicos y el celo del gobierno.

Rarísimos son los municipios que en sus presupuestos demuestran

amor al libro. Es, además, muy cuesta arriba hacerles comprender que una biblioteca municipal es tan importante como una plaza de mercado o un matadero. El espíritu del bienestar de nuestros pueblos se encuentra en bancarrota. Antiguamente, innumerables poblaciones de la isla mantenían una exquisita vida social, en que alternaban los conciertos, las veladas, las retretas, las fiestas patronales, las compañías de aficionados, las tertulias caseras y las solemnidades religiosas. Humacao, Guayama, Juana Díaz, San Germán, etc., tan estremecidos por la cultura de antes, hoy son meros municipios. Mayagüez, centro de incontables peripecias culturales, hoy es una factoría. Sólo Ponce resiste, entre flaquezas, la contaminación anuladora.

Obsérvese el embotamiento de la sensibilidad en los medios artificiales con que hoy nos proporcionamos el máximo placer: no hay baile alegre ni comida buena si falta la embriaguez. Para que todo gozo espiritual no resulte una lata soberana tiene que presentarse el placer alcoholizado. El esparcimiento, además, se tornó negocio; hay que pagar por todo. Hasta las carreras de caballos, tan admiradas por la vieja afición puertorriqueña, se convirtieron en espectáculo retribuido, igual que las peleas a puñetazos. Por dondequiera que intentemos la fuga el imperativo económico nos sale al paso.

Frente a frente se encuentran, pues, dos estilos de vida de fondos muy distintos. No achaquemos a ninguno las condiciones universales que en cada época han prevalecido; muchos de los cambios que se adjudican en nuestro país a los norteamericanos, no provienen precisamente de ellos, sino de la época que los impone igualitariamente en Australia, en España, en Chile, en Puerto Rico... Cada transformación provechosa, venga de donde venga, es ineludible y necesaria. Todo pueblo que quiera mantener la sanidad de sus pulmones tiene que respirar aires de fuera.

Aunque hoy navegue a la deriva, nuestra personalidad no ha naufragado, como creen algunos pesimistas. Ni todo fue albricias ni todo es hoy abatimiento. Entramos en el siglo XX con un puñado de residuos inservibles y una buena cantidad de deficiencias sociales, que vamos corrigiendo merced al cambio de soberanía. Al mismo tiempo, la vida se nos corrompe dentro de un sórdido utilitarismo, y la cultura ha perdido sus mejores categorías por la plebeya depauperación intelectual a que la ha sometido la vulgaridad del presente. La transfor-

mación es responsable de la inestabilidad que hoy nos azora, y el dualismo con que opera nuestro pueblo es la mejor señal de su estado transitivo.

Ante las azogadas circunstancias de la hora muchas veces he pensado que la fisonomía moral de este momento está integrada por rasgos transeúntes y provisionales. Nos informamos y nos deformamos a un tiempo mismo, ganando y perdiendo con la metamorfosis. Toda mudanza implica una alteración más o menos intensa de los usos y costumbres y origina las vacilaciones que hostigan hasta las mismas normas fundamentales de la vida.

Termino llamando la atención hacia la necesidad de recoger, en apretado haz, las coincidencias vitales que integran el esqueleto de nuestra contextura moral. Para el fomento de la más pura ética, por la naturaleza de nuestro pueblo, el camino más corto es el de la estética. En estas horas de aguda crisis para nuestra cultura debemos cultivar la fe en nosotros mismos y preocuparnos por la producción de hombres egregios. Hay que cambiar los atractivos de la vida pública y ensanchar la significación de la política, hasta que se arrumben por completo sus repugnantes desequilibrios. Exigir de la prensa que cumpla su misión orientadora; de la Universidad, altos niveles de cultura, y de los hombres, sacrificio en el esfuerzo y abnegación en la dádiva. Carácter, suficiencia, comprensión, estímulos mesurados, coordinación de anhelos: he aquí los arriates para hacer los cultivos necesarios.

Puesto que estamos de mudanza hay que cuidar la propiedad. En trance como éste, la holgazanería es, además de censurable, corruptora. Si en esta crisis de nuestra cultura hacemos una recaudación de alientos superiores para cultivar una esperanza unánime; si limpiamos a las provincias de la vida pública de los espíritus vacíos, roídos de discordias y malquerencias; si levantamos el gravamen de tanto profesional inculto, disfrazado de eminencia cuando no pasa de ser un gacetillero, un curandero, un picapleitos, un maestro-escuela, un sacristán, o un alquimista; si atendemos, en fin, al huevo de nuestra conciencia colectiva, cuidando de las transformaciones de la oruga, hasta que sus anillos aseguren una movilidad independiente, relativamente propia, yo estoy seguro que en no lejano día veremos volar la mariposa.

IV

VIEJAS Y NUEVAS TARAS

1.—Tablero de Ajedrez

Hormiguean a la intemperie de nuestra cultura una porción de problemas amargos que no deben mirarse con indiferencia aunque, obligados por los imperativos de este ensayo, queden por ahora reducidos a una expresión mínima. Ha sido casi norma plantear estos problemas desde un punto de vista emocional y patriótico, resbalando lisonjeramente por la cuesta de la comodidad explicativa. Tal actitud se resuelve en peligros e ineficacias. Peligros, porque se suele ver el asunto con los prejuicios naturales de quien se aferra a determinados ideales partidaristas; e ineficacias porque no respondiendo su estudio y planteamiento a la pura y escueta realidad, es inútil aplicar correctivos que sin el debido y total enfoque del asunto pueden acarrear fatales consecuencias. Una vez más, tropezamos con el retoricismo sirviendo de aglutinante y entorpeciendo la captación serena e imparcial de nuestro malestar.

De continuo oímos el sañudo clamor contra el acaparamiento de las tierras por corporaciones extranjeras, contra el absentismo, el latifundio, la tarifa arancelaria, etc., etc. Nos vamos del seguro en un disparo sentimentalmente oblicuo al apreciar esos problemas desde una contemporaneidad angustiosa sin tener en cuenta el pretérito ni el futuro. Pero, además, al enfocar un determinado problema, la tendencia es eludir aspectos primordiales que tienen resonancia en los otros problemas con los cuales están íntimamente relacionados, ligados y fundidos en una complejidad inseparable. Esta apretada ramificación la suelen apreciar los expertos que vienen de afuera, pero a su vez llegan a conclusiones lisiadas por faltarles el terreno de nuestro espíritu nacional. Demasiados e inútiles han sido los remedios para aliviar nuestra jaqueca brava. Los expertos han creído que nuestro mal

se cura con la untura emoliente de las estadísticas y los nativos con el jarabe de la emoción patriótica. Hay que combinar el ojo con el alma para lograr resultados valederos. O lo que es lo mismo: enfocar nuestros problemas desde dentro como si los mirásemos desde fuera. De lo contrario, nos exponemos a resolverlos creando otros.

Para apreciar sin eufemismos, pero también sin injusticias nuestra incapacidad actual, hay que tener presente condiciones especiales que atenúan la culpa colectiva. El coloniaje nos tiene acostumbrados a que otros hombres piensen por nosotros soluciones y remedios en los cuales no hemos intervenido. Desde la colonización hasta el presente nos han resuelto de una manera fina y cabal problemas económicos, sociales, militares y religiosos, sin que hayamos estrujado nuestra alma colectiva en interés de los mismos. De la noche a la mañana se canjeó varias veces nuestra moneda, y nuestra Hacienda; se instituyó la ley de divorcio, se separó la Iglesia del Estado, se troncó un ejército por otro, y nos cambiaron hasta la Constitución sin la más mínima intervención de nuestra parte. Hoy carecemos de ese útil aprendizaje que costó sangre y congojas a todos los pueblos del mundo. Nuestra guerra civil ha sido siempre entre partidos políticos y dirigida por los padres de la patria que en plurales ocasiones no rebasaron el papel de padrastros.

Sin las cicatrices de la experiencia en otras lides, nos enfrentamos a los problemas actuales limpios de lastre y ahitos de prejuicios. Carecemos de aplomo porque nos falta conciencia histórica. Nos falta esa colaboración subconsciente que da la cultura amasada con dolor y sacrificio. "A los valores verdaderos —ha dicho Marañón— se llega comúnmente con esfuerzo. Están en un sagrario recóndito que a menudo sólo se abre ante el sacrificio".

Yo creo que esto explica esa falta de evocación en que hoy se agita nuestra política: mira hacia el frente, hacia un futuro inmediato, sin visión de largo alcance ni perspectivas del pretérito. Rehuye la gesta amparándose en el gesto. Por eso en cada período legislativo abre la espita el retoricismo en centenares de proyectos académicos que nunca se convierten en ley.

La falta de evocación y de visión se explica claramente cuando pensamos que nuestros partidos políticos han tenido que vivir atentos a la marcha de los partidos de España, antes, y hoy de Norte América.

Esa atención obligatoria que no nace de nuestro querer, es hija de la necesidad de acompasar nuestra vida a la del partido que triunfe en esas urbes. Así las cosas, los partidos políticos puertorriqueños han tenido que ir variando sus nombres, sus programas, y hasta sus mismas plataformas de acuerdo con exigencias extrañas a nosotros, sacrificando la genuina orientación que en todo caso debió imprimirles el decoro colectivo. De su seno, jamás ha salido, en cuatro siglos de historia, un solo gobernador electo por el pueblo. Su sino queda simbolizado en el cordero pascual de nuestro escudo que en vez del *Joannes est nomen ejus* debió llevar con mayor justicia la leyenda bíblica que reza: "he aquí el cordero que ha de ser sacrificado".

Por un contrasentido de la suerte histórica asombra pensar que el pueblo más pacífico del mundo, desde el descubrimiento, fue gobernado bajo las Leyes de Indias por un Capitán general, y desde 1898 hasta el presente depende su gobierno del Departamento de la Guerra en Washington. El pueblo que jamás fundó ejército alguno, ha estado siempre en manos de un gobierno militar. ¿Cómo puede nacer fuerte y original una cultura que jamás logró cuajar sus inquietudes jurídicas en un Estado propio? Y puesto perpetuamente en otras manos, que no son exclusivamente las nuestras, no hemos tenido en la organización de ese alto cuerpo el sacrificio necesario para poder crear los símbolos nacionales: un himno y una bandera.

País sin epopeya, sin hondas gestas heroicas, sin gruesas manifestaciones históricas, ha consagrado como himno una danza bailable con tema ramplonamente bucólico, que, a pesar de todo, nos llega a las entrañas. En cuanto a la bandera no hemos conseguido ponernos de acuerdo, prefiriendo unos la de la cruz y otros la de la estrella. Hasta en el mismo escudo que graciosamente dieron a la isla los Reyes Católicos, ha faltado unanimidad: unas veces pintan el cordero de pie sobre una roca, y otras, que es la correcta, echado tercamente sobre un libro. En el año 1902 el gobierno insular cometió el error, más tarde corregido, de cambiarnos el antiguo blasón por un disparate heráldico en que aparecía encima de una especie de placa policiaca un barco en inverosímil equilibrio sobre una ristra de salchichas. La historia de estas vicisitudes simbólicas la hace Mario Brau en su opúsculo titulado *Nuestro Blasón*.

La tragedia del gobierno empieza con los encomenderos y con

nuestro primer gobernador, Juan Ponce de León, que inició el primer cisma; luego sigue la lucha entre el Clero y el Estado y más tarde los capitanes generales no dan tregua a sus personales ambiciones. En 1811 separan la Capitanía General de la Intendencia y se inicia la inquina entre Intendentes y Diputados por competencia de atribuciones. En ella tercia el clero. En el año 1821 separan casi nominalmente el poder civil y el militar. Para esa época afirmó el Intendente D. Luis de Santiago que daba vergüenza ver la firma de algunos alcaldes. El *status* del analfabetismo oficial no ha variado gran cosa en nuestros días, pues aunque el censo excluye alcaldes, doctores y abogados, el porciento es crecidísimo.

En la segunda mitad del siglo XIX surgió entonces, encarnado en un puñado de hombres de carácter, el patriotismo político insular, y con disfraz de patriota el cacique logrero de asombrosa longevidad. El valiente partido autonomista fundado en 1887 se divide en fracciones en 1896 y desde entonces hasta hoy la evolución de nuestros partidos se caracteriza por el pegue y despegue de estas fracciones, obligadas por la no siempre noble aspiración de obtener mayoría. Y digo no siempre noble, porque ese propósito electoral tiende a convertir a los políticos en simples cosecheros de votos.

El hombre aquí se mueve fatalmente dentro de un orden trazado desde fuera, con vida ciudadana predestinada en su esencia, sin poder disponer políticamente de su libre albedrío. Ha sufrido el sino de las minorías perpetuas que, a fuer de serlo, pierden en iniciativa lo que ganan en indiferencia. El fallo más grande de nuestro gobierno insular es la falta de espontaneidad. Con la espontaneidad brota netamente el jugo más íntimo de la conciencia, cuando ésta se encuentra capitana de su destino.

Por esta inhibición obligatoria que impidió el fluir de nuestras secreciones internas, caímos, con el cambio de soberanía, como azorados párvulos sobre la democracia. Puede observarse en los hombres que elegimos para representarnos en el gobierno la errónea consideración popular que los convierte de servidores en amos, cuando en realidad no son sino nuestros mandatarios. La gente no acaba de concebir con claridad el valor y la obligación de sus representantes y el deber de sostenerlos en tanto en cuanto sus actuaciones coincidan con la voluntad popular.

Obsérvese el temor y la hurañez con que la gente del pueblo visita una oficina pública; piden información o defienden tímidamente sus derechos como si fueran reos en capilla. Bien está el respeto, la discreción y hasta la paciencia; pero no esa actitud de pordioseros o de ajusticiados en súplica temblona que remeda languideces esclavas. Al observar el endiosamiento de los unos y la poquedad de los otros he llegado a pensar que, al concurrir a las urnas, son demasiadas las papeletas electorales que se nos convierten en acta de defunción.

Un desconocimiento de los valores primordiales del ciudadano nos impide no sólo recabar derechos sino también cumplir con los deberes. Porque lo que parece más difícil para nosotros es ocupar ni más ni menos el puesto que nos corresponde en el conjunto democrático y aceptar sin regateos la porción de obligaciones que nos toca cumplir. "La patria —ha dicho Hostos— nos impone deberes como nos da derechos; y si no sabemos cumplir con los deberes ¿con qué motivos nos quejamos de no poder gozar de los derechos?". El hombre que ufanamente puede decir *yo cumplo*, es el único autorizado para decir sin sonrojarse *yo exijo*. Cuando llegue ese día, entonces comprenderemos sin timidez ni intransigencia que los hombres de gobierno no son nuestros amos sino nuestros servidores.

He aquí la encrucijada: el problema más agudo de Puerto Rico es el del hombre; no el de la instrucción, sino el de la educación del hombre. Sobre el tablero de ajedrez de nuestros problemas, hemos concentrado la atención sobre las piezas grandes —agricultura, sanidad, comercio, status político, etc.— y la fuerza continental del oponente nos ha tenido en jaque perpetuo. Hemos ido perdiendo las torres y los alfiles y en el tablero de nuestra vida hoy nos confrontamos con una superabundancia de peones. Cuando los pueblos se sienten hostigados por las crisis políticas, por el malestar económico, o por cualquier motivo perturbador de su pujanza, los hombres que crecieron al calor de una cultura, suelen resistir mejor que otros que no hayan acumulado en su formación recursos espirituales.

Nuestro peonaje diplomado lo mismo que el fabril y el campero no tienen dotes para sortear las situaciones porque no le han templado el alma para la vida. El pueblo todo lo espera del gobierno y el gobierno descansa exclusivamente para formar conciencias en su departamento de instrucción pública, que a pesar de consumir cerca de la mitad del

presupuesto insular no puede encargarse de proteger la música, las letras, la pintura, el arte popular, el ornato público, las academias, museos, bibliotecas, ferias y exposiciones y todas aquellas actividades, afinadoras de la sensibilidad, que equipan al espíritu del hombre con las resistencias con que puede defenderse cuando sobrevienen las grandes crisis colectivas.

Nuestra población de edad escolar se acerca a 600,000 niños. El 40 por 100 del presupuesto de la isla que se dedica a instrucción pública, sólo puede admitir a 115,000 niños en las escuelas urbanas y a 125,000 en las rurales. ¡Quedan desamparados 360,000! Si se tiene en cuenta que 100,000 de los matriculados en el campo asisten a clase solamente medio día por falta de maestros, locales y equipo se verá que nuestra impotencia económica va echando a la deriva una cuantiosa población de inválidos. De ahí que tengamos tantos *selfmade men* tan mal hechos.

El departamento de instrucción no alcanza a hacerlo todo. No puede, además, depender de un gran número de maestros que, de espaldas a su vocación y a la necesidad de perfilar caracteres, han hecho del magisterio un *modus vivendi.* Nadie logra dar lo que no tiene; quien carezca de fervores para cumplir su misión fuera de horario, quien no sepa sobreponerse al dato y auparse vitalmente sobre la fría asignatura que enseña, quien no tenga capacidad para penetrar con luz orientadora en el recinto virgen del carácter para potenciar latencias y encauzar sus proyecciones, debe renunciar el puesto. El magisterio es algo más que una mera profesión: es una misión difícil que no podrá cumplir amorosamente quien sólo se preocupe de ganar un sueldo.

¿Qué autoridad tiene un profesor que no lee nada para pedir a sus discípulos que lean algo? Aguda lástima nos aprieta el ánimo cuando nos enteramos de las lecturas enanas que hacen tantos y tantos maestros. Desde el punto de vista de los libros, hay viviendas que resultan espléndidas sucursales del desierto. Sus moradores viven reñidos con la meditación: por eso se encuentran tan estropeados en modos y tan flacos de recursos. Esclavos del texto y del curso de estudio no logran oír el rumor de la vida que les queda en frente, ni auscultar los pechos que han de enfrentarse al porvenir. Nadie puede sentir simpatías por esos profesores mínimos que sólo se interesan en

formar cabezas de alfileres. Vivir de la muchachez tomándola en usufructo es, además de villanía, un desfalco a la vida colectiva de sus mejores ilusiones.

Profesionalmente —número, técnica, títulos— el avance de nuestro magisterio es asombroso; las imposiciones con que cumple, las actividades, trabajos y sufrimientos que soporta son en realidad agotadores y el maestro no está proporcionalmente retribuido. No obstante, su preocupación capital no es el niño en sí, sino sus superiores; no es cumplir a conciencia con la variable petición humana del grupo que dirige, sino con los requerimientos uniformes de principales e inspectores. Para lo primero falta un acondicionamiento selectivo —labor de expurgo y de cedazo— atendiendo a las facultades socráticas del individuo-maestro; para lo segundo basta con un diploma de profesor y un poco de habilidad intelectual para cumplir con todas las exigencias racionales del sistema. La instrucción necesita *profesores;* pero la educación requiere *maestros.*

Otro asunto de lamentable virginidad entre nosotros es el peligroso acaparamiento por parte de la mujer de las faenas escolares. Según el último censo la población masculina de Puerto Rico es casi igual a la femenina. El total de ocupaciones está repartido de esta manera: tres cuartas partes corresponden a los hombres y una cuarta parte a las mujeres. Los números se invierten cuando se trata de la escuela: el hombre ha ido abandonando ese campo tan mal retribuido y la mujer estudiosa le ha ido suplantando. De los 4,639 profesores que hoy —1932-1933— sirven en las filas de la instrucción pública, 3,420 son mujeres, o sea más de un 73 por 100.

La proporción resulta abrumadora si se tiene en cuenta la estrategia la acometividad, los recursos acorazados que a todos nos exige la vida contemporánea. La mujer, por temperamento, es más blanda y menos agresiva que el hombre y no ha podido todavía independizarse de la frivolidad. Vive entre apariencias y temores y en general se conforma con arañar las cosas sin penetrar en su meollo. Sus votos son para la paz y no para la guerra; su elemento es la lírica y no la épica; la vida le parece más bella cuando la ve pasar al fondo de un espejo. Por poca cosa se enternece y tiene su sistema nervioso a flor de piel.

Yo no creo en esa propaganda jactanciosa y tonta basada en la inferioridad de la mujer; no creo tampoco en los tradicionales privilegios

del hombre que arrancan de una injusticia social en vías de absoluta abolición. Pero sí creo en las diferentes influencias formativas. Hay en las mujeres un pozo de actitudes hogareñas, tiernas e instintivamente maternales que les autoriza al acaparamiento parcial de los puestos en la escuela primaria. Hay en los hombres una manera peculiar de enfrentarse a la vida, de chocar con ella, de situarse frente a las cosas, que influye distintamente en el carácter en formación del educando. Sin exclusivismos ni suplantaciones estériles esta actitud masculina debiera tenerse en cuenta en los grados superiores, y en particular en la educación secundaria. No se olvide, empero, que hay hombres inservibles que debemos arrinconar.

Sin histeria y con buena fe, urge dirigir la atención hacia el temple y la energía que necesitan hoy los parroquianos de la escuela, no sólo para formar directores, sino también masas condicionantes que puedan echar las bases de una nueva moral pública. En la vida contemporánea todavía hay muchos recintos cerrados herméticamente para la inmensa mayoría de las mujeres. Y si a esta irremediable limitación social unimos los inconvenientes aparatosos del sexo y las vidriosas reacciones de la psicología femenina —comadreos, susceptibilidad y lágrimas— veremos con sereno juicio que es digno de meditación el problema educativo que aquí señalamos.

Aparte de la que ofrece en la sala de clase, hay que esperar de la mujer una colaboración más seria y profunda que la que por ahora aporta a nuestro pueblo. Con el nuevo régimen abandonó su cerrazón y su encerramiento y dejó de ser figura decorativa en el hogar. Hace muy pocos años obtuvo de nuestra legislatura el reconocimiento de sus derechos electorales y hoy tiene a mano numerosas prerrogativas que antes desconocía. Es de esperarse que sus inquietudes trasciendan más allá de las urnas, de los sueldos y de las modas.

La amplitud del dintorno no puede excluir el hogar, que es el centro del sistema planetario de la feminidad. Las exigencias de la vida pública no deben malograr a la ama de casa ni rebajar a un segundo término la atención que en todo momento se debe a la economía doméstica. Misión política —¡y tan patriótica!— es la de ayudar a formar, entre nosotros, a la perfecta dueña de casa, tan responsable de la industria, de la agricultura y del comercio nativo. Nuestra mesa, pobre y exótica, está orientada por la abundancia y no por la nutrición; llena, pero no siempre alimenta; importa lo que el país puede producir, y, por lo tanto, no coopera con nuestra economía nacional. Para que triunfe el pregón de *consuma lo que su tierra produce,* las mujeres debieran preocuparse en formar las verdaderas amas de casa que aquí necesitamos. Las organizaciones femeninas debieran trabajar desde dentro hacia afuera.

Es curioso observar en nuestro tiempo esos grupos de mujeres organizadas que parecen tener vida una vez cada cuatro años. Al pasar balance de lo que la mujer hace corporativamente, se adelantan a nuestra apreciación unos grupos bisiestos, con nombres eleccionarios: Mujeres Sufragistas, Mujeres No Partidaristas, Mujeres Votantes, Vanguardia de Mujeres Republicanas, Liberales, etc., etc. Tal parece que nuestra mujer no puede soldarse si no es con una alta temperatura comicial.

Y aun en el período de elecciones esas mismas sociedades, amantes como los hombres de los discursos y del presupuesto, se autoaniquilan con idénticas o peores mezquindades que las de los hombres; pasado el período electoral sólo queda el recuerdo polémico de que tuvieron vida y unas cuantas fotografías en los diarios y en las revistas.

Búsquense, después de unas elecciones, los restos de las únicas sociedades femeninas que parecen tener fuerza entre nosotros y se encontrará un vacío desolador. Nuestras mujeres dirigentes se conforman con hablar en los mítines y alcanzar algunos puestos para las asociadas. Alguna que otra flirtea con la cultura y en general son amantes de los *bridge parties* y se desviven por la crónica social. Cultivan unas ideas chiquitas y llevan en el *vanity* unas cuantas preocupaciones de ocasión. De vez en cuando se ponen de acuerdo sobre un acto benéfico y eso es todo lo que hay que agradecerles.

No hablo de la mujer hogareña, anclada en su casa con el peso de sus obligaciones maternales; ni de la agrietada obrera, en permanente estado de sitio por el hambre y sus limitaciones; no hablo tampoco de las niñas bien, cuya preocupación máxima es el *te-dansant,* el automóvil y unas cuantas palabras en inglés; me refiero a las mujeres intelectuales, influyentes, organizadoras, que ocupan la atención pública y están en condiciones de rendir mejores servicios a la cultura. Si éstas no logran penetrar en el riñón del pueblo y en el corazón de la isla, no deben tener a descortesía que alguien les señale deficiencias.

Ruego, además, a mis lectoras, tener en cuenta que no estoy escribiendo madrigales.

En el tablero de ajedrez de nuestros problemas lo que falta es un poco de pericia y sentimiento humano para mover las piezas. Bajar de las ramas y auscultar la realidad de esta isla diabética. "Si fuéramos tan aptos para las actividades prácticas —ha observado el doctor Padín— como somos hábiles e ingeniosos para la ideación, esto sería Jauja. A veces pienso que deberíamos declarar una moratoria de ideas y dedicarnos por algún tiempo a poner en acción alguno de los conceptos brillantes que flotan en nuestro ambiente intelectual".

Hablamos de nuestra tierra y la hemos vendido; nos llamamos Rico y somos pobres; la caña nos aniquila y nos da vida; el café queda constantemente amenazado por los ciclones y el tabaco por los compradores; podemos producirlo todo y ya importamos hasta la carne y los tomates; las corporaciones nos explotan y dan de comer al obrero; el absentismo se lleva nuestra riqueza y el país no tiene capital para substituirlo; se pelean dos idiomas y no podemos prescindir de ninguno; cada legislatura aprueba una nueva ley municipal y los municipios no acaban de serenarse; el agricultor depende de los terribles créditos de refacción; mendicidad, tuberculosis, nepotismo, contribuciones excesivas, capacidad prestataria agotada, dependencia política, guerra partidista, población recrecida, peonaje, latifundio, yernocracia, huracanes, temblores... crisis...

Y ante este caos, que necesita quehaceres y ánimo práctico, nos ponemos a esperar la solución de afuera o dejamos que otros hagan lo que nos corresponde hacer. Por eso pienso que el problema más serio que tenemos es el del hombre, el de la formación de un nuevo tipo puertorriqueño que sepa hacer y medir la realidad con nuevos bríos, sin azucaramientos ni confusiones, pero con visión generosa y acertada.

Evitemos que se nos eche encima aquel verso afilado con que Pedro Bermúdez reta, en el *Poema del Cid,* a uno de los Infantes de Carrión: "Lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?"

Del maestro Tirso de Molina, doy paso a esta advertencia:

Vizcaíno es el hierro que os encargo
corto en palabras, pero en obras largo

2.—Nuestro Retoricismo

El retoricismo no es una característica privativa de Puerto Rico, ya que en variadas ocasiones Eugenio María de Hostos, entre cien más, la ha señalado como peculiar de Hispano-América. Al discernir sobre el sentido americano del disparate, Mariano Picón Salas ha dicho que "la retórica... es uno de nuestros vicios continentales, y un vicio tan peligroso que matiza los otros y los adorna con oropeles... Tropicalismo es incapacidad para llamar las cosas por su justo nombre; delirio verbal, deformación de los hechos o las ideas".

Nosotros, que hemos vivido siempre sumergidos en la gramática, nunca hemos podido llamar las cosas por su propio nombre. Forzosamente el criollo tuvo que recurrir al contrabando comercial y verbal. La fiscalización oficiosa desarrolló en el pueblo habilidades de astucia y *jaibería* —voz nativa y sintomática, equivalente a malicia intencionada— y el jíbaro, que hoy las exhibe maravillosamente, tuvo que echar a andar por los atajos del comercio y la expresión para burlar la suspicaz vigilancia del Gobierno, que entorpecía con su celo las pocas rutas francas. El verbo *atrechar* y el substantivo *atrecho* son voces creadas por necesidades puertorriqueñas, que aún no han tenido sanción académica. Amparan su origen los primeros trescientos años de educación española, en que sólo conocimos a los *maestros de gramática,* según afirman las Memorias del siglo XVI, la que firma el canónigo Torres Vargas en 1647 y la que autoriza D. Alejandro O'Reilly en 1765. He aquí la raíz educativa de nuestro retoricismo.

Pero no hay que ir tan lejos. No he olvidado los generosos esfuerzos que hacían mis maestros, no ha muchos años, en la escuela pública norteamericana, por enseñarnos a hablar correctamente, escogiendo como modelo los peores párrafos de *El Quijote.* Tengo presentes, como

si fueran de ahora, los elogios desmesurados que tributaban a la burlesca e hinchada descripción de la primera salida que el hidalgo manchego brezaba en su cabeza: "apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos, con sus arpadas lenguas..., etc., etc." Y con este párrafo, inflado de mal gusto y de sátira cervantina, nos adiestraban en el castizo manejo del idioma. ¡Dios se lo perdone a mis maestros! Luego topé con él, en tiempos de mi segunda enseñanza, en la *Gramática* del puertorriqueño Hernández, que lo ofrecía como ejercicio en el último capítulo de su obra. Vine a darme cuenta del error de todos, cuando ya mayor me senté, por primera vez, a leer *El Quijote* reflexivamente. ¡El párrafo menos cervantino de la obra se convertía, por obra y gracia del retoricismo importado, en un bello modelo ejemplarizante!

Si de las bardas escolares saltamos a la historia y a la vida, encontraremos explicación a esta modalidad verbosa en la situación política que entonces, más que ahora, mantenía nuestras aspiraciones acorraladas. Agazapando intenciones frente a la amenaza del confinamiento y el destierro, la imprecisión, el tropo y el rodeo crearon un palpable mestizaje en nuestra expresión. La claridad y la exactitud —vías francas— resultaban, desgraciadamente, perjudiciales al pensamiento sincero que bullía en nosotros, y buscando amparo para su liberación en el adjetivo y en la perífrasis, caímos inevitablemente en el retoricismo, que encontró sus capas de mantillo en la educación escolástica que recibíamos.

Han gravitado sobre el país tenebrosos problemas coloniales que impulsaron al criollo al merodeo expresivo, a la salvadora hipocresía verbal, al disimulo elocuente del sentir, que no podía expresarse en toda su plenitud, so pena de ofender la delicadísima susceptibilidad de los gobernantes. Su extremada vigilancia nos convirtió en contrabandistas de las ideas insulares. Así fuimos abordando los problemas con táctica defensiva, caminando por peligrosos *atrechos*, disimulando con palabras numerosas el grito agónico de nuestras rebeldías. En la ornamentación de los párrafos, en la hojarasca protectora, en la frondosidad inexpresiva fuimos escondiendo amorosamente la cápsula de nuestro pensamiento magro. Y si de esta manera penumbrosa pudimos libertar a hurtadillas nuestras ansias cívicas, también de esta manera

fuimos desarrollando una actitud mental que sirvió de soporte al verbalismo del presente. Nuestra miseria es centenaria y con la prestidigitación de la elocuencia es forzoso que siempre la veamos en función decorativa.

Hacia 1816, D. Juan Rodríguez Calderón escribió la primera poesía laica de paternidad conocida con este "pequeño" título, formalmente profético: "A la Hermosa y Feliz Isla de San Juan de Puerto Rico". Muchos años más tarde, José Gautier Benítez nos proclamó "bello jardín de América el ornato, siendo el jardín América del mundo". Estamos en plena zafra poética y podríamos centuplicar los ejemplos. Baste el arriba mencionado para consignar una actitud lisonjera de fácil captación. Y cuando un extranjero mal agradecido, como el poeta Manuel del Palacio, nos dirigió sin grandes hipérboles aquel soneto que empieza:

> Este que siglos ha fue Puerto Rico
> Hoy debiera llamarse Puerto Pobre
> pues quien oro en él busca o plata o cobre
> Seguro tiene soberano mico.

y que sigue mencionando la realidad del mofongo, de la inercia, del calor, de los hijos sin padres y de los negros, le contestó José Gualberto Padilla (El Caribe) con otro soneto parafraseado y con una larga y popular composición que llena catorce páginas del libro en que ambas se recogen. No era para menos. Señalo el incidente que ocurrió en el 1873 y doy su reverso: hacia 1912 llegó el poeta Santos Chocano a Puerto Rico y dedicó a San Juan su celebradísimo poema "La ciudad encantada", con que inició su libro *Puerto Rico Lírico;* el país entero supo pagar con su agradecimiento y su dinero el aluvión retórico y galano del Poeta de América. Antes había hecho lo mismo con Salvador Rueda; después lo repitió con Francisco Villaespesa.

Hace cuarenta años que estamos discutiendo apasionadamente en la prensa, en el libro y en el Ateneo, el sitio inequívoco por donde desembarcó Colón, como si ese debate, acalorado y largo, fuera de enorme trascendencia para la vida espiritual del pueblo. Yo mismo —¡no he podido remediarlo!— eché mi cuarto a espadas en mi libro de ensayos, titulado *Aristas,* prestando mi adhesión retórica a otra muy

trabajada polémica, sobre si debe decirse *portorriqueño* o *puertorriqueño*. Los fuegos artificiales no deben faltar en nuestras fiestas.

Y es que en la angustia protocolaria en que nos debatimos, cargamos sin remedio con la costumbre histórica del expedienteo. Hemos ajustado al ritmo de nuestra imaginación militante el curso de la vida y pronunciamos, en tono castelarino, nuestras aspiraciones cívicas. No podemos negar a Castelar, nuestro gran tío lírico. Se puede escribir una voluminosa historia política al margen de los banquetes celebrados y anotarla pintorescamente con millares de telegramas de adhesión. El comedor y el telégrafo han sido factores inexcusables para la formación de la patria verbal y espitas siempre abiertas para descongestionar nuestra clásica hidropesía retórica. En vez de caldear la historia caldeamos la palabra que derrumba imperios.

En un pueblo de millón y medio de almas, dos docenas de nombres forman lo que la Prensa llama *La Voz del País*. Los demás no tienen voz... ni voto. La voz de la opinión queda relegada a unos pocos. ¡Cuántos programas y resoluciones no han salido de esos antros de retoricismo que presiden el peluquero y el pildorero! La barbería y la botica tienen brillantes condiciones de *caucus*. Ambas se asocian para formar en cada población una especie de *Prensa Unida*. Por ellas circula, al filo de la reticencia, toda la vida municipal e insular y al compás de la tijera y del mortero van naciendo, en lucha con la murmuración, acuerdos y resoluciones que intentan conminar, a frase limpia, la crisis del país, como por obra y gracia del verbo divino. Por lo general, nuestro cacique político es un hombre ducho en jabonaduras y emplastos.

La navaja y la espátula ofrecen una estupenda colaboración a la política insular: barbería y botica son vísperas de comités y de tribuna, y en su seno se abusa demasiado del "santo amor a la patria puertorriqueña". Eludo, por ahora, otros problemas sociales que en ambos sitios tienen gestación y desarrollo, y quiero hacer constar la pureza de intenciones con que los utilizo en este ensayo.

Y, después de todo, ¿qué han de hacer nuestros *prohombres* en esos pueblos hoscos de la isla, cerrados a toda excitación desinteresada y adormecidos con el ritornelo de las innumerables comisiones que van a Washington? ¿Qué han de hacer sino improvisar momentáneamente nuestro destino? ¿Qué sino alimentar, con imaginación de municipio,

sus perpetuas ansias de civilidad? Y desde el programa que declama: *Los mejores hombres para los mejores puestos*, que en la práctica pierde todo su sentido aristarco, hasta la exaltación desesperada que grita: *Dadme la independencia, aunque nos muramos de hambre*, hay una fecunda trayectoria temática de gobierno interior, que se hincha superlativamente con fantasía de trasbotica. Afirmaba Tomás Carrión Maduro que "en tropos retóricos hemos invertido los isleños la parte más preciosa de nuestra vida". Desde esta atalaya montamos guardia pretoriana apertrechados de ingenio y de dialéctica.

Cuando a principios del presente siglo se fundó el histórico partido Unión de Puerto Rico, alguien lo llamó, despectivamente, "vapor de agua", a lo que otro contestó: "sí, vapor de agua que dará potencia y empuje a nuestra gran familia". Y de la mecha socialista y del pico del águila republicana y de la trompa del elefante coalicionista, ha caído sobre nuestro pueblo un diluvio de frases lapidarias capaz de empedrar el camino del infierno. En plena Cámara de Representantes nuestro ilustre lisiado sostenía que la Isla de Puerto Rico tenía que dividirse en siete distritos, "porque siete eran los colores del iris, siete las maravillas del mundo, siete los pecados capitales, siete los días de la semana", etc. El humorista Canales contestó a De Diego que los distritos tenían que ser cuatro, porque cuatro eran los puntos cardinales, cuatro las patas de un caballo, cuatro las esquinas de una mesa...

Esta especial modalidad de nuestro carácter no se inicia con nuestros honorables "Excelentísimos Capitanes Generales", ni con la época de "la muy leal y muy noble ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico". Es herencia racial, que nos traspasaron con el pomposo nombre de la isla, nacido en una momentánea explosión de júbilo, en una época en que predominaba la fuerza dialéctica del siglo XVI. Con esa misma festinación con que ahora queremos resolver a frase hecha nuestros más graves problemas, se nos puso un nombre impropio que hemos cargado como una cruz de oro sobre los flacos hombros de nuestra desventura. El nombre de Puerto Rico fue nuestra primera lección de retórica al borde de la pila bautismal.

Esquilmadas nuestras raquíticas minas en los primeros años de la conquista, quedamos desde entonces reducidos a la pobreza actual, aumentada en cada época posterior por una serie de circunstancias variables, pero permanentes. Bajo la pompa lírica de un nombre no ha

podido ver el mundo ni nuestra pobre constitución física, ni nuestra industria vacilante, ni nuestra vida anémica. El panorama de la miseria boricua tiene una perspectiva centenaria: desde siempre, nuestro jíbaro, nuestro trabajador, come mal, vive mal, trabaja mucho y gana poco. Temporales, terremotos y epidemias agravan de tarde en tarde el permanente desequilibrio económico, y bajo la exuberancia retórica de un adjetivo, arrastramos, con languidez vegetativa, nuestra existencia agria. Y como si fuera poco, el turista —trotamundos sin ojos y sin conciencia— nos ayuda a cubrir nuestra miseria llamándonos halagadoramente la *Isla del Encanto, la Perla de las Antillas, la Suiza de América*...

De este optimismo metafórico no participan los pobres islotes que nos rodean y que en cambio muestran en su nomenclatura geográfica una expresión honrada de nuestra realidad: *Caja de Muerto, Desecheo*, la *Mona, Monito, Pata de Cabra, Culebra*... Una vez Eduardo Zamacois a su paso por Puerto Rico visitó la Isla de Cabra (que en la boca del Morro anticipaba con su colonia de leprosos un macabro saludo al visitante) y en su libro *La Alegría del Andar* le dedicó un capítulo justiciero: *La Isla del Espanto.*

Nuestra facundia ornamental tiene fuerza centrípeta: excluye mar afuera, pero empieza a manifestarse vigorosamente costa adentro. Nuestras aspiraciones incumplidas prenden también su altisonancia en nuestros pobres pueblos acurrucados bajo la sombra halagadora del tropo: La *Ciudad Encantada*, la *Perla del Sur*, la *Sultana del Oeste*, la *Ciudad del Turabo*, del *Plata*, del *Guamaní*, de *las Lomas*...

Barros cambió su nombre por Orocovis y he visto alguna vez proposiciones en la prensa para trocar el nombre de la isla por el de Luis Muñoz Rivera, y el de Mayagüez por el de Hostos. ¡Retórica y Poética...! aquí todo tiende a resolverse al compás del Himno de Washington o de la Borinqueña.

Hay en nuestro pueblo un entusiasmo atávico por la sofistería. Más que amor a la eficacia de la palabra a tiempo, es voluptuosidad por las palabras en manadas sinfónicas. Ya he dicho antes que la perífrasis ha sido para nosotros algo así como una estratégica trinchera desde la cual centenariamente hemos defendido nuestras posiciones. Un pueblo que se ha encontrado en perpetuo juicio por jurado, ha tenido que acompasar su vida al ritmo de la polémica forense.

La abogacía es una contagiosa profesión perifrásica que atrae enormemente el interés de la juventud puertorriqueña. Ninguna otra profesión trabaja mejor a base de tecnicismos. Una coma, una palabra, una frase cambian por completo el espíritu de una teoría y se convierte en incubadora de discursos, que muchas veces favorecen a un culpable y otras perjudican a un inocente. El tecnicismo está en su elemento en las llamadas leyes parlamentarias. Los enemigos más feroces de los hombres de buena voluntad son las cuestiones de orden, las cuestiones previas y las de privilegio personal. Nunca he visto mayores desórdenes que los provocados por una cuestión de orden. El charlamentarismo ha matado entre nosotros magníficas actividades, porque hay hombres que acuden a las reuniones no a discutir y razonar con desinterés y discreción sino a conseguir el aplauso de los tontos y a lo que es peor: a oírse hablar ellos mismos.

Aquí todo el mundo lo sabe todo. Los terremotos y los ciclones no han causado tanto daño a nuestro carácter como esa avalancha de expertos repentinos que indefectiblemente explican en la prensa sus causas y consecuencias. Inventamos sin el menor reparo teorías geológicas y atmosféricas. La improvisación es nuestro fuerte: el "yo no estoy preparado" de un orador equivale a dos horas de discurso. Y de esa abogacía laica, que tiende a cimentar en la opinión pública a un prestigio opinante, surge esa otra manifestación exótica de retoricismo boricua que hoy llamamos "statement". El "statement" es un turno en defensa propia que sirve de fermento a todas las tertulias del país. Unas veces se convierte en diálogo y cristaliza en *Interview;* otras adquiere trascendencia y se hace *Manifiesto.* Y cuando tocado de frivolidad complaciente se rebaja a una ínfima categoría plebeya, se torna en *Crónica Social.*

La Crónica Social parece que se inventó para nosotros: es la cloaca de nuestro retoricismo y en ella se desgastan, a presión de idiotez, nuestras palabras. ¿Quién no conoce el vocabulario afeminado y cursi de nuestras crónicas sociales? ¿Quién no ha sentido náuseas espirituales al leer tanta bazofia, que sólo a los nombrados interesa? Ocurre en ella lo que dijimos que sucedía con el sonoro nombre de *Puerto Rico*: son piedras falsas, apariencias, engaños a sabiendas, prestidigitación que oculta artificiosamente nuestra etiología.

Hemos aprendido a perfección a *dorar la píldora.* La vagancia

se disfraza de indolencia o de desempleo; el crimen de homicidio. Las palabras estafador y ladrón van perdiendo su uso: cuando una persona dispone del dinero que no le pertenece se habla de irregularidades, de malversación o distracción de fondos; ¡cayó en desgracia! decimos todos, compungidos. Al borracho profesional le llamamos "buen tercio", y a la mujer que fuma, que bebe, que camina y que corre la calificamos como "moderna". Para cada truhanería tenemos un paliativo, porque lo que importa es cubrir las formas. Y en el mismo sentido que doramos la píldora doramos nuestra vida.

El vivir de apariencias es otra forma gráfica de ese mismo hábito, creo que universal, pero que en nosotros es patético. Un científico francés, Pedro Ledrú, visitó la isla a final del siglo XVIII y sorprendió sin esfuerzo ese espectáculo de la vida íntima. En su *Viaje a la Isla de Puerto Rico,* que publicó en 1797, dice este explorador: "Colono hay, poco favorecido por la fortuna, que se priva durante seis meses de muchos goces ordinarios para distinguirse en las primeras carreras por la elegancia de su traje y la riqueza del arnés de su caballo". La observación sigue teniendo validez en nuestra época, y se agrava con la expansión del crédito. Vestimos y vivimos a plazos y a plazos enchapamos nuestra vida, que se desliza por la cuerda floja de las entradas, haciendo constantemente peligrosos equilibrios para no perder el balance necesario. Se da, en la vida doméstica, el mismo fenómeno que en nuestra hacienda pública, agobiada de empréstitos, de contribuciones y en crisis permanente. En un país monocultivado en que el exceso de población nos empuja a una brutal competencia humana que trae como secuela el abaratamiento del trabajo y el forzoso desempleo, ha de acompasarse el poder adquisitivo con la necesidad distributiva. Y como no es fácilmente posible equilibrar el *haber* con el *debe* y queremos y hasta necesitamos sostener nuestro prestigio social a base de aparente bienestar, bajamos sobre nuestra escena privada el telón de boca de nuestro crédito —arroz y tartana— hasta que al fin, llegado el fracaso, la quiebra o el incendio *casual* destruye el decorado de nuestra sofistería. Una excursión por el historial de las Compañías de Seguros y por los Registros de la Propiedad arrojará una gran dosis de ácido sobre el enchape de nuestras posiciones. Los catorce quilates que en ellos puso la retórica desaparecerán al menor frote de una investigación legal.

Y así vamos tirando. Nuestro retoricismo clama ya cuarentena. Esta galantería venal, que coquetea con la miseria de nuestra realidad ambiente, es sumamente peligrosa y triste, no obstante su fachada alegre.

Hay que dar de baja al patriotismo por *sport,* al menos a esa noción vulgar y campanuda que aquí se llama patriotismo. Hemos vivido con la mano abierta, pidiendo lo que es nuestro, y permitiendo que otros nos lean la buenaventura y nos auguren un brillante porvenir. Es hora de vivir con el puño cerrado, amenazando la palabra prostituida. Un buen tapaboca colectivo nos sacará a la patria de los labios y entonces puede ser que le busquemos asilo en nuestro corazón.

3.—Nos Coge el Holandés

Entre el mar Caribe y el océano Atlántico, Puerto Rico levanta su paralelogramo casi uniforme, rodeado por un roto collar de islotes pequeñitos, inhóspitos para la tertulia. Es la menor de las tres Antillas Mayores y el constante tutelaje de sus albaceas la ha mantenido muchos siglos en inviolable minoridad. Esta vieja niñez prolongada hasta el presente, regida por institutrices mandatarias, nos obliga a una reglamentación limitadora de la amistad antillana y por ende de la confraternidad hispanoamericana y universal. Nuestra minoría de edad nos separa del mundo.

La espléndida posición geográfica que en nuestros días es motivo de propaganda, ofreciéndose como punto de apoyo en el tráfico comercial aéreo entre Norte y Sur América, y como posible puente entre las dos culturas novomundanas, no recibió los favores que en otros tiempos dispensaron a Cuba y a Santo Domingo los gobiernos españoles por ser estas antillas hermanas más asequibles e importantes al desarrollo colonial. Nosotros quedamos al margen de las rutas europeas, empotrados en un aislamiento centenario que siempre entorpeció nuestras ansias de vinculación indoamericana. Apoyando a este forzoso confinamiento aparecieron cartas geográficas equivocadas e imprecisas, con errores de posición como las de Mercator 1625, las de Samson 1657 y 1697 y las de Juillet en 1703. Hacia el 1791 se publicó en Madrid por Tomás López un nuevo mapa que corregía plausiblemente las notables deficiencias de los anteriores y a su vez cometía otras. No obstante, éste fue el mejor de los publicados antes del siglo XIX. En ocasiones no constamos en los mapas: hemos vivido a merced de cartógrafos poco escrupulosos. Gajes de la pequeñez. ¿Os dais cuenta?

En el número de octubre, 1930, que el mensuario *Present-Day American Literature* dedica a Puerto Rico, hay un artículo en el que Harriet Wagner afirma con razón sobrada lo siguiente: *They* (se refiere a los niños de las escuelas) *have an unusual interest in far away places and like to go to the map.* Aparte del natural interés que en todo niño despiertan las tierras desconocidas hay en esta actitud infantil todo un melancólico proceso de apartamiento perpetuo que tiende a subsanarse con un interés inusitado en las clases de geografía. El mapa que estudiamos con solicitud y cariño es una secreta válvula de escape por la que sale inconscientemente nuestra presión emigratoria.

En los primeros treinta años de colonización se dictaron las primeras disposiciones drásticas que pusieron a raya el desplazamiento insular. México y el Perú, con sus riquezas fabulosas, incitaban a los viejos pobladores de la isla a emigraciones salvadoras que no pudieron realizar. "Fuéle preciso a Obando —afirma el historiador Brau— para evitar la despoblación, amenazar con pena de horca a cuantos intentasen ausentarse. Aun así, escapáronse algunos secretamente en un barquichuelo a la isla de Mona; hubo de correr tras ellos el enérgico gobernador, azotando a unos, y abriendo heridas en las plantas de los pies a otros para contenerlos".

Sujetados al peñón por los garfios de esas heridas, permanecimos paralíticos y endebles dentro de las fronteras insulares, hasta que en el siglo XIX fue un verdadero acontecimiento histórico ver salir unos jóvenes puertorriqueños con la ayuda del Padre Rufo y luego regresar de España, diplomados, ejerciendo en las escuelas del país hasta que un gobernador sin conciencia los despojó de sus cátedras arbitrariamente. Todavía hoy leemos con asombro el relato del puertorriqueño Alonso Ramírez que, para romper gloriosamente la regla del confinamiento, le dio la vuelta al mundo en el siglo XVII.

Las conquistas de México y del Perú imantaron el tráfico colonial, y Puerto Rico quedó rezagado del movimiento marítimo. El raquítico comercio exterior estaba circunscrito a los puertos de Cádiz o Sevilla y el de San Juan, y la comunicación se hacía tan de tarde en tarde, que era motivo de regocijo popular la presencia de barcos en el puerto. El 20 de mayo de 1662 aseguraba el Maestre de Campo D. Juan Pérez de Guzmán, que hacía once años no llegaba a Puerto Rico un barco mercante de España. En las *Misceláneas Puertorriqueñas*

de D. Pedro de Angelis, topamos con esta declaración desoladora: "En todo el año 1738 no llegó a la isla un solo buque de la península". Del segundo cuarto del siglo XIX afirma Alejandro Tapia en sus *Memorias*: "¡Qué novedad era la llegada de algún barquichuelo de San Thomas, cargado de mercancías! ¡Qué movimiento y animación!... La ciudad se reanimaba como si se tratara de fiestas reales o jubileo, siempre que acontecía una introducción semejante... San Thomas era en aquel tiempo nuestro Liverpool, nuestro París en esa materia". En el aislamiento impenetrable en que vivía nuestra colonia, ponía una nota pintoresca la visita de cualquier barco anunciada clamorosamente a campana herida, mientras el pueblo se aglomeraba en la bahía gritando entusiasmado: "¡Velas! ¡Velas!".

De esta afortunada visión capitaleña no participaban otros pueblos costeños, cerrados por disposición gubernativa a todo comercio exterior. Tardíamente fueron abriéndose nuevos puertos, con sanción oficial, y clandestinamente nuestra necesidad fue perforando todos los litorales a espaldas del Gobierno.

Vivíamos aislados, "no siendo de extrañar —según dice José G. del Valle— que los más importantes sucesos de los pueblos, supiéranse en San Juan un mes después de haber ocurrido; y que la llegada de un correo de la metrópoli o de algún buque extranjero con correspondencia, constituían acontecimientos extraordinarios que durante varios días eran la comidilla pública".

La falta de caminos llevaderos que comunicaran con San Juan, la facilidad con que podían canjearse productos en las costas no vigiladas, y la preferencia otorgada a las mercancías extranjeras por ser superiores y más baratas que las españolas, empujaron a la colonia a un activo contrabando que por mucho tiempo sirvió de estímulo a nuestra triste condición de empotrados. El trato ilícito, burlador de aranceles, era un gran ventanal abierto al progreso del mundo. Su gran utilidad quedó discretamente reconocida en la célebre *Memoria* de D. Alejandro O'Reilly, cuando en 1765 escribe lo siguiente: "En el día han adelantado alguna cosilla más —se refiere a los habitantes de Puerto Rico— con lo que les estimula la saca que hacen los extranjeros de sus frutos, y la emulación en que los van poniendo con los listados, bretañas, pañuelos, olanes, sombreros y otros varios géneros que introducen, de modo que este trato ilícito, que en las demás partes de

América es tan perjudicial a los intereses del Rey y del comercio de España, ha sido aquí útil". He aquí cómo nuestro aislamiento se vio forzado a iniciar relaciones de contrabando, a espaldas de San Juan, única entrada oficialmente abierta a la amistad del mundo.

Por ese único resquicio sancionado penetraron en el siglo último ramalazos de cultura y millares de emigrantes que aumentaron considerablemente nuestra población. En lugar oportuno recogimos ambos asuntos que, no obstante su valiosa aportación, no aminoran el encogimiento general del presente. Yo recuerdo mis años de muchachez, en un pueblo céntrico de la isla, en que venir a San Juan era un verdadero acontecimiento. En las múltiples visitas que a nuestros campos hiciera en 1927 el notable filólogo don Tomás Navarro Tomás tropezó con muchas almas que jamás habían salido de la región campesina en que aún viven. Por otra parte, se puede afirmar sin graves dudas que el mayor porciento de los puertorriqueños no conocen medianamente a Puerto Rico. Esta observación, que puede ser válida para otros pueblos de mayor geografía, adquiere fuerza singular dentro de nuestros pequeños límites geográficos, cruzados hoy por buenas carreteras. Cierto es también que con las modernas facilidades de comunicación, nuestra apatía por el viaje interior ha desaparecido un poco, pero nunca lo bastante para afirmar que nos conocemos plenamente. Y en lo que ataña al exterior todavía se puede decir que, con excepción de la ruta norteña, ignoramos otros caminos internacionales y permanecemos aislados del mundo con nuestras plantas enconadas por la sangría que sufrieron en el primer intento emigratorio. El problema adquiere sus cabales dimensiones cuando lo enfocamos desde el punto de vista de la cultura.

Ayer no más hablábamos de la escuela española; hoy de la escuela norteamericana: nuestra actitud ha sido la de un paciente. La escuela puertorriqueña ha quedado como un tema pendiente en la escala de las aspiraciones, sin poder saturar la atmósfera en que debe flotar el alma del pueblo. Y si éste es producto de aquélla, y aquélla debe ser producto de éste, ni la escuela ni el pueblo han podido fundarse y desarrollarse dentro de las necesarias circunstancias de amplia soberanía, que tiene como único imperativo a la voluntad popular. Obedientes —minoridad, aislamiento— a las órdenes continentales, superiores a nuestro deseo, no hemos podido cumplir en estas lejanías

con las invitaciones culturales que el mundo nos dirige. Sordos por obligación a estos reclamos, seguimos, en este municipio del Caribe, alimentando ideas de superación y de intercambio para cumplir la misión histórica que nosotros mismos seamos capaces de acometer, sin que nos la fijen voluntades extrañas.

Plurales son las teorías que conocemos sobre la misión especial de las islas. Desgarradas de los núcleos continentales, mares procelosos eternizan su divorcio. Doctrinas optimistas asignan a las islas ejecutorias superiores a las que históricamente cumplen, ancladas fatalmente en medios geográficos de variable estrategia política, económica y cultural. Desde la resonante *Atlántida*, de Platón, hasta las últimas elucubraciones contemporáneas, la literatura isleña ha barnizado con admirativas prosopopeyas la angustia trágica en que se desarrolla la vida insular.

El notable pensador granadino Angel Ganivet, al discernir a la europea sobre el espíritu territorial nos cortó un traje que nos queda demasiado ancho. De seguro que pensaba en Inglaterra cuando escribió lo siguiente, en su *Idearium*: "Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia; en los peninsulares, la independencia, y en los insulares, la agresión... El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento; podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencia; pero de hecho es independiente y sabe, además, que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía".

Políticamente, desde que aparecimos como tierra a los ojos descubridores del Almirante, nuestra isla ha sido una prolongación jurídica del continente. Y cuando al través del tiempo la trasplantación continental fue adquiriendo sus signos diferenciales y propios y la asimilación de diversas culturas y tipos raciales fue creando un elemento autóctono enraizado en el subsuelo de la ínsula, el nuevo tipo del boricua no va a mostrar el desplazamiento y la agresión como carácter específico sino más bien la resistencia y la concentración para presentar un frente defensivo. Y como nunca tuvimos participación directa en el establecimiento de relaciones internacionales, que al través del

comercio y la cultura hubieran ensanchado nuestra actitud mental, hemos permanecido apretados al centro sin poder desperezar nuestro encogimiento en la atmósfera de otros pueblos. Hasta muy entrado el siglo XIX la soledad isleña fue desesperante.

Hacia 1831, D. Pedro Tomás de Córdoba, en sus magníficas Memorias, afirma que "La multitud de corsarios que infestaban estos mares tenían *arruinada* totalmente la industria mercantil y apenas había adelanto en la agricultura... Existía una *estancación* en los negocios y una parálisis en el cuerpo político que *dificultaba* la marcha del Gobierno y producía la *consunción* a que fue la isla desde dicho período hasta 1824, de una manera rápida". Estancación, parálisis, dificultad, consunción: he aquí las consecuencias de nuestro trágico aislamiento "...la casi incomunicación en que vivía Puerto Rico respecto de las demás colonias españolas —dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo— bastan para explicar la ausencia de tradiciones literarias en la isla durante tres siglos".

Nuestra más firme defensa no está en el aislamiento, como afirma Ganivet. Abierta por sus cuatro costados a la codicia aventurera y conquistadora, nuestra isla fue fácil presa de piratas y expediciones internacionales, y tuvimos de defendernos solos, isla adentro, desde los mismos tiempos de la conquista, ya que el poder naval de España no dominaba estos mares y luego resultamos una posesión insignificante, comparada con los riquísimos imperios de los aztecas y de los incas. Propicia para ser invadida, jamás demostró la ínsula capacidad invasora. Aislamiento y pequeñez geográfica nos han condenado a vivir en sumisión perpetua, teniendo como única defensa no la agresión, sino la paciencia con que se han caracterizado nuestras muchas e inútiles protestas cívicas.

Y esta soledad, mordaza del derecho, que nos amputa de los fraternos núcleos intelectuales y nos desvía de las nuevas corrientes del pensamiento que agita la conciencia del mundo, constituye aún hoy, una de las señales más represivas de nuestra cultura y un factor explicativo de nuestra personalidad carbonizada. Vivimos oficialmente en perpetua comisión, respirando legislatura. Nacimos y crecimos en colonia y en colonia pensamos y actuamos esperando una patria por prescripción. Nuestra aguja vital ha oscilado siempre entre dos puntos extramurales: Madrid y Washington. A esa distancia nos han tomado

el pulso; de allá nos ha venido el recetario. Nuestra temperatura nacional ha estado condicionada por climas históricos que no son tropicales. Pendientes de esa función metropolítica nos hemos desentendido del mundo: el Real Decreto y las disposiciones del Congreso han sido el imán de nuestra atención. Todo lo demás nos parece superfluo.

Puerto Rico ha vivido ficticiamente una vida histórica, ajena a su naturaleza étnica, teniendo que reaccionar por acción refleja, en virtud de estímulos y acontecimientos que no nacieron en el fondo de nuestra conciencia colectiva. Una extraña legislación vigilante impone rumbos a su natural proceder cívico, y ante fronteras limitadoras de su espontaneidad, ha tenido que ir canalizando su naturaleza, de acuerdo con estilos ajenos a la misma —Cortes de Cádiz, Guerra Europea. La constante tutela disciplinaria ha condicionado nuestras características diferenciales (en cierta ocasión un gobernador nos prohibió llevar bigote) y hemos tenido que reconcentrar la visual en nuestra propia persona, abandonando por completo la contemplación de los pueblos que nos rodean. La historia de Puerto Rico ha tenido que desarrollarse en actitud defensiva, replegándose sobre sí misma, guardándose hacia adentro para evitar sorpresas estratégicas. Para defendernos de piratas amurallamos la ciudad capital, y aunque en 1897 se derribaron las paredes para facilitar el ensanche urbano, no hemos podido, sin embargo, destruir las murallas espirituales para facilitar el ensanche cultural. Todavía rige aquella frase explicativa que en el 1644 escribió Damián López de Haro, obispo de Puerto Rico: "aquí estamos tan sitiados de enemigos que no se atreven (los puertorriqueños) a salir a pescar en un barco, porque luego los coge el holandés". El pirata, que nos mantuvo a raya —hay que decirlo de una vez—, no siempre ha sido de nacionalidad holandesa. Lo cierto es que no hemos dicho nuestra palabra por temor a que nos coja el holandés.

El cinturón de mar que nos crea y nos oprime va cerrando cada vez más el espectáculo universal y opera en nosotros un angostamiento de la visión estimativa, en proporción al ensanche de nuestro interés municipal. Imantados hacia adentro, atropellados en una densidad de población de 485 habitantes por milla cuadrada, vivimos impasibles, fundidos en nuestra abulia, creyéndonos el centro del mundo, empotrados en este rincón de las Antillas, lejos de todo ritmo hispanoamericano. Regidos por un perpetuo compás de espera, permanecemos en actitud interrogante, sin encontrar la orientación definitiva sobre la cual plasmar nuestras aspiraciones. La última moda que aprovecha la posición geográfica y el injerto anglohispano es predicar nuestra misión de intérpretes de las dos culturas del nuevo mundo: labor de medianeros que nos coloca como árbitros diplomáticos —*amicus curiae*— en el acre debate intercontinental. La misión es altruista, siempre que no corramos el peligro de convertirnos en puente para que todo el mundo nos pase por encima. Teléfono, eslabón pasivo, laboratorio de experimentación, policías del tráfico panamericano: habrá que aceptarlo si no reaccionamos, pero a cambio de respetar nuestras propias inclinaciones, sin contrariar la libre y natural emergencia del boricuísmo, que a la larga será nuestra contribución autóctona a la cultura.

Pendiente de la sanción oficial no hemos auscultado nuestra vocación para averiguar el estilo de vida que nos conviene cultivar. La juventud es la llamada a esclarecer nuestros altos menesteres: descostrando la turbamulta de conceptos elementales, adheridos cómodamente a nuestra periferia colectiva, ha de buscar en los repliegues de nuestro vivir aquellos puntos concretos en que se apoya nuestra personalidad; y olvidando la serie alborotada de congojas públicas que conviven en todo pueblo en gestación, lanzar a voleo sobre nuestras murallas oficiales las larvas de nuestra esencia productora. Este desplazamiento tónico pondrá un rayo de luz sobre nuestro destino y reducirá esa hurañez ante inquietudes universales, que tan provechosas son para los logros de la cultura.

Capacidad comprensiva, dilatación, ensanche, urbanización mental que nos obligue a abandonar la cripta de nuestra postración político-económica. Un poco de ejercicio —aprendizaje del extrarradio— acabará con nuestra rigidez. Romper las murallas de este aislamiento, para mirar en torno, es el deber de la juventud puertorriqueña.

Para que el mundo nos conozca y nos potencie hay que dejar de ser Robinson Crusoe. Salgamos a pescar, aunque nos coja el holandés. ¡Puede que alguien regrese un día con las redes llenas!

V

LA LUZ DE LA ESPERANZA

1.—Afirmación Puertorriqueña

Desde la penumbra de nuestro temple actual, figuras de primer orden lanzan sus conclusiones pesimistas, después de hacer una melancólica indagación en la incertidumbre de los tiempos presentes. Rosendo Matienzo Cintrón, uno de los cerebros mejor organizados que hemos producido, escribía en 1903: "Hoy Puerto Rico sólo es una muchedumbre. Pero cuando la muchedumbre tenga un alma, entonces Puerto Rico será una patria".

Treinta años después, la situación no ha mejorado. Lo afirma Mariano Abril, historiador oficial de Puerto Rico: "Pero... ¿existe el alma?, ¿y puertorriqueña? Un cirujano no la encontraría con el escalpelo, un psicólogo dudaría. El país está desquiciado... se asemeja a aquel caballero de la muerte, pintado por el gran Durero, que ocultaba tras la armadura reluciente un esqueleto ruin". Nadie debe esperar que un cirujano, por experto que sea en despachar a sus víctimas, pueda encontrar sobre su mesa de operaciones el alma de un pueblo. Nosotros creemos, honradamente, que existe el alma puertorriqueña disgregada, dispersa, en potencia, luminosamente fragmentada, como un rompecabezas doloroso que no ha gozado nunca de su integralidad. La hemos empezado a crear en el último siglo de nuestra historia, pero azares del destino político nos impidieron prolongar hasta hoy el mismo derrotero.

Tres siglos de callada y lenta navegación no fueron suficientes para encontrar la ruta de El Dorado. En el siglo XIX empezamos a vislumbrar, entre la bruma, las costas de nuestra conciencia colectiva y cuando nos preparábamos para el grito jubiloso de ¡Patria a la vista!, una mano guerrera nos quebrantó el timón, quedando nuestra nave al garete.

No hay que pensar que estamos hechos. No ha transcurrido tiempo suficiente para crear nuestra personalidad definitiva. "Para crear en un pueblo como el francés —dice Gustavo Le Bon— la comunidad de pensamientos y sentimientos que forman su alma, se han necesitado más de diez siglos". ¿Cómo suponer que nosotros la hayamos creado en un solo siglo de historia, existiendo además el estupendo inconveniente de no ser dueños de nuestro destino? El alma y la patria, sin ingredientes provisionales, nos quedan por delante. He aquí una meta para la juventud auténtica.

Como ya hemos indicado, los primeros tres siglos de historia constituyen nuestro período de lactancia. Desde la falda de la nación descubridora hicimos al mundo las primeras gracias. Luego empezamos a gatear y a recibir golpes; al empezar el siglo XIX dimos, con marcada dificultad, los primeros pasos en el campo de la cultura.

Al perder la madre patria sus hijos americanos y al observar el carácter díscolo de nuestra hermana Cuba, para los españoles de allá nos convertimos, por nuestro buen comportamiento, en el *enfant gaté*, en el niño mimado de la ya escasa familia hispánica. Para los españoles de acá, recalcitrantes y tozudos, éramos desobedientes, malagradecidos y desleales, porque ya empezábamos a protestar del tratamiento injusto e inadecuado que recibíamos de nuestros padrastros, los gobernadores generales y de sus secuaces. A su actitud despótica debemos principalmente las más fuertes manifestaciones del sentimiento de la nacionalidad puertorriqueña. ¿Cómo se opera el cambio?

Indirectamente, tres acontecimientos históricos nos imponen la tarea de vigilar, en este siglo XIX, la infancia de nuestra expresión: la Revolución Francesa, la guerra de las trece colonias norteamericanas y la guerra de la independencia suramericana. Directamente, el triunfo del liberalismo en España nos pone en marcha.

Al gesto de D. Ramón Power hay que unir el de la masa anónima, que ya iniciaba protestas de solidaridad hispanoamericana. En 1810 llegó a la isla D. Antonio Ignacio Cortabarría, "asistido de atribuciones extraordinarias —dice Brau— para concertar con los venezolanos la terminación de la discordia. Consideró prudente este comisionado dirigir, desde Puerto Rico, las operaciones pacificadoras y aun creyó posible auxiliarlas con la milicia insular, pero hubo de rectificar esta creencia al hallar en la puerta de su casa un pasquín, en que se le decía: *Este pueblo, bastante dócil para obedecer a sus autoridades naturales, no sufrirá jamás que se saque de la isla un solo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños*". El hecho es significativo: en una lucha entre españoles y venezolanos, los puertorriqueños proclamaban su hermandad con los segundos. La historia posterior, tan abundante en levantamientos y sublevaciones militares, nos va a probar que el país no se considera ya, como en los tres primeros siglos, una estancada prolongación de España, sino más bien como parte de América. Empezamos a ser otra cosa.

Un sacerdote, un periodista y un educador sacuden nuestra pereza tres veces centenaria y abonan el descontento con nuevos beneficios. Nuestro Fray José Antonio de Bonilla, autoridad en derecho canónico y en teología, velando por los principios de la familia puertorriqueña, combate valientemente el cobro de dinero que entonces se hacía por las dispensas matrimoniales. "Apenas manifesté en Mayagüez, en el año 1814 —dice en su libro—, mi designio en *favor de mis compatriotas*, cuando cayeron sobre mí los insultos, la deshonra, la difamación y el oprobio, que son el sueldo y la paga que de contado reciben los ministros evangélicos que se oponen al torrente de las corruptelas contrarias al espíritu de la religión...". Por nuestra defensa sufrió encierro y fue deportado a Barcelona. Regresó en 1823, y al publicar sus *Apuntamientos críticos...* sobre el mismo asunto, volvió a ser perseguido y emigró a Santo Domingo, donde murió en la indigencia, después de haber servido a la iglesia por más de setenta años.

En esa época, 1822 y 1823, triunfó el liberalismo en España y vimos surgir en Puerto Rico nuevos periódicos que, no obstante su vida efímera, con gran cautela recogieron en sus columnas las ansias de un pueblo en formación. Al regresar el Padre Bonilla apareció en *El Eco* un artículo de bienvenida, que es al mismo tiempo un bello gesto de solidaridad naciente: "Sí, te felicitan, ilustre Bonilla, todos los *puertorriqueños dignos de este nombre*, y te desean tranquilidad, paz y sosiego en el seno de tu patria, de tus parientes y de tus compatriotas todos. Ellos te dan el cordial parabién por haber triunfado de tus *asesinos...*". El apóstrofe, aunque injusto, es sintomático y adquiere trágica significación con posterioridad al momento en que se usa.

El *Diario Económico,* de 1814 y *El Diario Liberal y de Variedades de Puerto Rico,* de 1822, amparaban en sus páginas tímidas protestas puertorriqueñas, que andando el tiempo se iban haciendo menos vedadas y más intencionadas. En el número del 28 de abril de 1822, del *Diario Liberal,* encontramos una carta autorizada por tres iniciales que empieza así: "Amados compatriotas Puertorriqueños: Con todos hablo, pues a todos nos alcanza y toca y por lo menos os pregunto ¿somos o no españoles, iguales en un todo a los de la península y amada patria a que pertenecemos? ¿Estamos o no regidos bajo unas mismas leyes y sistema constitucional?". Esta manera fina y medrosa de señalar la desigualdad existente no duró mucho tiempo.

Por esa misma época el primer periodista puertorriqueño D. José Andino de Amézquita dirige una *Carta a los Electores,* en la cual queda hecha la escisión entre españoles de allá y españoles de acá. Recomendaba Andino votar por los candidatos nacidos en Puerto Rico. El Teniente Coronel D. Pedro Vasallo protesta porque Andino "ha ultrajado a personas dignas de respeto y consideración... y propende a establecer una línea divisoria, no sólo entre españoles puertorriqueños y españoles de las demás provincias de la monarquía, sino también entre las diferentes clases de españoles puertorriqueños".

En *El Eco,* Diario Noticioso de Puerto Rico, número del 27 de marzo de 1823, aparece una valiente réplica de Andino, ratificando su recomendación anterior, y a pesar de sus setenta años lanzando un puñado de improperios violentos sobre la cabeza del Teniente Coronel. El nombre de D. José Andino de Amézquita inicia el sistema nervioso de nuestro periodismo, defensor, desde su nacimiento, de nuestra personalidad. Como Bonilla y como Power, Andino ya descubre la índole criolla; la isla va apareciendo poco a poco, trabajosamente, preparando los óleos que algún día puedan servir para el retrato.

Así sigue la lucha por nuestro derecho. En el 1832 abre sus puertas nuestro primer centro de instrucción secundaria: el Seminario Conciliar, que inicia sus funciones con un rector puertorriqueño: Fray Angel de la Concepción Vázquez. Pocos años después de su apertura, en carta al benemérito padre Rufo, asediado de contratiempos, Fray Angel lanza su frase desoladora: "no puedo menos de decirle lo que siempre he sentido; es decir, que la instrucción de la juventud en esta isla tiene una especie de maldición que por todos lados le presenta obstáculos formidables, que la confunden y destruyen...". Cuesta arriba luchaba nuestro pueblo contra la indiferencia oficial que intencionadamente, al parecer, descuidaba la instrucción. En los seis nutridos volúmenes que forman las *Memorias Geográficas, Históricas, Económicas y Estadísticas de la Isla de Puerto Rico,* publicadas en 1831-33, por don Pedro Tomás de Córdova, secretario del gobierno, no aparecen las relativas a la instrucción pública. Hubiera sido un milagro... y una falsedad.

Grabado en nuestra historia quedó el nombre del negro luminoso que se llamó Rafael Cordero, en torno a cuya mesa de artesano se agrupaban los niños de todas las clases sociales para recibir instrucción gratuita. Véase, en fin, el colmo de nuestras vicisitudes durante los primeros cincuenta años del siglo que nos ocupa, en la suerte que corre el proyecto de la patriótica Sociedad Económica de Amigos del País, que fomentaba la instrucción primaria y quiso fomentar también la superior. En 1844 abrió esta Sociedad una suscripción para fundar y sostener el Colegio Central, y en menos de un mes "logró —cito de J. J. Acosta— reunir suscripciones por valor de 30,000 pesos, que el patriotismo puertorriqueño consagraba de primera mano para la realización de tan beneficioso proyecto", que había tenido el endoso del Conde de Mirasol, gobernador y capitán general de la isla. Y sucedió lo que sucede aún: vino un cambio de gobierno, y el nuevo, Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, desaprobó el proyecto, mandando a devolver el dinero recogido. No hubo, pues, Colegio Central.

No obstante, el fracaso nos reportó beneficios. Para regentear las Cátedras de dicho Colegio, el siempre bien recordado Padre Rufo consiguió que se enviasen a España cuatro jóvenes puertorriqueños, a fin de que perfeccionasen sus estudios en sendas asignaturas. Dos de ellos, Román Baldorioty de Castro y José Julián Acosta fueron generosamente auxiliados por el Padre Rufo. Siete años después regresan a la isla los dos diplomados, para no encontrar ni colegio ni empleo a su talentosa aplicación. En cambio, ellos trajeron inquietudes y propósitos nuevos, que andando el tiempo iban a fortalecer nuestro ambiente.

Razón tenía Fray Angel, al escribir su frase sintomática. Creadas por la Junta de Fomento y Comercio las cátedras de agricultura, náutica y botánica, Baldorioty y Acosta vinieron a servirlas. Mas al

llegar a Puerto Rico un nuevo gobernador (Laureano Sanz) les formó un *Expediente Reservado* a ambos maestros y fueron destituidos de sus cátedras, perdiendo además los derechos personales, tan trabajosamente adquiridos. De esta manera querían exterminar las ideas reformistas de nuestra juventud.

El desarrollo de la instrucción en este siglo está viciado por el recelo y la desconfianza que con el fanatismo político y los personalismos fecundos impidieron, a espaldas de la ley, las medidas de concordia. El gobierno superior de Madrid aprobaba disposiciones para crear escuelas, institutos, granjas modelos, normales, que nunca se crearon. Aducían acá, la falta de recursos, al mismo tiempo que edificaban un palacio de 200,000 pesos para los jesuitas. Para ingresar en el Colegio de las Madres del Corazón de Jesús, subvencionado liberalmente por el gobierno, las alumnas tenían que estar provistas "de la Bula de la Santa Cruzada, y de uso de carnes, igualmente que de 200 pesos anuales". Las corporaciones religiosas, con el apoyo del gobierno y servidas en su casi totalidad por españoles de *allá,* eran las únicas responsables de la instrucción en grande.

En 1873 la Diputación Provincial, nombrada por el sufragio popular, creó el primer Instituto civil de Puerto Rico, ganando la mayoría de las cátedras en rigurosas oposiciones los hijos del país educados en España. Pero al volver por segunda vez el reaccionario general Sanz, como gobernador de Puerto Rico, suprimió dicha Diputación Provincial, electa por el pueblo, y nombró otra a su capricho. Suprimió también el Instituto Civil, disponiendo que los alumnos pasaran a terminar sus estudios en el Colegio de los padres jesuitas; dejó cesantes a nuestros maestros puertorriqueños, para llenar sus puestos con maestros peninsulares, y hasta prohibió la enseñanza privada sin previa autorización, para matar de hambre a los cesantes.

En el proceso doloroso de nuestro desarrollo el gobierno confundía la dignidad de un nuevo pueblo en gestación con el ingenuo antiespañolismo, fantasma con el cual amparaban y defendían sus desmanes ante el gobierno metropolítico. Digamos, en honor a la rectitud, que en esta época no existía en Puerto Rico un sentimiento hostil para España, aunque sí para su política colonial. Los enemigos de España los fue creando, poco a poco, el desprecio y la injusticia con que siempre o casi siempre nos medían sus gobernadores generales.

Perseguidos, atropellados, degradados y rotos, fuimos cada vez más divorciándonos de nuestros progenitores y procurando defender nuestros intereses vitales, que ya no eran los mismos de ellos.

Ningún tema social ha dado a nuestra bibliografía mayor cantidad de títulos que el de la esclavitud; ningún otro ha arrancado a nuestra conciencia colectiva mejores demostraciones de abnegación y confraternidad. La propaganda antiesclavista fue en su casi totalidad puertorriqueña. Los nombres de Emeterio Betances, Segundo Ruiz Belvis, José Julián Acosta, Francisco Mariano Quiñones, Julio Vizcarrondo, etc., etc., hubieran tenido paso franco en nuestra historia con sólo presentar el salvoconducto de la abolición. Había en la propaganda, que por largos años sacudió a la isla entera, el sentimiento de ver sufrir a nuestros hermanos de color la vergonzante humillación de ser tratados como perros.

Las sublevaciones de los esclavos de Toa Baja, Bayamón, Vega Baja, Guayama y Ponce, aunque castigadas muchas veces con la muerte, en virtud de las amplias facultades que otorgaba a los dueños el inhumano *Código Negro,* no levantaron tanto el ánimo puertorriqueño como la enérgica propaganda que en la isla y en España mantenían las sociedades abolicionistas. Desde que en el año 1837 el gobierno español prometió las leyes especiales, que nunca se promulgaron, para gobernar a las Antillas, los puertorriqueños incluyeron en primer término, en todas sus peticiones de reformas administrativas, la "abolición inmediata, radical y definitiva de la esclavitud", que al fin fue proclamada en 1873.

Como era natural, al margen de esta lucha por la libertad de los esclavos, fue creciendo el sentimiento reformista, que los conservadores vincularon intencionadamente con el separatismo. Se daba el caso de que los mismos defensores de la abolición eran los más ardorosos partidarios de la autonomía. El espíritu de estos hombres impregnó nuestro clima moral y formaron, poco a poco, la atmósfera ideológica que iba a respirar el pueblo hasta fines de siglo.

Creo que el primer puertorriqueño que habló valiente y claramente de separatismo fue un oscuro poeta, Daniel Rivera, autor del canto Agüeybana, el Bravo, publicado en un periódico de Ponce, en el 1854. El mero hecho de decir "Que parta a España el que nació en España" y de cerrar el poema expresando el deseo de ver "Libre esta

perla de la gente ibera", le ganó al autor una tenaz persecución que le obligó a fugarse del país, muriendo al fin en el destierro. El catalán Felipe Conde, editor de *El Ponceño,* fue multado con mil pesos; el juzgado de primera instancia remató la imprenta, que andando el tiempo sirvió a Luis Muñoz Rivera para iniciar la publicación de *La Democracia.* De esta manera se persiguió el primer grito de independencia que un poeta se atrevió a revivir en labios de un cacique indio, muerto haría más de trescientos años.

El nombre de este indio, el primero en sublevarse contra los conquistadores, se convirtió entonces en símbolo de redención, con un orgullo provocador nos proclamamos altivamente hijos de Agüeybana, el Bravo, y al par que guerra a los españoles se predicaban a grito herido sentimientos de solidaridad antillana. Hemos visto la proclama que en 1864 se hizo circular, a propósito del traslado a Santo Domingo del batallón de Milicias puertorriqueñas. El Manifiesto empieza así:

"Compañeros: ¿Hasta cuándo permitiremos que los déspotas de España se sigan aprovechando de nuestra inacción? Un Regimiento de Voluntarios de Puerto Rico ha sido llevado a la fuerza a asesinar a sus hermanos de Santo Domingo; varias han sido nuestras muestras de desafecto: varios de los nuestros se hallan dispersos por los montes y algunos se han ahorcado, antes que consentir en ir a matar y robar a nuestros hermanos". Recuérdese el pasquín a Cortabarría y se verá la trayectoria de este sentimiento. Los milicianos, que tantas veces ofrecieron sus vidas en defensa de Puerto Rico preferían huir y disponer de sus vidas, antes que ir a pelear con un pueblo a quien consideraban hermano.

"Y si nos llevan a la fuerza —dice la proclama— como ha sucedido con los otros, pasémonos al lado de nuestros hermanos de Santo Domingo, que nos recibirán con los brazos abiertos y nos colmarán de bendiciones, como lo han hecho con todos los voluntarios puertorriqueños que han tenido ocasión de abandonar el Ejército Español... Los jíbaros de Puerto Rico, hijos de Agüeybana, el Bravo, no han perdido aún la vergüenza y sabrán probar a sus verdugos, como lo están haciendo los valientes dominicanos, que si son fáciles de gobernar mientras creen que se les hace justicia, no sufren que se abuse de ellos impunemente".

Son estos los tiempos en que aparecen con más vigor las proclamas, los manifiestos, los pasquines, las advertencias anónimas, la propaganda, el ataque y la defensa subrepticia. En esta época abundaron las claves, las sociedades secretas, los vivas equívocos, los brindis con doble sentido, las metáforas indescifrables lanzadas a su trabajo en los bailes, bautizos, fiestas y cumpleaños, que constituían los únicos motivos para las reuniones públicas. Muy poco material de esta índole ha llegado a nosotros. La prensa, que constituye el mejor depósito de estas *traiciones,* ha desaparecido en su mayor parte, dejándonos huérfanos de información tan importante.

Es evidente la apatía que nuestro pueblo siente por su vida documental. A las periódicas fogatas de documentos públicos que hace el gobierno, se une la colaboración destructora de las tormentas, los misteriosos fuegos en los conatos de archivos, la ausencia de bibliotecas municipales y el despego oficial por estas valiosas fuentes históricas. De ser otro nuestro interés, podríamos descubrir con poco esfuerzo el decálogo de nuestra civilidad, redactado por nuestras mejores plumas en las columnas de la prensa doblemente desaparecida. Yo me atrevía a asegurar, sin temor a equivocarme, que la mejor parte de la producción intelectual nativa no está en los libros publicados, sino en las páginas de los diarios y las revistas. Es en nuestra prensa donde mejor quedó exprimido el jugo de la conciencia colectiva; a ella debemos también la formación de caracteres sin dobleces, que fueron las piedras básicas de nuestro siglo XIX. La literatura puertorriqueña carece generalmente de fondo patriótico: se inspiró en los problemas sociales humanos, de todas partes y con raras excepciones, tanto su técnica como sus temas son extranjeros. La prensa, en cambio, no rehuyó complicaciones y hermosamente recogió nuestras desgracias, que es como decir el alma de nuestra cultura.

La historia del periodismo, en esta época de su nacimiento y apogeo, es otra cadena de arbitrariedades y lucha desigual. Censura caprichosa, supresión de periódicos, denuncias y encarcelamientos al por mayor, persecución sistemática y abusiva fueron desgastando los nexos amistosos que nos unían a España y separando concretamente los intereses antes comunes.

Para pensar, sentir y actuar en criollo tuvimos que escondernos. Y a espaldas de la delación y la suspicacia, poblaron al país sociedades secretas, acunadoras de anhelos regionales. Cuando se escriba la

historia de la masonería en Puerto Rico, surgirán a la luz del patriotismo proyectos y resoluciones incubados en la sombra, con vistas al recetario cívico. De esta oquedad luminosa surgió la Revolución de Lares (1868) que, no obstante haber abortado por su falta de sincronización y por lo extemporáneo de su comienzo, dejó al cuidado de nuestro cariñoso recuerdo los nombres de unos héroes populares que tiñeron con su sangre un gesto que no pudo lograr su plenitud. Ese Grito, no obstante, fue una inyección de glóbulos rojos que fortaleció la circulación del civismo patrio.

Las consecuencias fueron fatales. El gobierno centuplicó el número de persecuciones; nos fue acorralando cada vez más con su ejército de suspicacias, fortalecidas por las delaciones y la calumnia; los puertorriqueños iban perdiendo sus miserables empleos y hasta el comercio y los negocios nativos sufrieron los perjuicios de una guerra civil sin sangre y sin cuartel. El país, que ya era pueblo, no se rindió fácilmente "y como único remedio, hijo de la desesperación —ha escrito D. José C. Barbosa— se organizó y surgió a la vida una vasta sociedad secreta para auxilio, protección, defensa y progreso del puertorriqueño, que se tituló oficialmente La Torre del Viejo, y el pueblo la confirmó con el nombre de Secos y Mojados. A esta sociedad podían pertenecer solamente los puertorriqueños".

La suerte estaba echada: a un lado los españoles, al otro, los puertorriqueños. En esta época adquiere un trágico sentido la frase de *españoles incondicionales* frente a la de *españoles con condiciones*. Con un interés primordialmente económico y social se organizó, para defender al elemento boricua, la mencionada sociedad secreta. Esta defensa de nuestro pueblo iba dirigida a auxiliar el comercio nativo, a proteger al hijo del país, educar a los niños, amparar las viudas, por medio de asociaciones benéficas, crear cooperativas boricuas, etc. "Todo asociado —dice el doctor José C. Barbosa, en su artículo— está obligado, bajo juramento, a no realizar transacción alguna en compra, venta o negocio cualquiera con una firma, tienda o corporación en que no se emplease a puertorriqueños, ni los aceptase como dependientes".

Al declarar este boicot, nuestra conciencia colectiva se ve obligada por las circunstancias a establecer nuevamente una clara diferencia entre los "hijos del país" y los "hijos ajenos".

Todo Puerto Rico se estremece con esta aspiración rehabilitadora: negros y blancos, ricos y pobres, campesinos y ciudadanos, obreros y profesionales, se unieron estrechamente a la sombra de esta nueva masonería, que dejó prontamente sentir su influencia en el rápido florecimiento del comercio, la industria y los negocios de los nativos.

La prosperidad no duró mucho. La Torre del Viejo fue perseguida. La delación dio oportunidad al gobierno para iniciar una época de terror, que se caracteriza por sus refinamientos inquisitoriales, bárbaros y bochornosos. Todo puertorriqueño que haya leído la historia de los famosos *Compontes*, iniciados en el 1887, sentirá con indignación hervir su sangre y crisparse sus nervios ante tan injustos e inhumanos atropellos. Jóvenes y ancianos tratados a culatazos por la guardia incivil, para arrancarles confesión de lo que muchos ignoraban; encarcelamiento de culpables e inocentes, tratados peor que criminales; bofetadas insolentes en rostros respetables; castigos dolorosos; latigazos, palos y puntapiés a los indefensos, amarrados codo con codo en el suelo y en el terreno de un sol canicular; amenazas de fusilamento; dolorosos cordeles y palillos que trituraban los dedos, dislocaban los brazos y rompían los huesos; ataduras a la cola de los caballos; retorcimientos testiculares, con angustias horribles, mutilaciones, en fin, que podrían perdonarse si no fuera por el gesto sañudo y la falta de justicia con que fueron causadas; todo esto amasado con sangre inocente, procaces insultos y desprecio iracundo, es lo que nuestra historia conoce con el dramático marbete de *Componte*.

A nombre de intentos criminales, de desacatos, de sediciones y reuniones secretas para conspirar, se llevó a cabo la persecución de los autonomistas, identificados por conveniencia con la sociedad de Secos y Mojados. No sólo sufrieron las iras de la guardia civil y de los tribunales militares humildes jornaleros y pobres campesinos, sino también las más destacadas figuras de nuestro civismo, entre las cuales hay que contar a una célula primaria de nuestra cultura, Román Baldorioty de Castro y al peninsular Laureano Cepeda, director de un valiente periódico de Ponce.

Aunque por ahí se opine lo contrario, tengo para mí que estos sucesos históricos fueron de mayor trascendencia para el país que la llamada revolución de Lares. La isla entera vibró unísonamente y muchos pueblos como Ponce, Juana Díaz, Mayagüez, Yauco y Guaya-

nilla acrecentaron el volumen de su historia mediante la firme austeridad con que se enfrentaron al pánico. Del primero de ellos salió un comisionado secreto que, venciendo todas las vacilaciones y todos los obstáculos, consiguió llegar a Madrid, donde le esperaban otros puertorriqueños, para plantear ante el gobierno el desgraciado caso de Puerto Rico. El resultado fue la fulminante destitución por cable, del gobernador general Romualdo Palacio. Este triunfo, tan bien ganado por nuestra conciencia colectiva, alimentó por muchos años el optimismo de los hombres que daban la flor de su energía para formarla.

Cierto es que nuestra vida corporativa se vio siempre agrietada por golpes oficiales: la misma mano que sacudió el Instituto Civil, que impidió abrir el Colegio Central y retrasó por un cuarto de siglo la fundación del Ateneo, mató también la esperanza de fundar una Universidad. Cierto es que en tiempos de Pezuela, cuando tres personas juntas protestaban de algo eran tachadas de sediciosas; cierto que los encarcelamientos sin causas, las garantías personales prohibidas, las órdenes arbitrarias, los vejámenes, los atropellos, las delaciones, nos ponían en desbandada, sin lograr por completo la creación de ese mito que se llama opinión pública. Pero también es cierto que cuando pudimos formar la hermandad puertorriqueña, nuestro individualismo atomizante impidió siempre la cohesión, disgregándonos en pequeños grupos, sin fuerzas y sin vértebras. Recuérdese el desenlace del partido autonomista, del Federal, de la Unión y la Alianza Puertorriqueña y entonemos honradamente el mea-culpa.

Pero las ansias de formar un pueblo digno y laborioso no pueden ser inútiles. En ellas echamos a rodar por la pendiente de la historia los más caros anhelos de ser antes que nada puertorriqueños. En el proceso de nuestra desgracia colectiva amasamos con dolor el proceso de la cultura patria. Al través de las zonas religiosas, educativas, políticas, económicas, artísticas y sociales fuimos filtrando los más dignos propósitos de nuestra afirmación. Y eso es lo que nos interesa por ahora. "La cultura —definición de Spengler— conjunto de la expresión del alma en gestos y obras . . . drama histórico, imagen en la imagen de la historia universal, conjunto de los grandes símbolos sentimentales e intelectuales, es el único idioma por medio del cual puede un alma decir lo que sufre".

Nuevos sufrimientos se acumulan sobre nuestro cuerpo social a partir de 1898. La polémica proximidad a los mismos nos inducen por el momento a eludirlos. Busquemos, ahora, las raíces del Ser puertorriqueño en la médula de nuestra expresión.

2.—He aquí las Raíces

En el raid anterior hemos visto panorámicamente algunos trozos del paisaje histórico de nuestra afirmación y en éste nos proponemos penetrar en los dominios secretos de la vida totalitaria. No basta haber observado la elaboración externa de los hechos; hay que ver por dentro el oculto espectáculo del alma colectiva. Bajemos de la copa a las raíces y observemos el proceso de ósmosis que da sentido y aclara nuestra personalidad.

El hombre, aquí formado, fue diferenciándose lentamente de sus originales ingredientes humanos. El criollo, fruto con sabor de la tierra, fue acusando poco a poco sus gustos y preferencias, hasta lograr maneras que los mismos españoles almagraban como autónomas. No es conveniente ni necesario empezar a señalarlas en los mejores flancos de nuestra expresión, ya que podemos sorprender su tráfico hasta en las manifestaciones elementales de la vida común.

Reflexionando sobre el desbordado entusiasmo que nuestro pueblo ha sentido siempre por el deporte hípico, me he preguntado muchas veces si esa afición centenaria no es acaso una de las señales expresivas de nuestra psicología. Más que la tendencia al juego de azar, a la nerviosa emoción del envite y a la esperanza de resolver nuestro problema personal en un domingo, hay en el fondo de ese deporte un elemento histórico que sirve para aclarar nuestro gesto. El jíbaro —raíz central de nuestra cultura— parece un hombre cosido a su caballo, testigo siempre mudo de sus faenas, de sus fiestas y de sus raptos.

Al repasar las escasas colecciones de periódicos que vieron luz en el pasado siglo, suele uno tropezar muy a menudo con anuncios describiendo algún caballo desaparecido. Estas notas extensas no omiten

ningún detalle y algunas parecen tiernas lamentaciones por la pérdida de un familiar amado. En todas las ferias y exposiciones celebradas en Puerto Rico los caballos no faltaron nunca, por ser atracción principal de las mismas. Constituían indefectiblemente los ejemplares más importantes de las secciones de zootecnia. Hubo exposición, como la muy nombrada de Ponce (1882), en que de 51 animales presentados, 46 eran caballos. Les premiaban las formas, la alzada, el paso fino, el de viaje, la andadura del país, el trote y sobretrote, el escape... Premiaban también arneses, aparejos, sillas de montar. En la Exposición Feria de 1855 se ofrecía como premio "un caballo de las mejores razas de Europa o de Africa para el poseedor del mejor potrero".

El ganado vacuno y caballar fue durante mucho tiempo una de las más florecientes industrias de Puerto Rico. Una triple dedicación le aseguraba el éxito: la fuerza, la comodidad y el lujo. "Desde fecha que se oculta en las oscuras brumas de remotos tiempos —escribe José G. del Valle, en 1896— en Puerto Rico se celebraban carreras de caballos, por las que los habitantes de la Isla tenían mucho entusiasmo y en las que mostraban gran destreza". Y ese entusiasmo llevó a los puertorriqueños a bautizar con el nombre de *cabayo* un género de coplas y hasta un baile, que logró gran popularidad en cierta época. En nuestros días, para ponderar los méritos de una persona, se dice de ella que es "mucho potro".

En el año 1849, al gobernador D. Juan de la Pezuela se le ocurrió prohibir las carreras de San Pedro y San Juan y la contrariedad fue unánime. El pueblo protestó por todos los medios a su alcance y hasta en la Plaza de Armas de nuestra capital, apareció una botijuela, con un letrero por fuera que decía:

Ábranme que reviento
que viene Pezuela dentro.

Al abrirla se encontraron un pliego con unos enfurecidos versos que ponían nuevo al gobernador. No era para menos. El gobernante había amputado caprichosamente uno de los miembros más sensibles de nuestras costumbres insulares. La prohibición duró muy poco. ¿De dónde nos nace esa afición tan cara, que hasta cuaja en la copla popular, que dice:

Mi mujer y mi caballo
se me murieron a un tiempo:
¡qué mujer ni qué demonio:
mi caballo es lo que siento!

En el primer período de nuestra historia y en los comienzos del segundo, la población de Puerto Rico vivía dispersa en una extensión geográfica que se caracterizaba por los pantanos, los caños, los ríos, la falta de caminos y la separación de las viviendas. La necesidad de un simple medio de comunicación nos hizo recurrir al caballo, que llegamos a dominar con asombro de españoles y extranjeros. Y no sólo los hombres, sino hasta las mujeres se distinguían por su pericia en montar, "lo que ejecutan —según testimonio de Fray Iñigo, siglo XVIII—, con destreza y desembarazo extraordinario". Años más tarde, el viajero francés Pierre Ledru nos hará la misma afirmación: "Dudo que nuestras bellas de París puedan disputar con las amazonas de Puerto Rico el arte de manejar un caballo con tanta gracia como atrevimiento". El primer historiador que aparece en el siguiente siglo XIX, Pedro Tomás de Córdova, afirma también que "Las diversiones más favoritas de los vecinos son el baile, las corridas a caballo y el juego de gallos. Las señoras montan con mucha gracia y son unas excelentes jinetas".

En estos rasgos humildes del espíritu yo veo una manera particular y original de hacer un ejercicio, tan común a todos los pueblos; manera tan privativa y única que expresa claramente la afirmación de nuestra personalidad. Todos los pueblos del mundo montan a caballo, y, sin embargo, un puertorriqueño que lo hace a los ojos de europeos observadores, pone en el acto de montar y de conducir el animal tan peculiares modos de hacerlo, que logra descubrir finamente una manifestación iluminada del alma nacional. En esa acción pequeña e inconsciente va envuelto el ritmo y el impulso de nuestra conciencia. Y ese ritmo y ese impulso, que empieza a ser muy nuestro, se diferencia del ritmo y del impulso de la conciencia española, tan inalterable en otras ocasiones.

Las carreras de caballos, con las diversas suertes de lazos y sortijas, fueron número obligado en nuestras solemnidades y en nuestras fiestas populares. En ellas se distinguían los nativos con una gracia

inimitable y única: "No obstante la confusión y el tropel de la corrida —dice Iñigo Abbad— rara vez sucede desgracia alguna, y *si ocurre algún azar es a algún español,* que encontrándose con el pelotón de corredores al volver alguna esquina, no sabe evitar los encuentros con la destreza de los criollos". ¡La destreza de los criollos! Esa destreza, tan calladamente escondida en las páginas de la historia, afirma un principio de autonomía étnica que empieza a definirnos.

Cierto es que los nuevos medios de comunicación y de recreo van arrinconando cada vez más en nuestros días la antigua preocupación equina, que no por mermada deja de ser tan expresiva. Nuestro caballo ha degenerado mucho y casi se ha relegado a las centrales y a los hipódromos. A pesar de que estos últimos fomentan la crianza, se siguen *importando caballos del país.* ¿Serán las consideraciones que acabamos de hacer las responsables del desbordado entusiasmo que nuestro pueblo ha sentido siempre por el deporte hípico? Pero sigamos nuestra ruta ahora a pie, y más adelante busquemos nuestra imagen en el baile y en su música.

En el *Almanaque de las Damas,* 1887, otro escritor europeo, Manuel Fernández Juncos, se fija en el andar acompasado y muelle de los puertorriqueños, comparándolo finalmente con nuestros bailes regionales. "Tiene la misma elegancia —afirma él— la misma dulzura, la misma flexibilidad melindrosa y hasta cierta cadencia muda que hace recordar los sollozos musicales de *La Borinqueña* y los retozones giros de *Sí, José.* Una de nuestras coplas populares recoge el mismo pensamiento:

Es tu andar tan sandunguero
que cuando te veo pasar
se me figura que a veces
la calle quiere bailar.

Las culturas de los diversos pueblos del mundo han puesto en sus maneras de andar y de bailar el rico contenido de sus ritmos. En el baile, como en su arte y en su poesía, se entregan con elocuencia plena las notas distintivas del carácter colectivo. Aunque el baile sea universal —ha dicho Federico de Onís— cada pueblo baila a su manera y sus bailes constituyen una de las manifestaciones más características y más inimitables del alma nacional.

En un pueblo de extensión tan limitada como el nuestro, fuerza era aprender a bailar en una tabla. ¿Qué puertorriqueño no se excita al oír la música violenta de nuestro *seis chorreao*? El seis, la mariyandá, y luego la plena acompañada de otras formas antillanas exigieron la organización de una orquesta típica, en la que entran elementos de las tres razas principales que forman nuestro tronco: la india ofrece el carracho o güiro y las maracas; la africana transforma el tambor indígena y ofrece la bomba y el bongó; la española nos da, sin alteración alguna, su guitarra, y nosotros le transformamos en vihuela, para hacer nuestro triple, y también la bordonúa y el cuatro, que nacieron en nuestro suelo. Con estos instrumentos de fabricación criolla (exceptuando la guitarra), creamos nuestra nerviosa *música brava*. Pero nuestro clima no soporta tan reiterada agitación y nuestra idiosincrasia, importando y asimilando cadencias de otras tierras, buscó formas de expresión más íntimas y sosegadas y entonces surge la danza. Así se completa el anverso y reverso de la medalla; la música brava es la alegría, el ímpetu, el aturdimiento; la danza es la tristeza, la meditación, el sosiego. La danza es, a nuestro carácter, lo que el fox-trot es al de los norteamericanos. Pueblo deportivo, motriz y fuerte, necesitaba un ejercicio coreográfico en consonancia con su constitución atlética, su capacidad gimnástica y su higiénico alpinismo. Puerto Rico, en cambio, país tropical y anémico, buscó acomodo a su expresión en una fórmula bailable lenta y recatada, con principios que llamamos *paseos* y con cadencias que permiten el diálogo cordial. Nuestra danza, a diferencia del fox, invita al regodeo y a la conversación. Sus reposados movimientos, con espaciosos intermedios que son descansaderos, responden holgadamente a los imperativos del clima. Ella sirve de tregua a nuestra música brava.

Igual que otros elementos que contribuyen a nuestra diferenciación, los de la danza —ya lo hemos dicho— no son puramente autóctonos. De otras zonas vinieron a someterse a nuestro gusto y tras un proceso de espiritual metabolismo surgieron transformados y adecuados a nuestro ritmo interior. En ella volcamos valiosos ingredientes de nuestra personalidad, y hemos producido una de las figuras más auténticas, por expresiva y aclaratoria, de nuestra cultura: Juan Morel Campos. Su genio, rico de contenido boricua, no ha tenido iguales en la historia de nuestra música. Tavárez y Quintón, con ser tan exquisitos, le quedan a la zaga. Morel Campos une a su fecundidad el sentimiento colectivo de todo un pueblo. Sus danzas, tan personales y autobiográficas, pueden muy bien sintetizar el diálogo apenado de nuestra historia patria. *Sopapos, No me toques, Ten piedad, Vano empeño, Mis penas, Tormento,* son frases de nuestro drama común. Las tituladas *Un diálogo* y *Conversación* definen a la danza.

La música y la poesía recogen admirablemente las palpitaciones más recónditas del corazón de un pueblo. Ni en Europa ni en América he oído una interpretación de un fox-trot tan justa y cabal como la hace cualquier mediano músico norteamericano. Un tango argentino, un danzón cubano, un bambuco de Colombia o un joropo de Venezuela, para que la interpretación responda íntegramente a la creación necesitan que el intérprete esté completamente saturado del espíritu territorial de donde proceden esas piezas. Con la danza, la dificultad sube de punto. Póngase al mejor músico extranjero a tocar una danza y acto seguido se verá su fracaso. Como en el cante jondo español, hay cosas que deben tocarse, aunque no estén en el papel; peculiaridades no escritas, indefinibles, huideras, insobornables, que sólo se entregan al nativo.

Se ha dicho muchas veces que nuestra danza es un disparate musical. Más que enojarnos, eso debe poner en guardia a nuestro júbilo. Yo encuentro en ese "disparate" la más visible afirmación de lo que somos. En ese ritmo de tres notas contra dos, en ese tresillo elástico acentuado con equidad y que matemáticamente equivale a las otras dos notas, está encerrado un singular aspecto de nuestra conciencia.

La danza, igual que nuestro paisaje, es de condición femenina, blanda y romántica. Por su igualdad de ritmos, sin registros completos, repetidos hasta cansar; por su melosa tonada, por la pobreza de su acompañamiento, y sobre todo, por la falta de un músico genial que sepa hacer de ella lo que Chopin con la música de Polonia y Albéniz, con la española, la danza no ha logrado alcanzar el aristarco plano del arte puro. Le faltan idealización artística, refinamiento y amplios registros para poder entrar en un concierto. Hasta en eso, la danza es un fiel reflejo de lo que somos y de cómo somos. Nuestra cultura no puede aún aspirar a un puesto cómodo en un concurso internacional.

El hecho de no haber terminado su desarrollo no es obstáculo para que la danza sea considerada como tabla de salvación isleña. Si procedemos a analizar su arquitectura veremos cómo, rehuyendo la forma binaria tan corriente y socorrida, se ampara mejor en cuatro partes y un prólogo que le sirve de introducción. De aquéllas, la más expresiva e importante es la tercera: corresponde al obligado de bombardino, clímax de toda danza; es la más íntima y nacional de las cuatro y no se entrega cobardemente al extranjero ni a los virtuosos del solfeo.

Como no hemos tenido historia en grande ni epopeya en chico, una danza hace las veces del himno que aún no hemos creado. Espíritus simples, aunque con sanas intenciones, distintas veces han convocado a concurso a nuestros músicos para escoger el himno que nos falta. Jamás selección alguna fue sancionada por el pueblo. Y es que un himno nacional nace bajo otros augurios, sin flor natural y sin jurado. El pueblo, con intuición mejor orientada, ha preferido otorgar sus sufragios a una danza bailable y descriptiva, de retórica burguesa. Sin ofender a nadie, *La Borinqueña* como himno es una hija natural de nuestro patriotismo; como danza es una hija legítima de nuestra cultura. Y esto basta por ahora.

Hay, pues, una manera puertorriqueña de actuar. Son los extranjeros, con mejores medios de comparación que los nativos, los que pueden notarla claramente. El venezolano R. M. Carabaño, escribe en un ensayo esta advertencia: "aunque el autor es extranjero, se ha esforzado en que ambas piezas (de teatro) tengan sabor y colorido netamente regionales, haciendo que sus personajes hablen y actúen como genuinos puertorriqueños". Ese extranjero ha observado que no solamente hay una manera de actuar, sino también de hablar, que es puertorriqueña.

En el montar, en el andar, en el bailar, en el actuar, en el hablar, vamos descubriendo modalidades únicas que nos definen. Siendo yo estudiante de la Universidad de Columbia, en Nueva York, conocí a muchos hispanoamericanos que solían notar en mí, sin esfuerzo alguno, características que nos son peculiares. Me solazaba yo escuchando el acento y los giros de un compañero colombiano, y no me daba cuenta de que a él le pasaba lo mismo oyéndome a mí. Me parecía que él cantaba con ese dejo musical que también y a su manera tienen los

mexicanos, los venezolanos, los argentinos... Un día, crecida la confianza entre nosotros, me sorprendió diciéndome:

—¡Qué gracioso hablas tú!

—Hombre, el que habla gracioso eres tú —le respondí en el acto. Y cuando me explicó en qué consistía "mi gracia", y remedaba mi acento e imitaba mi entonación, que él encontraba común a otros coterráneos míos, me di cuenta que también nosotros tenemos en el hablar un dejo privativo que nos es insobornable. Y es que cada pueblo lleva en su lengua el alma de su raza y el espíritu de su región. En el rico pentagrama de la lengua española Puerto Rico tiene también su nota.

No podemos caracterizar con exactitud nuestra entonación. Es fácil, sin embargo, observar que nuestro tono común es más agudo que el del castellano. Esta mayor frecuencia de tono hace que las inflexiones ascendentes no suban tanto como en España y que las oraciones interrogativas resulten poco diferenciadas de las meramente declarativas. ¿No sucede lo mismo con nuestra vida? La lectura escolar pone de manifiesto con su monotonía esta depreciación melódica. —Nuestras preguntas generalmente suben la entonación que al final dejamos caer en un tono de súplica, con posibles raíces en nuestra desventura.

El lenguaje es como un arca depositaria de la substantividad de un pueblo. Del continuo batirse a ritmo de los días van surgiendo con las necesidades espirituales vocablos, giros y sentencias contentivas de una heroica posición frente a la vida. Se pierden en el revuelo de los tiempos las voces circunstanciales que cumplieron su efímera misión en determinados momentos de la historia y asientan otros su permanencia henchida de sentido filosófico guardando, como cofres sagrados, el color, el tono y el carácter diferencial del pueblo que las creó. Nuestro pueblo no ha hecho una lengua, pero supo marcar el dorso de la lengua que heredó. Como todos los pueblos hispanoamericanos poseemos también un matiz que no procede de la importación sino que nació enraizado en nuestro suelo moral saturado espontáneamente de los rasgos típicos de nuestro carácter.

Ortográficamente no ofrecemos diferencia alguna, pero desde el punto de vista prosódico, la lengua española hablada en Puerto Rico aúna modalidades interesantes como las que distinguen entre sí a las regiones de España y América. Se observa entre nosotros el muy co-

rriente fenómeno del localismo fonético que, como en tantos pueblos, suele estar defendido por la alianza que suelen formar el regionalismo y el descuido. De más está advertir que la pronunciación correcta de lengua alguna no es enteramente uniforme en ningún país del mundo.

Aunque los mejores deseos del autor vayan dirigidos en favor de una pronunciación depurada que tienda a la mejor unificación de la lengua hablada, no puede dejar de señalar aquellos particularismos que circulan en nuestra ortología provinciana. Los más populares son el yeísmo y el sesco; la nasalidad excesiva de las vocales en contacto con consonantes como en *cantan, ñapa;* la aspiración de la *s final* de sílaba; la velarización de la *n final* de palabra; la aspiración de la *j;* la *rr* uvular, y entre los cultos un castizo aunque equivocado deseo de pronunciar algunas letras muertas como la *p* en *séptimo* y *septiembre;* la *b* en *obscuro, substituto;* de pronunciar la *cc* de *lección, acción,* etc., como *ks* en vez de *gs* que es lo correcto; la *m* final *de álbum, item,* que se debe pronunciar como *n.* Estas particularidades y defectos fonéticos, mecidos en nuestra "graciosa" entonación, nos caracterizan.

Mucho antes de que la mayor parte de las repúblicas suramericanas hemos logrado formar nuestro *Diccionario de Provincialismos,* que es un bello índice de la contribución puertorriqueña a la lengua española (A D. Augusto Malaret, autor de ese trabajo, también tenemos que agradecer el mejor *Diccionario de Americanismos* publicado hasta la fecha). Todo esto indica que hay una manera de hablar puertorriqueña, como también hay una manera de concebir que es puertorriqueña.

Existe entre nosotros una honda preocupación por ser correctos y da lástima oír a los anunciadores de radio que en su afán de pronunciar la *c* y la *z,* las colocan hasta en las palabras que llevan *s.* La gente simple suele sonreír creyendo vulgares, plebeyas o equivocadas numerosas palabras obsoletas que corrientemente usan nuestros jíbaros. Las voces *truje, jablar, lamber, mesmo, dende, dotor* y tantas otras que usaron los más sobresalientes clásicos del Siglo de Oro, son palabras perfectas, de pura cepa española, que se paralizaron desde el siglo XVI en la boca de nuestros campesinos, ofreciendo a nuestro interés contemporáneo un precioso fenómeno de estancamiento. El hecho, corriente en algunos países de América, no autoriza a nadie, sin embargo, para hablar de la perfección del habla jíbara. Junto a estas viejas palabras

de rancia estirpe, el campesino creó otras como *atrecho, avancino, cumblera, cucubano, ñangotarse, pollona, malojillo,* etc., etc., que cuentan con una circulación centenaria.

Si a esta pugna de casticismos y provincialismos, de arcaísmos y neologismos sumamos nuestra actual condición de bilingües —que obliga a una máxima atención lingüística— se comprenderá nuestra preocupación por las formas ultracorrectas del lenguaje, que según el notable filólogo Navarro Tomás, es una actitud defensiva por no dejarnos sorprender en descuidos. En la lengua escrita y sobre todo en la oratoria se nota una servil propensión al adorno plateresco y pomposo según hemos expuesto al hablar del retoricismo. En ese capítulo también señalamos las causas del merodeo expresivo, exuberantemente gelatinoso.

Una puerta abierta a nuestras ansias de libertad es la metáfora. El lenguaje de nuestro estudiante, de nuestro campesino y de la masa del pueblo es una maravillosa sucesión de metáforas. Los oficios, la gallería, el hipódromo, la política, son hornos de permanentes hornadas metafóricas. Y así tiene que ser en un pueblo cuya metáfora por excelencia es su propia vida; más que vivirla a pecho descubierto, la sugerimos, la bordeamos atentos a la voz del extrarradio y a nuestra fantasía. Sabemos adoptar y acomodarnos a las circunstancias. La pericia en el rodeo ha contribuido grandemente a nuestra capacidad de asimilación.

Un clavo saca otro clavo, nos dijo un día el optimismo hispánico. Pero nuestras entrañas, violentadas por fenómenos físicos y humanos, manando desazones y escepticismos, destilaron el sentido insistente de la máxima y la volvieron a poner en circulación con treno puertorriqueño: *Un clavo saca a otro clavo, si no se quedan los dos.* Este quedarse los dos es una declaración de nuestra desconfianza formulada corrientemente en el popularísimo *nju.* Recursos impronunciables nos han servido también para traducir netamente emociones boricuas.

El tema podría alcanzar dimensiones desproporcionadas en el conjunto de estos ensayos y en atención a la brevedad de los otros tenemos que abandonarlo por ahora. Súmese a la develación de símbolos que acabamos de hacer las maneras aclaratorias que ambulan por los capítulos anteriores y se tendrá con más o menos exactitud un con-

junto provisional de ademanes que operan convulsos en el fondo de nuestra conciencia colectiva.

Al analizar en nuestros días el estado de las hormonas aquí descubiertas, se nota sin esfuerzo que algunas han perdido su vieja carga de energías y otras se encuentran en estado de perturbación. Unas han desaparecido casi por completo, como las fiestas populares y religiosas; otras, como las carreras de caballos, se han limitado, comercializándose. Las hay que luchan desventajosamente por conservar el espacio que les corresponde en nuestro afecto: las costumbres patriarcales, las fiestas de navidad... A la larga, todas comparten su antigua soledad ofreciendo a nuestra meditación el espectáculo de las dicotomías en disputa: catolicismo y protestantismo, la danza y el fox-trot, el inglés y el español, los tres reyes y Santa Claus, la parranda y el "party", en suma: Europa y Norte América.

El proceso de oxidación es evidente y en ciertos casos necesario y útil. Mientras dure esta transubstanciación de lo que somos es aventurado señalar modalidades definitivas en nuestra personalidad transeúnte. Para definirla —cuando cese la indecisión de estos años— el futuro tendrá que tener en cuenta el resultado de la promiscuidad actual.

Un pueblo como el nuestro, que empezó a delinear su propio ademán dentro de la cultura hispánica, no puede considerarse rendido ni agotado. Hay que tener fe en esas latencias. Tenemos una manera inconfundible de ser puertorriqueños; pero esa manera, que no pudo gozar la plenitud de su desarrollo, se encuentra hoy averiada por la transformación a que la somete el proceso químico de una nueva cultura.

Arranquemos las raíces ya secas y afiancemos las que tienen estirpe. ¿A qué viajar desnudos cuando se tiene indumentaria en el equipaje? Aun tirando la que pasó de moda siempre nos quedará la suficiente. En esta hora de dudas transitorias hay que bucear los vínculos en nuestro ensimismamiento. Ni responsos, ni gloria in excelsis. Cuanto más, un poco de seriedad meditativa para aumentar la luz de nuestra estrella.

3.—Juventud, divino tesoro

Ha llegado el momento de abandonar al lector, para que siga solo en esta peregrinación hacia la patria. Hemos llegado a la última esquina de este libro y la despedida es forzosa. El lector habrá podido ver, al través de la ruta, que a izquierda y a derecha cruzan algunas calles que hemos debido transitar; habrá reconocido además, en nuestro itinerario, parajes que él había recorrido antes, solo o acompañado, y hasta juzgará que algunos lugares comunes se debieron eludir. Este ensayo —ni caricia, ni indiferencia, ni agravio— no ha de entenderse como un dogma sino como una controversia. Escrito con lealtad a los hechos, sin atenuaciones, pero también sin desafección, incita a la juventud puertorriqueña a rehacer de nuevo con otros ingredientes el t ma aquí propuesto.

Yo invito a los capaces a formar el catálogo de nuestras maneras puertorriqueñas, a buscar las huellas digitales del alma colectiva, para hacerlas más claras y perfectas. El paso previo es dar audiencia a nuestros pecados y defectos y preparar el curso de las obligaciones al través de firmes propósitos de enmienda. Para ello hay que estrangular la tentación personal que convierte a la patria en hostería y empujar hacia el frente un escuadrón de honradas convicciones, a prueba de ofrecimientos tortuosos.

En esa promoción renovadora ponga la fe completa y la esperanza intacta. En los últimos ocho o diez años un despertamiento juvenil es responsable de actitudes aún esporádicas que auguran una nueva floración de la conciencia. Esta flor de futuro anuncia ya revelaciones germinales que los hombres de mi generación debemos alentar. Evidentemente, el problema de nuestra juventud actual, de la que me quedo a retaguardia, es digno de sondeo. Pero miremos antes el de la

mía, el de esta juventud aún atontada ante el vocerío de dos costas opuestas.

Por un desfiladero formado por decepciones y albricias ha caminado hasta la fecha la juventud de nuestro tiempo. De un modo, la cultura española hablando al sentimiento y de otro la norteamericana dirigiéndose al pensamiento, nos obligan a volver la cabeza de un lado para otro y escuchar perplejos las solicitaciones que a un mismo tiempo se nos hacen. Nuestra generación, cogida entre dos fuegos, se ha venido alimentando pasivamente de recuerdos y promesas, de nostalgias y presentimientos, de logros y esperanzas, sin poder despejar la incógnita de su presente.

Somos una generación fronteriza, batida entre un final y un comienzo, sin saber a dónde dirigir las requisiciones necesarias para habilitar nuestra responsabilidad. Al empezar el siglo xx, huérfanos ya de la madre histórica, quedamos al cuidado de un padrastro rico y emprendedor. Un torbellino de orientaciones nos ha mantenido indecisos en la alta mar de la desconfianza, pendientes de oir a cada rato un *sálvese el que pueda.*

No obstante haber quedado desemplazadas las viejas matrices culturales por el sacudimiento de la guerra hispano-americana, nuestro pueblo adelantó al problema del tiempo una serie de signos ya propios como crédito de refacción espiritual. Somos propietarios de un buen número de sacrificios que debieran formar en la época actual las piedras angulares de nuestra intimidad. Pero la actitud polémica del presente nos oculta las señales de ayer y de hoy que nuestro interés debiera relacionar.

Hay quien quisiera hacer polvo del pasado; hay quien pretende cargarlo intacto, como una roca insustituible, sin tener en cuenta su parte envejecida y ya superada. Atentos a la dimensión española y a la norteamericana hemos olvidado buscar la tercera dimensión que es la nuestra, la puertorriqueña, la única que obliga a una ordenación y selección de los elementos de ayer y de hoy que nos convenga guardar para mañana. Al manipular ambas culturas, no podemos ni debemos vivir de espaldas a las derivaciones naturalizadas que forman el bosquejo de nuestra personalidad. "La historia —ha dicho Spengler— es el acontecimiento actual disparado hacia el futuro y con la vista vuelta al pasado". Hay, pues, que conjugar sin servilismo la evocación

con el quehacer diario, para dar un sentido netamente puertorriqueño al porvenir. Echad todo el cuidado a la vanguardia, porque vivimos en la época de lo imprevisto, sin atender al vivero de nuestras conveniencias fundamentales.

Volver atrás es inútil. La movilidad del espíritu no admite regresiones y a cada momento se sacude de las cenizas del pasado, sin apagar por esto las brasas encendidas, a cuyo rescoldo se empiezan a dorar los panes del presente. No hay que oponer pretensiones lisiadas a las transformaciones necesarias, pues cada época desplaza sus propios problemas y hace a la cultura las preguntas que sólo con nuevas creaciones puede contestar. Aparte del régimen, las épocas que hoy se pelean, son radical y necesariamente distintas. No podemos substraernos a los cambios universales que ponen puntualmente su mano a nuestra espalda.

Mas si volver atrás es imposible, es de todo punto baldío ir hacia el porvenir renegando de nuestra herencia y lo que es peor, desconociendo el arrastre histórico en cuyo cauce han desembocado los mejores tributarios de nuestro pueblo. Antes de fijarnos tarea de futuro, nuestro presente debe indagar en el pasado la capacidad con que podemos contar para realizarla. La juventud de hoy parece una generación de inválidos, porque se mueve dentro de una laxitud de operaciones sin poder tomar el peso exacto de esta realidad.

Y ante un pesimismo que tiene sus raíces en pasadas decepciones o en los fracasos de hoy, y un optimismo que las tiene en ventajas pretéritas o en complacencias actuales; ante un rencor que provoca resentimientos forasteros y una alegría que acata y se conforma, la juventud actual no da con el camino más corto para redescubrir a Puerto Rico. Delega demasiado y hay responsabilidades que no se pueden delegar. Así se ha ido dañando con el fermento acre de las dos soberanías que la emparedan, sin ocuparse de henchir con rasgos propios el contenido de nuestra personalidad.

Si en esta época no podemos decir todavía que nuestra herencia hispánica se encuentra en quiebra, por lo menos podemos afirmar que en algunos negocios espirituales se ha declarado en suspensión de pagos. Mírese desde el ángulo del decoro público y se verá que el panorama moral se ha encogido, haciendo borrosos los inefables derroteros del alma. Los hombres del 98 puertorriqueños pasaron aturdidos de una

dominación a otra y descuidaron entonces el balance que era indispensable antes de hacer un nuevo presupuesto de ilusiones. Así surgió una juventud mal dotada, que ha tenido que barajar desordenadamente renuncias e hipótesis, alejamientos y acercamientos, logros y anhelos.

Los hombres de mi generación hemos buscado inútilmente un hombre superior a nuestras luchas intestinas, a cuya sombra acogedora y pura pudiéramos oír con claridad la voz de nuestro mito. A cada rato, en que la avaricia política nos pelotea sin videncia, esta generación en tela de juicio vuelve los ojos hacia el vacío que han debido llenar los equivalente de Hostos, de Giner, de Rodó, de Varona, forjadores de pueblos y de conciencias. ¿A qué confesor de almas jóvenes hemos podido plantear las crisis de la mocedad, los problemas atribulados de cada joven, de cada grupo, en los momentos decisivos en que era necesaria la intervención de un consejero comprensivo, iluminado y leal, con luz propia e inspiradora? ¿A quién recurrir para ceñirnos todos a su ejemplo, cuando nos aprietan las ansias de interpretar la vida, de ahondar en los aspectos suntuarios de la existencia, tan ineludibles cuando se quiere responder con nobleza a las preguntas de cada momento histórico? ¿Dónde encontrar la mano fervorosa, que impulse a tiempo y a tiempo frene los ímpetus de la mocedad, tan necesitados de la gracia evangélica de un maestro?

¡Un maestro! En la vida pública hemos tenido varias aproximaciones inutilizadas para el servicio unánime por una y otra bandería aisladora; junto a estas gloriosas colindancias hemos improvizado también un grupo de conductores secundarios; no creo que nadie vaya a confundir a los directores del pueblo con los empresarios de la opinión pública. En último lugar quedan los arrivistas tribunicios, la plaga de langosta del presupuesto, sin contenido cultural ni de cosa que lo parezca. Todos quieren servir, pero en realidad muy pocos sirven.

Para imponer a nuestro pueblo joven mayores contribuciones espirituales es fuerza hacer primero una nueva tasación de hombres. Hay que rescatar del arroyo donde viven desprestigiadas las nociones de la dignidad y el decoro para restituirles su prístino sentido. Tenemos que desamparar esa cosa espuria que han dado en llamar patriotismo y que anda de mano en mano como manfla de alquiler. Es ya

urgente romper las hostilidades con los hombres osados que depravan las pasiones y prostituyen con sus ejemplos a la juventud.

Yo no puedo explicarme el desprecio que siente la sociedad por una mujer pública y al contrario la estimación que siente por ciertos hombres públicos. Si en nombre de la moral ultrajada se condena a las llamadas mujeres de la vida, no hay motivo para no condenar también a los hombres de la vida. La prostitución que tanto avergüenza a la sociedad, no es asunto privativo de un sexo. Y en nuestro país la moral es muy elástica cuando se trata de encubrir la podredumbre de quienes debieran ser los mejores celadores de la ética.

Esto no tiene nombre —se oye decir por todas partes. Nombre tiene; lo que no tiene es apellido. Y en esta transición histórica en que nos ha tocado arrastrar una juventud de segunda mano, formando coros cuando no escalones para que otros suban, no hemos podido darnos cuenta de que formamos recua, de que somos comparsa rebañega sin voz, ni voto, ni decencia. No hay que ser monaguillo de clase alguna: mientras no abandonemos el incensario no podremos ocupar nuestras manos en más nobles menesteres.

Esta juventud domesticada no debe permitir que las circunstancias de cada instante le domen sus arrestos más finos. Bueno es tener la parquedad del burro, pero no la docilidad de ser montado. Obrar en función de muchachos serviles es dejar vacío a nuestro frente el espacio donde con ansiedad espera el hombre; y para llegar a serlo plenamente hay que amontonar con trabajado empeño merecimientos en la víspera.

La mayor desgracia de nuestra juventud es creerse que sólo es eso y nada más que eso. La juventud no es una profesión, ni siquiera un título si sólo se alcanza con amagos; y no puede ser promesa o esperanza en tanto su almario esté vacío de revelaciones orientadoras, de esfuerzos disciplinados y de una carga de energías capaces, puestas al servicio de la sensatez. No debe ufanarse en ser flor mientras no tenga quehaceres suficientes que le sazonen la certidumbre de ser fruto. Hay que justificar ese envanecimiento mozo apoyándolo en un esfuerzo prolongado hacia la obligación cumplida. La promesa saldada es una de las más bellas formas de estar con el deber al día. La nueva generación no podrá hacer valer la autoridad —que hoy no tiene— en tanto

no abandone sus menudencias subalternas y se ponga a estrenar las aptitudes cultivadas que logre hacer fluir de la vida interior.

La holgazanería intelectiva de las nuevas generaciones ayuda a fomentar el derrotismo que nace de un sentimiento pernicioso: nuestro complejo de inferioridad. El puertorriqueño no busca un equilibrio a sus facultades y suele caer en los opuestos polos de una autodefinición: o se cree centro del universo o se considera inferior al mono. Si lo primero, se mueve entre jactancias y pedanterías simulando por todos los medios a su alcance la autoridad de que carece. Si lo segundo, se achata y se atomiza de tal manera que hasta su propia esencia le es ajena llegando a pensar que su infelicidad es vitalicia.

Toca a la juventud jubilar ambas maneras hostiles a nuestra realidad y llenar con justeza el hueco de oscilación entre las dos tendencias. Para dar con la exactitud salvadora, en vez de indulgentes, es preferible ser severos. La indulgencia no logra nunca meter paz entre la pretensión desmedida de los mediocres y el rigor ejemplar de los que por su saber enciclopédico y comprensivo pueden gastarse el lujo de ser exigentes.

El complejo de inferioridad que hoy nos agobia proviene de las limitaciones geográficas, históricas y políticas, propicias en todo caso para fundir el vituperio con el apocamiento. Ni que mentar hay el menosprecio que por su cuenta pone en circulación esa tupida cantidad de afeminados, insufribles hasta la vulgaridad. Cuando se tiene un corazón estrecho y una cabeza de alfiler las cosas se sienten y se piensan estrechamente.

La nueva generación de medianeros debe darse cuenta del medio patológico a cuya sombra se va haciendo. Este es un país de malhumorados y no de constructores. Todo el mundo opina, critica, destruye, y nadie se convence de su impericia por más que esté castrado de las más elementales virtudes. Todos creen tener razón, nadie quiere perder. Como ha sido constante la borrasca de las reservas mentales, de las intenciones ocultas, de los dobles propósitos y los escamoteos, cuando se presenta una voz nueva pidiendo la palabra, se le hiere con la pregunta desconfiada de *¿qué buscará este tipo?* Y la voz en vez de hacerse incontenible, se envaina en la garganta hasta que forma nudos y el reposo le enmohece las ocurrencias. El campo queda libre para las vicetiples y las comparsas.

Así continuarán las cosas mientras esta juventud de verano tenga su austeridad de vacaciones. Mantenga limpio su criterio y firme la resistencia y así tendrá que entrar a la vida pública por una puerta falsa. Esa vida azarosa reclama espíritus que luchen sin quebranto, con prolongada tenacidad, siempre de frente, sin dar un sospechoso perfil a la refriega ni mostrar la espalda en precaución cobarde.

Un acueducto de proyectos juveniles desemboca día a día en nuestra prensa: manifiestos, resoluciones, reglamentos, trayectorias, sociedades, grupos sietemesinos que mueren al nacer porque no pueden realizarse por sí solos, automáticamente, como por arte de milagro. Esta manía programática es un desgarrón en el flanco de los anhelos primerizos. El proyecto generalmente muere asesinado por la abulia, y el brío mozo se queda perdido en el ruedo del camino sin conseguir vadear el río.

Hay que aspirar con limpieza a la acción envolvente y contaminadora; tirotear el proyectismo y empujados por reacciones cimeras entrar a saco en la zona de cumplimientos con la esperanza de punta. El toque está en exigir de todos nosotros, de cada uno de nosotros, la aportación precisa para que cada finalidad se convierta en obra y cada esperanza en historia. De no cumplir fielmente sus compromisos, llegará un día en que las ideas abandonadas, las intenciones perdidas, los fetos que no pasaron de proyectos, se levanten como fantasmas a violentar nuestra madurez con acusaciones que estallen en remordimientos. Y entonces será tarde para empezar de nuevo.

La juventud letrada debe estirar sus manos fraternales hacia ese lote obrero y burocrático que necesita intercambiar sus angustias y ensanchar las zonas de su gremio. Hay que ser generosos y abrir la carpa del entusiasmo para que quepan todos. En tanto no puedan recogerse los alientos realengos, mientras las inquietudes dispersas no queden machihembradas en comprensiva fusión de anhelos, la juventud permanecerá con su misión inédita, dejando que los mayores hagan mal lo que sólo ella puede hacer bien: inyectar sanidad, sangre nueva, optimismo y alegría en el cuerpo desgastado de la sociedad.

Alegría, esto es, animación y ánimo. Del placer, del esparcimiento, del buen humor que es síntoma de salud, se surte en gran medida el vigor de los pueblos. Y en la noche triste de Puerto Rico es su juventud la llamada a encender las luces del entusiasmo. No hablo,

claro es, de esa alegría raquítica que empequeñece, sino de esa otra de aluvión que llega a nuestro pecho como si fuera un sacramento. Tiempo habrá de estar triste cuando se empiecen a pagar las contribuciones; mas ahora, hay que ser leales con los años ilusionados de la mocedad. El deporte debe captar el interés de todo joven que lo sea por completo. Pero que eso no sea todo: hay que aparejarlo con júbilo al *mens sana* para evitar que alguien nos reproche lo que la zorra al busto. Pues así como debe cuidar de su alegría, debe también cuidar de su seriedad, forma única de emplazarse ante la historia y de poder darse cuenta de sus propias desgarraduras.

Uno de los viveros que más debe preocupar a la juventud es el de la Universidad. En sus aulas se vacían anualmente los grupos más granados que salen de la Escuela Superior; llegan a su seno y hasta se gradúan al cabo de los años sin saber a ciencia cierta en qué consiste la diferencia fundamental entre una escuela y otra. Se conforman con pensar que la Universidad es un escalón más alto que la escuela secundaria, y lo que es peor: con emprender una carrera desenfrenada por las notas, especie de manía persecutoria, frenética y censurable.

El hecho más deprimente en la vida universitaria actual es la feroz preocupación que existe por esa baratija del abecedario. Hasta cierto punto el sistema, los profesores y el "Grade Index" colaboran para que los estudiantes conviertan el Santo Grial de la cultura en una letra.

Yo he discutido sin provecho con algunos compañeros de claustro esas maneras deficientes para medir el esfuerzo de cada estudiante y marcarle con una nota que a la larga no puede emanciparse de errores y caprichos; el examen no siempre es índice de preparación, muchísimo menos cuando se hace para probar lo que el estudiante no sabe. La asistencia obligatoria es otra exigencia que tan pronto seamos una verdadera y auténtica universidad quedará abolida. Problemas fundamentales como la preparación y selección de catedráticos; escala de rangos, de sueldos y de ascensos; servicio y eficacia del maestro dentro y fuera del aula; aptitud para traducirse a sí mismo y perfeccionar sus ademanes hasta que logre hacer de su asignatura un centro de discusión, de aclaración y de creación; necesidad de suprimir los derechos de matrícula que ahora excluyen a los menesterosos aunque tengan

talento y forma de limitar la entrada a base de capacidad; urgencia de velar por la dotación y los criterios del conjunto de facultades; maneras juveniles y serias de hacer llegar la Universidad al corazón del pueblo, en fin, todos esos problemas que en otras partes estremecen los deberes del estudiante idóneo debieran preocupar a nuestra juventud.

Mucho me temo que nuestra clientela carezca de suficiencia, de utensilios adecuados para llegar al fondo de la universidad invisible. En cambio estoy seguro que ella espera de nosotros, de sus maestros, por lo menos un puñadito de ideas directrices sobre las cuales operar por cuenta propia. Pero... muy contados son los profesores que se atreven a salir a pescar en aguas profundas por temor a que les coja el holandés.

Para que la juventud cultive los principios diáfanos que labren su carácter el maestro no puede ser un ente inopinante, temeroso de todos y de sí mismo, fonógrafo de textos y guía ficticio, sino un promotor de procesos mentales que ayuden a hacer ardiente la obligación de cada uno. Mientras en la Universidad no existan garantías para las divergencias, no pasará de ser una exquisita bombonera. Si todos metiéramos desinteresadamente el hombro a sus criterios, la Universidad sería en poco tiempo la matriz más respetada y fecunda de nuestro pueblo.

Nada podrá lograrse mientras estemos a dieta de juventud. Hay que insistir en la frecuencia del servicio, en el estricto cumplimiento de los quehaceres.

Yo no creo que la juventud debe desentenderse de la política, mucho menos en nuestra época en que el fino arte está desorbitado. No; la juventud no puede ni debe inhibirse de ayudar a buscar el ritmo perdido en nuestras luchas y su obligación primera es acompasar ese ritmo a la armonía de los demás intereses que forman la síntesis de nuestro pueblo. Para influir en las ideas dominantes de los partidos, no puede ir a ellos manivacía, a formar mentideros: debe ir a dar, no a buscar; a orientar con ejemplos y con tolerancias las serias convicciones que mantiene, y no a empeorar la situación con el secreto a voces de las malas artes personales. Su actitud ha de tener sabor de sacrificio y una entereza insobornable para que no resulte de pronóstico reservado. La integridad de carácter no hace a nadie sospechoso.

En el seno de las instituciones sociales hay que dejar cada partido

a un lado. Allí donde la ciencia, el arte, la religión, el comercio, la industria, el oficio es vértebra para la unidad, la juventud debe mellar los filos políticos, asegurando el credo de cada institución por encima de todo sectarismo. En el programa particular de cada joven la política debe tener su horario limitado a aquellos sitios y momentos en que nadie pueda considerarla intrusa. Porque una política entrometida, husmeadora hasta de los triviales detalles de cada actividad social, es la maldición más funesta que puede caer sobre un pueblo.

La juventud, pues, tiene que abandonar el narcisismo y entrar con nuevas armas en las beligerancias cotidianas. No ha de esfumarse empero, al soplo de los primeros inconvenientes, sino crear las resistencias obligatorias y poner bajo un martillo de justicia social las ideas torcidas que han declarado guerra a la conciencia.

Crear, creer... Porque de fe andamos flojos y de creación peor. Hemos demostrado tener habilidad para la manipulación técnica de la materia; para consumir, mas no para producir. Sólo puede crear valores nuevos aquel que habiendo frecuentado los planos superiores de la vida los contiene en potencia. En las letras, en la prensa, en la cerámica, en la acción social podríamos mostrar el fallo. Pero veámoslo en la música por vía de ilustración.

Es muy curiosa la aguda crisis de compositores por que atraviesa nuestro país. Dentro de un marco de estricta modernidad contamos con notables ejecutantes, pero no hay entre ellos uno solo que descuelle poco o mucho como compositor. Y es triste para Puerto Rico que entre tantos virtuosos de rancia estirpe no haya uno siquiera que sobresalga como autor de piezas musicales.

El virtuosismo en arte tiene una gloria fugaz y aunque abone al artista beneficios materiales, no siempre trasciende a largos años de recuerdo. Las galas y preseas de tal arte se desvanecen muchas veces con la desaparición del ejecutante. El complicado mecanismo que gobierna un virtuoso no tiene condiciones auténticas de perennidad, y los años van cada vez más mermando su eficacia. A la larga y con adarmes de desparpajo, entre un compositor y un ejecutante media un poco la diferencia que existe entre un inventor y un mecánico. El uno está como obligado a trabajar siempre en nuevo, creando y originando; el otro depende del primero y está condenado al variable suplicio de la

repetición. Y aun siendo ésta genial y diferente, lo cierto es que camina sobre sus propios pasos en un incesante volver a lo mismo.

Cierto es que la juventud —los Sanromá, los Figueroa— nos ponen en el mapa internacional de la armonía con sus maravillosas interpretaciones, clásicas y modernas; cierto también que otros espíritus aguerridos son espléndidos sostenes del arte musical en Puerto Rico. Pero no es menos cierto que con reducidísimas excepciones los compositores de nuestra época no dan señales de vida. A todas luces y con desproporcionado balance, la ejecución supera a la creación.

No hay que negar que nuestro ambiente ralo y enervante tiene la mayor culpa de esta situación estéril, improductiva. Pero ya que operan con buen éxito, a juzgar por las frecuentes audiciones, un buen número de academias diversas; ahora que existe una entusiasta institución *Pro-Arte Musical*, y que se han dado a conocer brillantemente la *Asociación de Profesores de Música* y la *Orquesta Sinfónica;* ahora que contamos con tantos virtuosos y con el apoyo decidido de la Universidad de Puerto Rico, ahora es el momento de fomentar por todos los medios a nuestro alcance la composición y de rendir el culto que merece a la creación artística. Los músicos buenos nunca sobran, pero no tenemos compositores nativos y hay que formarlos.

Hay una serie de motivos dispersos en nuestro ambiente que claman una interpretación musical. Para conocer el alma de un pueblo culto hay que recurrir a su poesía, a su pintura y a su música. Sin esa colaboración aclaratoria, el diagnóstico de su vitalidad se hace imposible. ¿Han pensado los jóvenes virtuosos contemporáneos en la fecunda cooperación que todos esperamos de ellos?

Estos propagadores de la música extranjera han ido, con nuestro agradecimiento, preparando el camino, formando ambiente, afinando gustos, educando auditorios, adiestrando oídos, y aunque el logro no haya colmado la medida es suficiente para alentar y potenciar las iniciativas, por venir de nuestros compositores en latencia. Hay que ayudar a la gestación con generosidad y patriotismo, con la honrada aspiración de llenar en nuestro tiempo ese vacío que hoy señalamos en un flanco de la cultura patria.

No esperamos ni queremos suplantaciones sin provecho, sino que anhelamos esa colaboración que indispensablemente existe en el teatro entre el autor y los actores. Hasta ahora nos hemos conformado con

consumir exclusivamente la música que no hemos producido. Sigamos acrecentando el volumen de la exquisita música importada, pero pensemos también en ayudar a producir la que nuestro país debe producir

A nuestra condición de consumidores hay que aparejar la de productores. El momento es propicio y hay que aprovecharlo para incorporar a Puerto Rico a la corriente creadora de la música contemporánea. Igual en la poesía, igual en la prensa, igual en todo: creer en nosotros para poder crearnos.

Y la mejor manera de crearnos es padeciendo debajo del poder de la cultura. La improvisación casual tiene peligros inminentes, porque los pueblos no se forman con pensamientos feriados y conceptos opulentos: han de tornarse harina en el molino de los aprendizajes. Empecemos por desempolvar el pasado para despejar el horizonte y sobre él aparecerá, para quien la gane y la merezca, la estrella de Belén.

Podéis pensar, jóvenes de mi tiempo, que la historia empieza ahora, que sois vosotros los llamados a llenarla, a darle el contenido ideal que todo hombre puro quisiera para su patria. Si queréis ser leales con vosotros mismos y leales con las demandas del momento en que vivimos tenéis que maniobrar por todos los caminos de la historia y cifrar con esmero vuestra conducta, para que algún día caiga satisfecha en sus anales. De lo contrario seréis siempre una juventud cronológica, cargando sin remedio con vuestras arcas vacías.

Atended al *divino tesoro,* pues el título más alto se puede convertir en mote.

INDICE